

AL FILO DE LO ETERNO



Chad Oliver



Chad Oliver

Título original: The Edge of Forever

Traducción: Manuel Barberá

© 1971 by Chad Oliver

© 1977 Ediciones Andrómeda

Edición digital: Umbriel

R5 11/02

ÍNDICE

Introducción - Los mundos de Chad Oliver

Transfusión (Transfusion)

La hormiga y el ojo (The ant and the eye)

¡Qué manera de vagar! (Didn't he ramble)

INTRODUCCIÓN - LOS MUNDOS DE CHAD OLIVER

Introducción biográfica

Chad Oliver es conocido ante todo como un escritor de ciencia-ficción antropológica. Esto no hace justicia al carácter verdadero de su obra, pero en su caso quizá sea atinado decir que existe una relación estrecha entre lo que hace y lo que escribe. Él mismo ha afirmado: "Lo que yo sea lo encontrarán en algún lugar de las páginas de mis cuentos". En el vasto campo de la ciencia-ficción muchos escritores se entregan a coloridas fantasías y especulaciones totalmente anticientíficas... lo cual evidentemente los separa de su obra. Pueden conducir un ómnibus, ser corredor de seguros o vender aspiradoras; fuera de la máquina de escribir, es posible que practiquen una ocupación cualquiera entre mil y una y que sus relatos estén a menudo a miles de años luz de los temas de sus vidas diarias.

No ocurre así en el caso de Chad Oliver. A pesar de sus ambientes extraños (que pueden ser Venus, Capella V o una tierra futura), escribe acerca de lo que conoce. Sus personajes son seres humanos y sus narraciones están a menudo arraigadas en las relaciones mutuas entre el hombre y sus culturas. Las culturas que crea en su ficción se basan en su trabajo cotidiano, pues Chad es un antropólogo cultural en actividad, afecto a explorar las derivaciones de su trabajo dentro del marco de la ciencia-ficción.

"En su estudio de grupos y culturas", dice él mismo, "el término medio de los antropólogos retroceden en el tiempo. Si escriben ciencia-ficción también es posible que avancen hacia un futuro imaginado, empleando como base la historia del hombre. La antropología es una ciencia joven, pero tiene mucha importancia, pues si queremos sobrevivir en un mundo de energía atómica y naciones en guerra, debemos aprender a conocernos. De eso trata la antropología; del estudio del hombre como animal físico y cultural".

Un personaje de Oliver no realiza milagros en el espacio, no es un jockey que cabalga en cohetes portando revólveres y liberando infortunadas doncellas de las garras de marcianos con tentáculos. Un protagonista de Oliver es un hombre muy real abocado a problemas muy reales; los conflictos dramáticos son genuinos, la ciencia es veraz y las soluciones finales son muy verosímiles.

Por lo tanto, esta introducción debe ocuparse del hombre que alienta detrás de las palabras: un artista complejo, fascinante y trabajador cuya labor cotidiana en el campo de la antropología profesional ensamble con los muchos cuentos y novelas que ha producido durante las dos últimas décadas.

Nos conocimos en 1953, cuando Chad era ayudante de cátedra en la Universidad de California, de Los Ángeles. A los 25 años, ya había conquistado su título de licenciado en lengua inglesa en la Universidad de Texas y progresaba con firmeza hacia el doctorado en antropología. Ya había debutado como escritor profesional de ciencia-ficción años antes y su primera novela se publicó en 1952.

Nuestra amistad data de los tres años en que trabajó en Los Ángeles y conservó muchos vivos recuerdos de aquel período recargado de labor.

La primera impresión que tuve de él se relacionó con la estatura. Era (y es) corpulento. Casi un metro noventa y un peso cercano a los 90 kilos. Fue jugador de fútbol americano en Texas y eso lo mantuvo en estado. Para sus amigos de Los Ángeles (y pienso en Charles Beaumonts, Richard Matheson y yo) era "big Chad", un individuo agradable, entusiasta y de sonrisa fácil que poseía un vasto sentido del humor y nos desconcertaba sacando de la máquina de escribir borradores casi impecables de primera intención. ("Todas las correcciones previas las hago en mi cabeza", nos decía.) Aparte del cambio manuscrito de una o dos palabras de cuando en cuando, los manuscritos de Chad fluían

directamente del cerebro a la máquina de escribir. Se esforzaba agónicamente con ellos, tal como deben hacer todos los escritores; pero jamás esta agonía interna se reflejaba en la página mecanografiada.

Chad posee aplomo y valor para situaciones de tensión. Lo sé porque una noche lo "puse a prueba" en un trecho oscuro que hacía eses del camino de Bel Air. Teniendo a Oliver clavado en el estrecho asiento bajo y cóncavo de mi auto de carrera Austin-Healey, hice rugir el motor recorriendo una serie de curvas suicidas para impresionar a Chad con mi osado dominio del volante. De pronto, apenas traspuesta una curva cerrada, frente a nuestros faros delanteros que danzaban atropelladamente apareció una alta cruz de hierro, y apenas pude salvarme de rozarla, sorteándola con velocidad espantosa, y dejando la marca de los neumáticos a lo largo del camino. Jamás supimos quién había puesto la cruz allí en mitad de la ruta a altas horas de la noche, pero el susto fue terrible; por lo menos para mí. El riesgo pasado me dejó muy nervioso. Cuando llegamos a la casa de Oliver, yo temblaba todavía. Chad no había dicho una sola palabra. Con toda calma, salió del asiento, saltó a tierra y cerró la portezuela con cuidado. "Gracias por el pequeño trompo", me dijo y empezó a caminar. Después descubrí que aquella era la primera vez que viajaba en un auto sport.

Podría mencionar además la memorable noche de las hamburguesas...

Durante nuestra juventud, Chad y yo habíamos compartido una pasión sincera por las hamburguesas White Castle. Esa noche en particular nos pusimos a discutir acerca de los méritos extraordinarios de éstas; eran pequeñas, cortadas en rodajas muy delgadas, acomodadas en un pan ligeramente tostado entre "pickles" cortados también muy finos y hojas de lechuga fresca y (durante la década de 1930)) se los podía comprar a razón de seis por veinticinco centavos en un quiosco especial (que desde fuera parecía un castillo en miniatura). Convinimos en que nada sobrepasaba una bolsita de suculentas y humeantes hamburguesas White Castle, super deliciosas.

La discusión pronto alcanzó una intensidad que hacía agua la boca.

—¡Dios mío! —exclamó—, ya no las hacen iguales. En todo California no hay nada que se acerque a una hamburguesa White Castle.

Tenía razón, por supuesto; pero mi apetito estaba acuciado.

—Vamos ahora mismo —aconsejé—. A ver si no podemos encontrar en el gran Los Ángeles una hamburguesa que sea al menos la mitad de buena que una White Castle.

—¡Hecho! —exclamó él.

Nos introdujimos en el automóvil. La esposa de Chad, Beje, nos acompañó, aunque sentía algo más que un poco de sospecha por nuestros recuerdos nostálgicos. (¡Pero ella no se había criado comiendo esas hamburguesas!)

Recuerdo que nos detuvimos en cafeterías locales donde la sirven a uno en el auto y en puestos del camino, donde Chad y yo probamos la mercadería. Devoramos muchas hamburguesas grasientas en un frenético deseo de revivir las delicias culinarias de nuestra niñez.

Todo lo que este sacrificio nos deparó fue un par de graves indisposiciones. Descubrimos, al igual que Thomas Wolfe, que en lo tocante a hamburguesas White Castle, uno no puede retornar al pasado. Además, para agregar ofensa al malestar gástrico, pareció que Beje estuvo segura desde el principio que así pasaría.

Hoy otros recuerdos de tardes y noches llenas de diversión junto a Oliver salpicadas de sesiones de chistes grabados en compañía de Chuck Beaumont y Dick Matheson, interminables maratones del juego de damas chinas que se prolongaron la noche entera (Chad, que detestaba perder, siempre insistía en que jugásemos una partida más "para igualar los tantos"), locos concursos de escritura en que Oliver y Beaumont se alternaban en la máquina de escribir, colaborando (con muchas carcajadas) en una serie de cuentos absolutamente disparatados (tres de los cuales al final fueron publicados). Disponíamos

de buen whisky escocés, charlábamos y pasábamos el tiempo a gusto, inclusive en la Westercon de 1953.

Chad fue orador invitado en esa convención de ciencia-ficción que se realizó en la Costa del Pacífico y lo presenté como un "prolífico escritor de cartas que se ha convertido en profesional", lo cual lo indignó un poco, pero era completamente exacto. Empezó escribiendo innumerables cartas a revistas folletinescas en 1939, cuando era un chico precoz de 11 años y vivía en Cincinnati, estado de Ohio.

Nacido en aquella ciudad en marzo de 1928, Symmes Chadwick Oliver era hijo de Symmes Francis Oliver, cirujano. El abuelo de Chad (cuyo segundo nombre era Chadwick) fue también cirujano y otro tanto puede decirse de un tío.

"El nombre de soltera de mi madre era Winona Newman" —me explicó. "Había nacido en Lima, Ohio; todos los Oliver son de Cincinnati. Conoció a papá siendo enfermera en el hospital Christ de Cincinnati. Mamá tenía cabeza para los negocios y administraba nuestra casa. Posteriormente llegó a ser una pintora más o menos destacada. Mis padres eran lectores voraces y la casa estaba siempre llena de libros. Mi padre era un hombre bueno, soñador, gran aficionado a deportes y pescador experto. A todo esto, yo atrapé mi primera trucha en Maine cuando tenía siete años."

Aquellos años de niñez en Ohio proveyeron la base ideal para un joven muy afecto a deportes y a la vida al aire libre. "Había un bosque cerca y siempre andaba fuera de casa hasta que oscurecía. Jugábamos partidos violentos de hockey sobre patines. Durante los veranos, la familia se trasladaba a Maine o a Michigan, donde yo pescaba y buscaba tortugas de mar."

Escribiendo acerca de su niñez (en *The Winds of Time*), contó más acerca de aquellos años: "...béisbol todas las tardes, jugando hasta que era tan oscuro que no se veía la pelota en el terreno baldío del final de la calle. Bosques y sendas verdes secretas, que serpenteaban entre las enredaderas sobre el arroyo, atrapando cangrejos debajo de las rocas... noches calurosas de verano y nieve en invierno y dejarse caer por aquellas laderas locas. Esquivando árboles, acercándose peligrosamente a troncos negros. Volviendo hacia la casa, luchando por quitarse los zapatos mojados... noches de verano calurosas y sofocantes... escuchando los pitos de los trenes en Nordwood".

Y más aún (de *Shadows in the Sun*): "...vio su casa, olió el pollo frito de la cocina. Vio sus aero-modelos suspendidos del cielo raso, mientras sus alas de papel de seda se desmenuzaban... vio sus viejos libros en el estante del cuarto en que había crecido: *The Wind in the Willows*, *Just-So Stories*, *The Wizard of Oz*...".

Estos libros representaban una parte separada de la personalidad del joven Oliver; desde el instante mismo en que supo leer hubo siempre un libro o una revista que devorar; su pasión por la palabra impresa estuvo acorde con su pasión por los deportes al aire libre.

"Muy pronto terminé con las historietas y me familiaricé con los folletines. Recuerdo haberme suscrito a *The Shadow*, *Doc Savage*, *The Spider* y *The Mysterious Wu Fang*; al entrar en mi casa escondía de la vista de mis padres *Spicy Detective* bajo mi pulóver. Mi favorita era *G-8 and His Battle Aces*, la cual publicó una de mis primeras cartas de aficionado en 1939. Ahora entiendo qué era lo que me llevaba hacia aquellos cuentos rudimentarios: una especie de imaginación recargada y muchos elementos de ciencia-ficción."

Jules Verne, H. P. Lovecraft y Edgar Rice Burroughs también alimentaron la mente de Chad orientada hacia las fantasías, y una de las emociones más notables de su vida giró en torno de una carta personal que recibió de Burroughs.

Era un niño atraído a la vez por la lectura y los deportes. A los 12 años su vida al aire libre cesó bruscamente al contraer una fiebre reumática que lo retuvo en cama siete meses. "Recuerdo que por mi ventana veía a los muchachos que en la calle jugaban a la pelota. Eso duele."

El ataque fue intenso; Chad estuvo a las puertas de la muerte. "Y así hubiera resultado si papá no hubiese sido médico. La enfermedad pronto hizo su curso, pero me dejó confinado al lecho muchos meses. Leer fue mi salvación y devoraba cuatro libros y dos revistas casi todos los días."

Continuamente escribía cartas a diversas revistas de acción, y que las transcribían en las secciones de cartas de lectores. "Ver una carta reproducida era una victoria para mí. Sufría lo indescriptible esperando que llegase el nuevo número de cada revista. Se convirtieron en mi vida; era todo lo que tenía. Vivía en sus páginas."

Fue en este período cuando recibió una carta del hombre que escribía los cuentos de batallas de G-8. Había visto el nombre de Chad en una carta y preguntaba si podía usarlo para un personaje de uno de sus cuentos. "He guardado esa nota como un tesoro. La firmaba «Vientos de cola y cielos claros, Robert J. Hogan». Esta clase de cosas significaba mucho para mí."

La enfermedad dejó a Chad físicamente debilitado y estuvo sometido a continuos resfriados y gripes. "Pescaba cuantos gérmenes aparecían en mi camino. Volvía a la escuela, pero me atacaba otro germen y tenía que volver a faltar. Estando semienfermo descubrí la ciencia-ficción. Burroughs fue el puente que me condujo a ella. Encontré uno de sus cuentos en un ejemplar de Amazing y compré ese número, que contenía, además, tal como recuerdo, un relato de «Adán Link», por Eando Binder, y una incitante epopeya de aventuras espaciales escritas por Edmond Hamilton. Bastó con eso. Subí a mi bicicleta y fui al quiosco, donde compré todas las revistas que tenían en stock. Nuevos mundos se abrieron ante mí y quise ser parte de esos mundos."

En 1942, con la publicación de una carta en Famous Fantastic Mysteries, el nombre de Oí ¡ver empezó a aparecer con regularidad en la sección de los lectores de Planet, Thrilling Wonder, Starling y Super Science Stories. Era entonces un hábito de Planet dar originales de sus ilustraciones interiores a las tres mejores cartas de cada mes y el ganador número uno podía elegir su ilustración predilecta. El joven Oliver a menudo salía primero con sus colaboraciones críticas y entusiastas, en las cuales comentaba en detalle cada cuento de la edición, clasificando el valor del argumento y los personajes, así como el trabajo artístico. ("Todavía conservo, en un viejo armario, una pila de ilustraciones de Planet, inclusive muchas de Finlay, Paul y Lawrence. Admiraba en particular los dibujos a pluma de Lawrence.")

Las cartas franqueadas por Oliver en 1945 estaban mataselladas en "Crystal City, Texas".

"Papá se había alistado en el Ejército y fue enviado a Crystal City como oficial médico, con destino a un campamento de detenidos que tenían allí. Lo acompañó el resto de nuestra familia (yo tenía una hermana) y cuando trabé contacto con Texas era un chico escuálido y enfermizo."

La ciudad era pequeña y contaba con una población total de 5.000 almas; algunos chicos estaban continuamente fuera de sus casas y Chad tenía que permanecer en la suya.

"Se suscitaron algunas de las luchas que suelen promoverse cuando hay un chico nuevo en un pueblo, y recuerdo que poco después de llegar, me montaron en una yegua tuerta. Yo nunca había cabalgado como no fuese en los ponies mansos de Coney Island, en Cincinnati; y aquella bestia tuerta salió disparada conmigo encima. Con mucha suerte, logré sostenerme sin caer, y después de eso la cosa me resultó mucho más fácil."

Mejoraron las cosas. Crystal City aceptó a los Oliver y la gente del lugar se esforzó todo lo posible para hacer que la familia de Ohio se sintiese cómoda. ("Fue entonces cuando me convertí en un tejano; amé al lugar... me gustaban las chicas, el sol, la región, los ríos en que nadábamos...").

La salud de Chad mejoró rápidamente; desaparecieron los vestigios de la enfermedad y su peso saltó de 65 a 80 kilos. Hasta conquistó un puesto en el vigoroso equipo de fútbol americano de la escuela.

"El fútbol de la escuela secundaria de Texas era rudo. Se jugaba a muerte. Era frecuente que las canchas estuviesen llenas de baches y en ellas abundasen las rocas, las bandas desafinaban habitualmente y las hinchadas eran más estridentes que eficaces... pero el juego era bueno, duro y rápido, y yo me sentía más orgulloso de la letra que adornaba mi suéter que de cualquier otra cosa que jamás haya tenido. Había recobrado mi confianza; podía sobrevivir. Conseguir aquella letra, distintivo del equipo, significaba todo para un muchacho que había estado casi inválido cuando salió de Cincinnati. Me encontré en Texas. Desde entonces, nunca he querido vivir en otro lugar."

Cuando la familia de Chad se trasladó a Galveston durante los últimos años de secundaria, Chad permaneció en Crystal City, dirigiendo el periódico de la escuela y viviendo solo en un cuarto alquilado. Con una vieja Remington que había llevado consigo desde Ohio, estaba probando escribir temas de ficción y enviaba sus cuentos a editores de ciencia-ficción, "quienes hacían gala de finura al devolvérmelos; me solían decir «siga haciendo la prueba» y seguí, pero todavía estaba muy lejos la venta de mi primer cuento".

Entrar en la Universidad de Texas, de Austin, fue para él una decisión importante, que le abrió el camino a su posterior carrera como antropólogo.

"Todo el problema de otras culturas y de «contacto» entre diferentes sistemas culturales me había fascinado siempre en la ciencia-ficción. Por lo tanto, me interesaban los fundamentos de la antropología. Seguí dos cursos en esta materia durante mi primer año universitario y me encantaron, pero todavía no estaba ganando del todo a la causa antropológica. Mi pasión mayor fue el inglés y seguí un curso de literatura. Entonces me di cuenta que iba a ser escritor."

Chad se había hecho amigo de otro entusiasta de la ciencia-ficción, Garvín Berry, y entre ambos escribieron y editaron una revista amateur que vio la luz una sola vez y que, inspirándose burlescamente en el clásico de A. Merritt Moon Pool, bautizaron con el nombre de Moon Poodle*. ("Trabajamos en un segundo número, pero nunca se llegó a publicar.")

Oliver se había convertido en experto en viejos discos de jazz por el hecho de haber trabajado en una tienda de discos para ganar dinero con que financiarse los estudios y el jazz quedó agregado a la listas de sus pasiones primordiales, que comprendía las chicas de Texas, el póquer hasta altas horas de la noche, el whisky escocés debidamente estacionado, el fumar en pipa y, por supuesto, la pesca de truchas.

Esta última actividad todavía sigue siendo parte importante de sus horas de recreo; en una nota reciente (fecha el 2 de febrero de 1971), dijo: "Podrían preguntarse ustedes dónde diablos uno pesca truchas en Texas, que dista mucho de todos los lugares por donde se encuentran truchas... La respuesta es que la trucha arco iris fue introducida a unas diez millas del río Guadalupe hace varios años. Eso viene a ser cincuenta millas de aquí. Acariciamos la esperanza de convertirlo en un arroyo truchero si podemos conseguir truchas pardas para complementar las arco iris... Por lo general, yo me largo hasta allí más o menos una vez por semana."

La verdadera oportunidad de debutar como escritor se le presentó en 1950, cuando Antony Boucher, que entonces dirigía The Magazine of Fantasy and Science Fiction, le compró un cuento corto llamado "The Boy Next Door". Antes de que este cuento tuviese fecha y fuese impreso, Oliver vendió varios otros del género de ciencia-ficción, el primero de los cuales ("Land of Lost Content") apareció en Super Science Stories, en el número de noviembre de 1950.

Estimulado por este torrente de ventas, Chad decidió abandonar sus cartas al director y concentrarse por completo en los cuentos. Sus coloridas epístolas habían llenado las

columnas de ciencia-ficción durante ocho años, pero eran obra de un aficionado. A los 12 años, ya era un profesional.

Su temprano interés por la antropología llegó a su madurez durante el último año de preuniversitario en la Universidad de Texas.

"Había oído algunos elogios de un profesor de antropología llamado McAllister y desee ver qué podía ofrecerme este hombre. Seguí su curso y resultó que lo que me ofreció fue mucho. Desde aquel momento he sido antropólogo."

También encontró algo inesperado en la clase de aquel último semestre: conoció a una chica de Jefferson, Texas, Betty Jenkins, que había sido secretaria del Departamento de Antropología y estudiaba también en las clases del doctor McAllister. Era jovial, linda, ingeniosa, pero en aquel entonces Chad no tenía sitio en su vida para una nueva chica. Por lo tanto, prestó escasa atención a "Beje" (que era como todas sus amistades la llamaban, contracción de Betty Jane). Sin embargo, durante el verano siguiente anduvieron juntos haciendo una exploración en México y hablaron seriamente de matrimonio.

"Esta exploración arqueológica tenía lugar en las afueras de Durango y yo intervenía en carácter de auxiliar de la escuela de graduados", explica Chad. "Beje figuraba como arqueólogo, y muy contentos excavamos alfarería prehistórica". Se habían visto algunas veces en Texas, pero entonces no fue tan serio. Ahora las cosas habían cambiado. La excursión mexicana cimentó su relación y Chad descubrió su amor tejano. Ya no buscaría más.

"Después vendí un cuento titulado «Hardly Worth Mentioning», basado en aquella exploración." "El pueblo natal de Beje", dijo también, "me sirvió de inspiración para otro cuento."

Chad combinaba experiencias personales con sus trabajos literarios. Una obra posterior reflejó pensamientos de aquellos años de Universidad. "Recordó el trabajo de graduados, los sandwiches de salchicha de Francfort, las averiguaciones en torno de restos óseos, la lucha con el idioma alemán... las largas discusiones, de noches enteras, y los libros que abrían en su mente panoramas inexplorados; la emoción de Malinowski, el alcance y la osadía de White, la visión de Linton que dedicó una obra de ciencia social a la generación siguiente. Recordó su confianza juvenil, la certeza de poseer una llave que abriría puertas que otros no veían..."

Allá por el 1952, Chad Oliver había obtenido su licenciatura en la Universidad. Se había especializado en lengua inglesa y siguió también antropología; su tesis para la graduación se basó en la historia de ciencia-ficción "They Builded a Tower" (título tomado de un párrafo de Kipling). En septiembre, luego de enseñar inglés durante un semestre, estuvo en la Universidad de California, de Los Ángeles, preparándose para el doctorado en antropología.

"Beje y yo habíamos decidido casarnos aquella Navidad, pero antes de estar yo un mes en Los Ángeles, decidimos no esperar más." Beje tomó un tren para la Costa del Oeste y se casaron aquel noviembre en la Iglesia Unitaria.

"Realizamos nuestra fiesta de bodas en la casa de Forry Ackerman", recuerda. "Ray Bradbury y A. E. van Vogt estuvieron presentes, junto con Rog Phillips, que había sido mi padrino."

La primera novela de Oliver, *Mists of Dawn*, fue escrita para adolescentes; formaba parte de una serie de obras de ciencia-ficción juveniles editadas por Winston a principios de la década del 50 y tenía que ver con las aventuras de un joven moderno que viaja hacia atrás en el tiempo para vivir en la civilización Cro-Magnon. En ella, Chad creó un cuadro verosímil de la primitiva cultura del hombre sobre la base de su profundo conocimiento del tema. El libro fue bien recibido por los críticos y esto alentó a su autor a intentar una primera novela para adultos, *Shadows in the Sun*, que se editó en 1954 y narraba las peripecias de un antropólogo de Texas que enfrenta enemigos culturalmente

avanzados. El ambiente ficticio de la novela (Jefferson Springs) se inspiró directamente en Crystal City, y el antropólogo y héroe alto, que fumaba en pipa, compartía mucho del pasado de Oliver. También aquí la línea entre la realidad y ficción era sutil. (Tal como lo dijo Chad: "Me gusta la ciencia-ficción que apoya un pie en la realidad. La diversión, por supuesto, está en calcular dónde se posará el otro pie.")

Shadows in the Sun fue muy ensalzada y el New York Times la calificó de "inteligente... una de las obras de ficción, científica o de otro tipo, más sugestivas que este crítico ha leído en varios años".

Tony Boucher situó entonces a Oliver en "la primera fila de escritores de ciencia-ficción", junto a Heinlein y Clarke.

Oliver disertó en una convención, defendiendo hábilmente el rol científico del género: "La ciencia es una búsqueda objetiva de comprensión, un esfuerzo por hacer preguntas significativas acerca de la humanidad... La ciencia-ficción tiene la misión potencial de diseminar ideas científicas en la masa de lectores, pero antes que nada y por encima de todo debe ser literatura y, como tal, procurar deleite... Puede abarcar las derivaciones y la filosofía de la ciencia en una forma que ningún otro género literario puede hacerlo, y en este sentido es única."

Los cuentos cortos de Chad Oliver se elegían ya para antologías y todas las temporadas aparecía con regularidad en el cuadro de honor de ciencia-ficción que publicaba Judith Merril. Había regresado a la Universidad de Texas (como profesor de antropología) cuando su primera colección de relatos de ciencia-ficción, Another Kind, se editó en 1955. Boucher la alabó como "el libro de ciencia-ficción que más se ha destacado en el año" y Damon Knight, que solía ser implacable con los escritores faltos de talento, encontró mucho que elogiar en Another Kind: "Oliver... está realizando para el género los más fascinantes y completos estudios de relatos de ciencia-ficción antropológica". Knight comentó el "tratamiento hondamente conmovedor de los impactos culturales" y descubrió en el trabajo de Oliver "un sentido de maravilla (la sensación que, según él, la ciencia-ficción debe crear) en grado tal que lo sacude a uno con un golpe casi físico".

Tal alabanza sirvió únicamente para agudizar un conflicto básico que se había desarrollado en la vida de Oliver (y que todavía existe): quería dedicar más tiempo a la literatura, pero su carrera científica devoraba la mayor parte de las horas de sus días. Además, era padre... su hija Kim nació a fines de 1955. Aparte de esto, su respeto por el jazz auténtico lo obligaba a cumplir con su propio programa semanal de una hora como comentarista de discos en la emisora KHFI-FM, de Austin.

"Mi aparición como «disc-jockey» por radio estaba destinada a combatir la manía de los programas en que el jazz se mezclaba con las músicas rítmicas y los blues. Pienso que podría decirse que yo defendía una forma de arte."

Debemos agregar incursiones anuales de vacación al Colorado, donde Chad practicaba la pesca en sus lugares favoritos del lago Fork, sobre el río Gunnison.

Describió este aspecto y este amor por la pesca en el capítulo inicial de su novela The Winds of Time: "El aire ralo era limpio y frío... el camino describía un ángulo a través de un valle atestado de césped y flores y ascendía luego junto a un blanco arroyo espumoso en dirección a las montañas... Había un lago diminuto en que desembocaban aguas de deshielo, más allá de los bosques madereros y la trucha nativa era escurridiza y hambrienta... El lago se encontraba a más de 4.000 metros de altura, de modo que la mayoría de los muchachos que usaban equipos de pesca complicados lo dejaban en paz... Era tan silencioso como si el mundo hubiese sido recreado limpio, fresco y nuevo... ¿Por qué la pesca de truchas lo hacía sentir nuevamente como un niño?... Su cerebro se llenaba de imágenes cálidas y distantes: un muchacho que tiraba envases de hojalata al río Little Miami, de Ohio, que construía represas de roca y arcilla en los arroyos, que inesperadamente descubría un siluro dormido en una isla verde del río..."

En la novela, el héroe de Chad tropieza con enemigos humanoides durante una excursión de pesca en Colorado y acepta ayudarles a encontrar el camino de regreso a su planeta. Oliver estaba utilizando otra vez sus experiencias personales para impulsar una narración ficticia, tal como hizo en *Shadows in the Sun*; en esta nueva novela, el ambiente abarcaba un sector del Oeste de Los Ángeles, en el cual él y Beje vivieron durante casi tres años.

Su lealtad a Texas, su estado adoptivo, alcanzó gran altura; llamó a Austin "mi ciudad" y sus descripciones de la comarca bordearon lo rapsódico; pero la emoción de Chad hacia esta región era legítima. En Ohio había nacido y allí transcurrieron los primeros años de su niñez, pero Texas adquirió un derecho sobre él cuando era hombre; había comprado una casa en Hopi Trail, en Austin, y su interés por el folklore indio lo ayudó a ampliar el marco de sus obras. Vendió un par de cuentos de la frontera histórica, realizados con gran esmero, a la revista *Argosy* y al *Saturday Evening Post*, mientras preparaba para la Universidad de California una monografía, que exigió investigación a fondo, sobre los indios de las llanuras (otros trabajos eruditos aparecieron luego en el *American Anthropologist* y el *Texas Journal of Science*).

Pero la dedicación de Chad a la ciencia-ficción siguió constante, y en 1960 se publicó su cuarta novela de esta clase, *Unearthly Neighbors*. Fred Poní, en *If*, declaró que "pocos (escritores) han sido tan convincentes como él en relatarnos la forma en que el primer contacto (con extraterrestres) tendrá lugar".

Breves tareas en la U. C. L. A.* y en la Universidad de California en Riverside durante el siguiente año académico ampliaron su experiencia en la enseñanza y obtuvo de la U. C. L. A. el título de doctor en antropología en 1961, el mismo año en que inició investigaciones sobre el terreno mismo en África.

Me había contado que iría a África Oriental, a Kenya, no muy lejos de Kilimanjaro. Me impresioné. "Tierra de Heminway", pensé. Sabía que Chad admiraba al Hemingway de los comienzos e imaginé safaris de caza mayor y aventuras en África. Sin embargo, Chad hizo esfuerzos por aprender swahili y participar en conferencias al parecer interminables.

Intervino en un proyecto científico bajo la dirección del doctor Walter Goldschmidt, de la U. C. L. A., un estudio de investigación que tenía que ver con la relación entre la ecología y las culturas de cuatro tribus de África Oriental. La tribu por la que más se preocupó fue la kamba, la tercera de Kenya en orden de magnitud.

En julio de 1961, los Oliver habían llegado a Nairobi, en el corazón de Kenya. Su hija, de seis años de edad, debió ser sometida a una operación importante sólo unos días después que aterrizó el avión y esto complicó algo las cosas. Sin embargo, Chad fue enviado con un Land Rover a echar un vistazo a Ukambani, territorio de la tribu kamba. "Los caminos eran bastante feos", escribió en una carta, "cuando había caminos. Tuve la mala suerte de que me persiguiera un elefante antes de haber aprendido realmente a conducir bien el Land Rover."

Luego de semanas de "observar el terreno" y verificar varias anotaciones oficiales, trasladó su familia a las oficinas centrales del distrito de Ma-chakos. Eligió dos comunidades kambas para un estudio inmediato: Ngelani, en montañas bien provistas de agua, y Kilingu, en las llanuras áridas, a más o menos cien millas de distancia. Trabajó de firme, estudiando desde los venenos para flechas hasta las ceremonias de las tribus. Luchó desesperadamente con el idioma kamba, bebió la cerveza ("que por el sabor parecía queroseno con azúcar") y se hizo de amistades entre el pueblo.

Por supuesto, no todo fue trabajo. Cuando volvió a Machakos, jugó tenis con los funcionarios del distrito en el club deportivo. Cierta vez hasta pudo practicar un poco la pesca de truchas. ("Los británicos habían introducido truchas en unos pocos arroyos de Monte Kenya y yo conseguí que un empleado de la sección silvicultura me condujese allí. Compartí un arroyo con un elefante, nacido poco antes, lo cual, en el mejor de los casos, fue una novedad. La madre no apareció, y de ello me sentí profundamente agradecido.")

No era época ideal para investigaciones en el terreno. Kenya estaba a punto de lograr su independencia del gobierno británico y la situación se presentaba a veces difícil. Chad descubrió que los kambas que lo conocían y trabajaban con él, por lo general, le tenían confianza, pero había otros que sospechaban de sus móviles. Pasó arduas horas explicando que no había sido enviado a Kenya por la C. I. A. para dilatar la independencia, que no era espía, que no reunía información secreta para la policía... y que no era brujo.

En un cierto momento, en Ngelani, Chad convocó a una reunión y leyó en voz alta las obras de Jomo Kenyatta, explicando que también él había sido educado como antropólogo y había escrito un libro acerca de su pueblo, el kikuyu. Hasta ofreció jurar de acuerdo con el kithitu que no tenía ninguna vinculación política y que sólo le interesaba la investigación científica. ("El kithitu es un formidable juramento kamba y se da por seguro que muere el hombre que presta ese juramento en falso. Todo esto me tuvo bastante nervioso, lo confieso, pero vino a resultar que de todas maneras no querían que yo cumpliera ese ritual.")

Con el tiempo, fue aceptado. "La gente fue buena conmigo, tanto los kambas como los británicos. El día en que partí de Machakos, una vez terminado el trabajo, una comitiva de kamba vino a pie desde nada menos que Ngelani para ofrecerme algunos obsequios de despedida. ¡Nada como una cabra, un par de pollos y un canasto de huevos cuando uno está por partir en avión!"

Tiempo después describió la caza mayor que había visto en la comarca de las llanuras de Kenya: "... animales que vivían tal como habían vivido desde hacía incontables millares de años: kudúes de color pardo grisáceo, orixes de cuernos largos, cebras listadas que corrían por un campo de flores amarillas, desmañadas avestruces que trotaban con la determinación sincera de los corredores de larga distancia, viejos elefantes dignificados, serenos en su convicción de ser inmortales... Luego, en octubre, llegaron las lluvias".

Y las lluvias llegaron mientras Chad estaba allí.

Llovió a raudales. Fue una lluvia como no había caído en Kenya durante todo un siglo. Los caminos de tierra se convirtieron en sendas de barro movedizo siempre empapadas; los arroyos pasaron a ser torrentes; las aguas se llevaron puentes y los ríos bramaron fuera de sus orillas. Durante un tiempo los Oliver estuvieron aislados. "Realmente no corríamos gran peligro mientras permaneciésemos allí, pero no tenía más remedio que cambiar de lugar. Hice la prueba, de todas maneras. Hubo ocasiones en que mi Land Rover no podía avanzar en el barro y tuve que bajar montañas a pie. Las cosas se pusieron tan feas que en algunas de las regiones remotas la R. A. F. tuvo que dejar caer alimentos desde las alturas."

Finalmente las lluvias cesaron y Chad pudo trabajar sobre una base más normal.

"Ignoro hasta qué punto podemos entender a un pueblo que vive de un modo muy diferente al nuestro. Confío haber aprendido un poco acerca del concepto que los kambas tienen del mundo. Por supuesto, me habitué a respetarlos. Confié hallar por lo menos vestigios del viejo clisé, una tribu seu-doprimitiva aferrada a moldes tradicionales y muy aficionada a mirar conscientemente hacia atrás, añorando los Buenos Días Viejos. Encontré en cambio un pueblo casi desesperadamente ansioso por entrar en la «civilización». A veces procuraba explicarles que todas las ciudades, los automóviles, las fábricas y las grandes escuelas tenían su precio. Les hablaba del reverso de la moneda: tensiones, presión, cambios radicales de la estructura familiar. Fue curioso y muy humano: pude advertir muchas cosas atractivas en la forma en que vivían, pero ellos ansiaban principalmente lo que yo ya tenía. Creo que el césped es siempre más verde en la casa del vecino..."

A fines del verano de 1962 los Oliver estaban de vuelta en Austin. Luego de una escapada rápida a Colorado con un par de viejos amigos "para ver si las truchas me habían extrañado", se descubrió enfrascado en su vieja labor en la Universidad de Texas.

"La transición fue inesperadamente difícil. Me encontré febrilmente activo, bajo tensión constante, siempre con demasiado que hacer y demasiado poco tiempo para hacerlo. Eché de menos aquellas tarde en que el tiempo parecía no transcurrir junto a mis amigos kambas; añoré su sentido de dignidad y entereza. Pensé que eran afortunados. Los concebía allí, de pie al sol, sorbiendo su cerveza y admirando su ganado. La civilización no los había asido del cuello; hasta entonces, por lo menos."

Chad estaba demasiado ocupado con su labor antropológica para ponerse a escribir ciencia-ficción en los años siguientes; pero prosperaba su carrera académica. Fue ascendido a profesor adjunto y más tarde, en 1968, a jefe de cátedra. Entre otras cosas, escribió y grabó en videotape unas 35 conferencias con destino a un curso de antropología por televisión que se proyectó para todo el estado. Los programas desarrollaban desde estructuras de parentesco a la historia de la teoría antropológica, pero tres de ellos trataban de los kambas y se ilustraban con fotografías del propio Oliver. "Hice un espectáculo por semana con tres directores diferentes, escribiendo todos los libretos y grabando sin ensayo. ¡No repetiré la experiencia!"

Su novela de 1967, *The Wolf is my Brother*, ganó el primer premio Spur a "la mejor novela histórica del oeste de ese año", otorgado por Western Writers of America. La acción que tenía lugar en la comarca fronteriza desde 1874 a 1875, procuró "demostrar que había seres humanos en ambos bandos y que un guerrero comanche y un coronel de caballería de Estados Unidos tenían más en común de lo que cualquiera podía entender plenamente".

El libro evidenció su versatilidad como novelista. De él forma parte esta descripción lírica de las planicies de Staked al norte de Texas:

"La tierra daba mucho trabajo, pero no era verdaderamente yerma. Había hierbas pequeñas (comunes en lugares donde habitan búfalos) e hierba grama, así como mandioca de color verde claro que lanza al aire sus tallones de capullos blancos. Grupos de mezquita de hojas entrelazadas y uñas de gato pugnaban con los pastos para lograr sitio donde desarrollarse. Luego de las lluvias de primavera, la región lucía gran abundancia de flores silvestres: ranúnculos y margaritas de Tahoka y broches llameantes... Era una zona habitable; siempre soplabla viento. Bandadas de aves volaban en líneas bifurcadas, cantaban alondras y las palomas llamaban desde los álamos que crecían junto a los arroyos de los desfiladeros... Por encima de todo ello estaba el cielo extenso y la gran bola blanca del sol."

Los Oliver adquirieron una propiedad de un poco más de seis hectáreas a las afueras de Austin y añadieron un hijo adoptado a la familia, Robert Glen Chadwick Oliver. Beje se dedicó a criar caballos semiárabes, y a fines de 1970 sus caballos de exposición habían ganado más de 30 cintas en las clases de cabestro y performance.

El paso siguiente fue para Chad la dirección del Departamento de Antropología de la Universidad. ("Un director es, lamentablemente, un administrador. Tengo a mi cargo un departamento de 30 hombres, con un presupuesto de medio millón de dólares que cuidar. El tiempo para escribir es mínimo. Actualmente mi sueño es construirme un estudio grande a más o menos media hectárea de la casa principal y llenarlo de libros, revistas y bienvenido silencio.")

Sus experiencias en Kenya fueron trasladadas a trabajos de ficción al terminar y vender tres cuentos y una novela, *The Shores of Another Sea*, todos ellos tuvieron que ver con África Oriental. En la novela su protagonista es un cazador que caza animales como el órix con una escopeta de 0,375 (y es, a su vez, perseguido por alienígenas provenientes de otro sistema estelar). "Maté un órix en África con una escopeta prestada de 0,375", reconoce Chad. "Pero no soy cazador. Maté al órix porque necesitaba la carne para la alimentación. Cacé mi cuota de conejos y aves cuando era niño, pero desistí de esto. No me gusta matar. Por lo general ni siquiera mato las truchas; la ventaja de pescar con moscas está en que pueden soltarse los peces sin que hayan sufrido daño."

En Shores pinta un cuadro vivido de las grandes lluvias de Kenya y en una sección de la novela el protagonista debe abandonar su Land Rover empantanado y emprender a pie la marcha por el barro profundo, tal como Oliver tuvo que hacer. "Hay mucho de mí en esta obra", declara Chad.

También hay mucho de él en los seis cuentos* que forman la presente colección. Estos figuran entre lo mejor que Oliver ha producido y por primera vez se ofrecen reunidos en un mismo volumen.

La compleja historia del hombre abarca unos dos millones de años, desde el mono que empezaba a sostenerse erguido al hombre que actualmente explora la Luna, desde el cavernícola al habitante del espacio. Estos soberbios cuentos examinan este imponente tema; tratan de hombres del pasado y de hombres del futuro. Son ciencia-ficción en el sentido más puro y más satisfactorio de la palabra; y son también muy emocionantes.

El lector está por entrar en los mundos de Chad Oliver, novelista, lejano, pescador de truchas, coleccionista de pipas, ex jugador de fútbol americano, aficionado al jazz, historiador de fronteras, profesor de antropología, marido, padre... y escritor de ciencia-ficción.

En realidad, tal como el lector descubrirá en este volumen, el hombre es su obra y su obra es el hombre.

William F. Nolan

TRANSFUSIÓN

La máquina se detuvo.

En aquel momento no se percibió sonido alguno y la luz verde del panel de instrumentos parpadeó como un ojo burlón. Con la fácil precisión que engendra una larga rutina, Ben Hazard hizo lo que tenía que hacer. Lo hizo automáticamente, sin verdadero interés, pues ya no había ninguna esperanza.

Perforó una cantidad en el registrador: 377.

Calculó el año utilizando la Correlación Gottwald-Hazard y agregó eso al registro: 254.000 a. J. C.

Completó el formulario con el nombre del lugar: Choukoutien.

Luego, con una falta de anticipación que le recordó elocuentemente que aquella era la tricentésima septuagésima séptima verificación en lugar de la primera, Ben Hazard dirigió una larga mirada preliminar a través del visor. No vio nada que le interesase.

Con el mismo esmero que ponía siempre que estaba por partir del Bucket, perforó el dato habitual: Exploración por el Visor, Negativa.

Abrió la escotilla de la parte superior del Bucket y salió de la esfera metálica gris. Siquiera esta vez llovía; el sol, con su brillo dorado, despedía calor en un límpido cielo azul.

Ben Hazard estiró sus músculos cansados y posó la mirada en el verde fresco de las plantas enmarañadas que crecían en las orillas del arroyo indolente que corría a su derecha. El herbaje del pequeño prado parecía fresco e invitante y trinaban pájaros en los árboles. Todo era muy similar a lo que había sido mil años antes, o dos mil, o tres...

Era apenas un rinconcito de nada, perdido en las brumas del tiempo, a la espera que volviesen las sábanas grises de hielo.

Era apenas un pequeño arroyo, que burbujeaba y sólo se ocupaba de sí mismo y una solitaria montaña de piedra caliza que exhibía las cicatrices de oscuros ojos de refugios rocosos y entradas de cavernas.

No había diferencia alguna.

Hacía falta el hombre para cambiar las cosas y el hombre no estaba allí.

Ese era el problema.

Ben, con un objetivo gran angular, tomó seis fotografías del terreno, tal como siempre hacía. En esta excursión el ángulo abarcado por la cámara no incluía animales. Gateó por el denso matorral pardo en la base de aquella montaña de piedra caliza y trepó por las rocas escabrosas hasta la boca de la cueva. Seguía abierta y conocía su ubicación de memoria.

Recordaba muy bien la emoción que experimentó la primera vez que penetró en esta cueva. Su corazón golpeó furiosamente dentro de su pecho y tuvo tan seca la garganta que no pudo tragar. Inflamaban su cerebro recuerdos, esperanzas, temores, y aquel fue el momento más sensacional de su vida.

Ahora quedaba sólo el miedo; y era una nueva clase de miedo, el miedo a lo que no encontraría.

Su luz alumbraba delante suyo mientras se abría paso por el serpenteante pasadizo de la cueva. Agitó una nube de murciélagos indignados, pero no advirtió ninguna otra señal de vida. Llegó a la caverna central, oscura, silenciosa y oculta en las entrañas de la tierra y con cuidado paseó en círculo el haz luminoso de su luz.

No había nada nuevo.

Reconoció los huesos familiares de lobos, osos, tigres y camellos. Volvió a fotografiarlos y consiguió encontrar los restos de un avestruz que no había visto antes. De estos restos tomó dos fotos.

Pasó media hora recorriendo la caverna, revisando todos los lugares registrados meticulosamente y luego volvió a la puerta iluminada por el sol.

La desesperación aumentaba en él más que antes. Cuesta trabajo aceptar la mala noticia al confirmarla por muy esperada que haya sido. Y ya no cabía duda alguna.

El hombre no estaba allí.

Ben Hazard ya no se intrigó. Se sentía herido y preocupado. Esta vez no podía culpar a nadie. Vino a ver y vio.

Imaginen un hombre que ha construido una computadora soberbia, una computadora que finalmente podía resolver los más intrincados problemas de la especialidad. Supongan la última palabra en computadoras y la última palabra en cintas codificadas; una máquina (por hipotética que sea) que jamás se equivoque. Sólo como una diversión, piense que el hombre le pasa la pregunta siguiente: ¿Cuánto es dos más tres?

Si la computadora contesta seis, entonces, el hombre se encuentra en dificultades. Por supuesto, podía ser que la máquina multiplicase en lugar de sumar...

Pero si la computadora contesta cero o dato insuficiente, ¿qué pasa entonces?

Ben Hazard regresó despacio al Bucket, entró y cerró la escotilla.

Archivó sus películas bajo el número de código respectivo.

Marcó el dato común: Reconocimiento de Campo Negativo.

Se sentó frente al tablero de comando y se preparó.

Estaba completamente a solas en la pequeña esfera metálica; podía verla detalladamente. Sabía que estaba solo. Y, sin embargo, tal como antes, tenía la extraña sensación de que con él había alguien, alguien que miraba por encima de su hombro...

Ben Hazard jamás fue hombre de pegar un salto, sentarse en la montura y salir galopando en todas direcciones. Era un hombre de ciencia adiestrado, habituado a tener paciencia. No entendía la voz muda que seguía murmurándole en el cerebro: Date prisa, date prisa, date prisa...

—¡Amigo! —dijo en voz alta—. Has estado solo demasiado tiempo.

Se dominó y alargó las manos hacia los comandos. Estaba decidido a recorrer la gama (le quedaban por hacer veintitrés comprobaciones), pero de antemano conocía la respuesta.

El hombre no estaba allí.

Cuando Ben Hazard volvió al año original de su partida, 1982, salió del Bucket en la Estación de Nuevo México; pues la máquina, forzosamente, se desplazaba tanto en el espacio como en el tiempo. Más aún, el desplazamiento espacial del Bucket era una de las cosas que dificultaban realizar una intensa inspección periódica de cualquier lugar determinado sito en la superficie de la Tierra; era difícil mantener al Bucket orientado hacia el blanco propuesto.

De acuerdo con sus propios cálculos y en términos de tiempo fisiológico, habían pasado unos cuarenta días en su verificación de Choukoutien realizada en el Pleistoceno Medio. Visto desde el otro extremo, en la Estación de Nueva México, sólo había estado ausente cinco días.

El primer hombre a quien vio fue al cabo de la policía militar.

—Necesitaré sus fotografías y papeles, señor —dijo el cabo.

—¡Caramba, Ames! —exclamó Ben, entregando los papeles; metió sus pulgares en la exploradora—. ¡Es que ya no me conoces?

—Son órdenes, señor.

Fatigado, Ben consiguió sonreír. Después de todo, las derivaciones militares de! viaje a través del tiempo eran sorprendentes y se debía proceder con cuidado. Si uno puede retroceder en el tiempo sólo unos años y ver lo que el bando contrario ha hecho, puede frustrar sus planes en el presente. Dado que las antiguas pependencias tribales seguían con toda intensidad, Gottwald tuvo que apelar a un millón de recursos para asegurarse alguno de los Buckets disponibles.

—Perdón, Ames. Te encuentro maravillosamente bien después de un mes más o menos de andar entre viejos huesos de camello.

—Es muy agradable tenerlo de vuelta, doctor Hazard —dijo el policía en actitud neutra.

Luego de haberse identificado debidamente como Benjamín Wright Hazard, profesor de antropología de Harvard y Científico Mayor del Proyecto Conjunto de Investigación Temporal Smithsonian-Harvard-Berkeley, se le permitió proseguir. Ben cruzó el salón atestado de gente que ellos llamaban Estación Grand Central y se detuvo un instante para ver cómo seguían los chimpancés.

Había dos de ellos, Charles Darwin y Cleopatra, en jaulas separadas. Esos monos habían viajado en los comienzos del viaje temporal y todavía se los empleaba ocasionalmente para probar Buckets nuevos. Cleopatra se rascaba y gritaba algo que debía ser un saludo, pero Charles Darwin estaba enfrascado en un problema. Trataba de unir dos palos a fin de asestar golpes a una banana que pendía un poco fuera de su alcance y derribarla. Evidentemente, estaba irritado; pero no era de los que se dan por vencidos.

—Me hago cargo perfectamente de lo que estás sintiendo, Charles —dijo Ben.

Charles Darwin ahuecó sus labios y redobló sus esfuerzos.

¡Lo que no harán por una porquería de banana!

Ben giró la vista para mirar a Nate York, que trabajaba con los chimpancés, y lo descubrió hablando con un técnico y siguiendo sus experimentos con el rabillo de un ojo. Ben lo saludó con una mano y se dirigió al ascensor.

Subió al cuarto piso y penetró en la oficina de Ed Stone. Ed estaba sentado detrás de su escritorio y parecía estudiar con gran atención el cráneo blanco y seco que tenía delante. El cráneo, sin embargo, no era más que un pisapapeles que usaba desde hacía años.

Ed se puso de pie, hizo una mueca y alargó una mano.

—Sí que me alegra mucho que estés de vuelta, Ben. ¿Tuviste suerte?

Ben estrechó su mano y se sentó a horcajadas en una silla. Sacó la pipa, la llenó con tabaco de una maltrecha lata roja y la encendió muy satisfecho. Era grato estar de vuelta con Ed. No se encuentran muchos hombres con quienes uno puede realmente hablar

durante su vida, pero Ed era decididamente el número uno. Dada su amistad de tantos años, hablaban en un idioma privado.

—Salió a almorzar —dijo Ben.

—¿Veinte mil años?

—El hombre de Pekín siempre se ha destacado por sus excentricidades dietéticas.

Ed inclinó la cabeza como demostración de que había captado el chiste un tanto especializado (el hombre de Pekín había sido caníbal) y luego se apoyó con los codos en el escritorio:

—¿Estás satisfecho ahora?

—Absolutamente.

—¿No hay margen de error? —insistió Ed.

—Ninguno. En realidad no puse en duda el informe de Thompson, pero quise cerciorarme. El hombre de Pekín no está allí.

—Toda esperanza es absurda. Es remar contra una corriente impetuosa.

—Sin remos.

—Y sin canoa —dijo Ben, aspirando el humo de su pipa—. ¡Qué rabia, Ed! ¿Por dónde andarán?

—¿A mí me lo preguntas? Desde que te fuiste, Gottwald y yo no hemos llegado exactamente a ninguna conclusión. Tal como las cosas se presentan ahora, el hombre no ha tenido antepasados... y eso es un disparate.

Ben pensó que era más que disparate. Daba miedo. Cuando uno se detiene a pensarlo, el hombre es mucho más que un individuo. Mediante sus hijos, se prolonga en el futuro. A través de sus ancestros, se remonta al pasado. Es una clase de inmortalidad. Y cuando se corta uno de los extremos...

—Me da miedo —dijo—. No tengo inconveniente en reconocerlo. Debe haber una solución en algún lugar, y tenemos que encontrarla.

—Sé lo que piensas, Ben. Si esto significa lo que parece significar, entonces toda la ciencia es igual que nada. No hay causa ni efecto, no hay evidencia ni razón. El hombre no es lo que cree ser. Somos tan sólo animales asustados, que nos sentamos en una cueva y miramos boquiabiertos la oscuridad exterior. No supongas que yo no lo pienso también. ¿Pero qué vamos a hacer?

Ben se puso de pie y vació la pipa golpeándola.

—Ahora, voy a mi casa para acostarme; estoy muerto. Luego los tres, tú, Gottwald y yo, nos sentaremos a rumiar este asunto. De ese modo sabremos por lo menos dónde estamos.

—¿Lo sabremos?

—Convendrá que así sea.

Fue al ascensor y descendió a la planta baja de la Estación Nuevo México. Tuvo que identificarse dos veces más antes de salir a la luz ennegecedora del desierto iluminado por el sol. Le pareció que la situación era el colmo de la ironía: allí estaban preocupados por espías y enemigos imaginarios, mientras que en todo momento...

¿Qué?

Penetró en su automóvil y arrancó en dirección a su casa. El día de verano era brillante y caluroso, pero tuvo la misma sensación que si estuviese viajando por un túnel oscuro e interminable, una caverna negra que no conducía a ningún sitio.

La voz susurró en su oído: Date prisa, date prisa...

Su casa estaba solitaria, con una clase especial de vacío. Todas las casas le habían parecido solitarias desde que Anne murió, pero ésta le agradaba más que las otras.

Estaba hecha de adobe con las sólidas vigas del techo expuestas al aire, fresca en verano y calurosa en invierno. El piso de baldosas mexicanas estaba diestramente interrumpido por alfombras tejidas por los indios navajos... las raras alfombras del tipo Dos Montañas Grises, con rebajados y complicados grises, negros y blancos. De Boston

había traído muchos de sus libros favoritos y sus tapas familiares se alineaban en las paredes.

Ben estaba acostumbrado a la soledad, pero los recuerdos siempre se resisten a morir. El accidente de aviación que lo había privado de Anne le dejó un vacío en el corazón. A veces, en las últimas horas de la tarde, creía oír sus pasos en la cocina. A menudo, cuando llamaba el teléfono, esperaba que ella atendiese.

Quince años de matrimonio no se olvidan con facilidad.

Ben se dio una ducha caliente, se afeitó y se cocinó un bife que sacó de la heladera. Luego se sirvió un poco de whisky sobre dos cubos de hielo y se sentó en el sillón grande, poniendo los pies en el banquillo tapizado. Seguía cansado, pero tenía una mayor sensación de ser humano.

Su mirada vagó hasta los libros. Había algo tranquilizante en los volúmenes viejos y en los títulos leídos durante mucho tiempo, algo que lo calmaba. Para él siempre había sido así; pero ya no era más.

Los títulos lo miraron burlones: La primera humanidad, Más allá del simio, Historia de los primates, Los hombres fósiles, La historia del hombre, Orígenes humanos, Las evidencias fósiles de la evolución humana, Historia de los vertebrados...

¿Y ahora qué, hombrecito?

Ben dijo en voz alta: "Parece que hemos cometido un ligero error, como pensó el químico mientras su laboratorio volaba por el aire".

Sí, pero ¿en qué has podido equivocarte?

Tomemos como ejemplo el hombre de Pekín. Dos excelentes antropólogos, Black y Weidenreich han excavado los restos de cuarenta hombres de Pekín de distinto tipo encontrados en la región de Choukoutien, en China. Obtuvieron mucho material que se ha estudiado a fondo. Los hombres de ciencia sabían cuándo vivió el hombre de Pekín en el Pleistoceno Medio, los lugares en que habitó y la forma en que vivía. Hasta se habían conocido los fogones en que cocía sus alimentos, las herramientas que utilizaba y los animales que cazaba. Se enteraron de cuál era su aspecto. Conocieron la relación que tenía con su primo, Pitecántropo Erecto y con el hombre moderno. Hay un vaciado de su cráneo en todos los museos de antropología del mundo y en todos los libros de texto existentes está reproducido.

Nada es misterio en cuanto a Samuel Sinántropo. Era muy conocido.

Ben y Gottwald le habían calculado una edad: 250.000 años antes de Jesucristo. Después del increíble informe de Thompson, el propio Ben viajó retrocediendo en el tiempo para ir al encuentro del hombre de Pekín. Sólo para estar seguro de que no se equivocaba, hizo una revisión a lo largo de veinte mil años.

No halló a ninguno.

Sinántropo no estaba allí.

Ya eso era bastante malo.

Pero faltaban todos los fósiles humanos y pre-humanos.

No había hombres más allá del Pleistoceno.

Ni australopiteco, ni pitecántropo, ni hombre del Neandertal, ninguno estaba allí.

Era imposible.

Al principio, Ben pensó que debía existir un error, en uno u otro lugar, en la asignación de fechas a los fósiles. Después de todo, el hecho de que a un geólogo se le ocurriese hablar de "Pleistoceno Medio" no daba pie mayormente para nada y los cálculos de fechas mediante el radiocarbono no servían a tanta distancia. Pero la Correlación Gottwald-Hazard había extinguido esa posibilidad.

Sencillamente, los hombres fósiles no aparecían allí.

Habían desaparecido. O jamás estuvieron. O...

Ben se levantó y se sirvió otro trago. Le hacía falta.

Cuando las ecuaciones Winfield-Homan quebraron la barrera del tiempo y Ben fue invitado por el viejo Franz Gottwald a tomar parte del Proyecto de Investigación Temporal, atrapó la oportunidad al vuelo. Era un sueño científico hecho realidad.

Podía retroceder realmente y ver a los antepasados de la especie humana desaparecidos hacía mucho. Escuchar cómo hablaban, observar a sus pequeños, presenciar como hacían sus herramientas, oír sus cantos. Ya no necesitaba seguir sudando con unos cuantos huesos rotos. No se quebraría el cerebro frente a artefactos de pedernal. No excavaría más hoyos de antiguas hogueras.

Se sintió como el hombre que se sienta a participar de un festín pantagruélico.

Lamentablemente, era la noche en que el cocinero estaba franco. No había nada que comer.

En lo íntimo de sus corazones, todos los hombres de ciencia saben que sus mejores teorías no son más que adivinanzas cultas. Hay un Panteón de la Fama reservado para errores disparatados: la tierra plana, los humores medicinales, el unicornio.

Sí, y no olvidemos al Hombre de Piltown.

Todos los científicos confían corregir sus teorías a la luz de los conocimientos nuevos. Tal es el sentido de la ciencia. Pero no esperan descubrir que todo está mal. No esperan que su Proyecto Manhattan demuestre en forma conclusiva que el uranio no existe en realidad.

Ben terminó el vaso. Se reclinó hacia atrás y cerró los ojos. En algún sitio o en algún tiempo tenía que estar la respuesta... Tenía que estar. Un mundo de ignorancia total en un mundo de terror; cualquier cosa puede suceder.

¿Dónde estaba el Hombre? ¿Y por qué?

Se acostó y soñó con oscuridad y temores antiguos. Soñó que vivía en un mundo extraño y forastero, un mundo de fuego, negrura y sombras vivientes...

Cuando se despertó en la mañana siguiente, no estuvo del todo seguro de haber soñado.

Un observador imparcial que hubiese estado entre ellos habría convenido en que los tres científicos reunidos en la sala de conferencias de la Estación de Nuevo México sabían cuanto era posible acerca de las formas primitivas del hombre. A juicio de Ben, también podrían haber sido los expertos máximos en la teoría ptolomeica de los epiciclos.

Eran muy distintos los tres.

Ben Hazard era alto, delgado y de facciones irregulares, como si los vientos de la vida lo hubiesen secado hasta convertirlo en la roca dura y desnuda que ya no producía nada más. En sus ojos azules había una calidad que escapaba al tiempo y a la edad, la sempiternidad de los mares profundos y las altas montañas, pero denotando una curiosidad activa e inquieta que recordaba en gran medida los ojos de un chico campesino de Ohio que mucho tiempo atrás se maravilló ante la magia de la lluvia y llenaba las viejas cajas de cigarros de su padre con piedras extrañas que habían conservado las impresiones de plantas y conchillas desde los albores del tiempo.

Ed Stone parecía ser sólo una parte de lo que era: un tejano curtido por el sol, de ojos grises y estrechos, serenos y firmes. No era corpulento, y su hablar apacible y sus movimientos deliberados le impartían un aire engañoso de laxitud. Era fácil subestimar a Ed; no perdía tiempo en adornos ni pretensiones, pero dentro del cráneo tenía un cerebro afilado como una hojita de afeitar. Era más joven que Ben, pues aún no había cumplido los cuarenta años. Pero Ben confiaba en su juicio más que en el propio.

Franz Gottwald, viejo solamente en años, era más que un hombre entonces; era una institución. Lo llamaban decano de la antropología norteamericana, pero no frente a su rostro de barba canosa; Franz respetaba poco los decanos. Se ponían de pie cuando entraba en una reunión y él consideraba esto como un derecho adquirido; se lo había ganado, pero lo preocupaba tanto como la marca del automóvil que guiaba. Ben y Ed habían seguido cursos que dictó Franz y todavía aceptaban sus opiniones; la relación era

cordial. Franz había nacido en Alemania; jamás hablaba de su vida anterior a la llegada a Estados Unidos a la edad de treinta años, y su voz seguía exhibiendo un leve dejo que generaciones de estudiantes graduados intentaron remedar sin éxito. Era el Gran Viejo.

—¿Bueno?... —preguntó el doctor Gottwald una vez que Ben terminó su informe—. ¿Cuál es, caballeros, el paso siguiente?

Ed Stone dio golpecitos en la mesa con un lápiz amarillo que denotaba haber sido mordisqueado.

—Tenemos que aceptar los hechos y partir de ellos. Sabemos cuál es la situación y pensamos que no hemos cometido ningún error catastrófico. En suma, el hombre se ha borrado de su propio pasado. Lo que necesitamos es una explicación y para conseguirla tenemos que encontrar alguna hipótesis relativamente cuerda que podamos poner a prueba, no tan sólo dar vueltas. ¿De acuerdo?

—Muy científico, Edward —aprobó Gottwald, acariciándose la pulcra barba blanca.

—¡Perfecto! —dijo Ben—. Trabajemos sobre la base de lo que sabemos. Los esqueletos estaban en África, China, Europa y Java; debieron estar allí porque esos son los lugares en donde fueron excavados originariamente. Los huesos son reales, yo los he tenido en mis manos, y siguen estando en los museos. Ese hecho es incontrovertible y no lo modificará ninguna cantidad de tonterías y disparates acerca de cursos alternos en el tiempo ni universos congruentes. Además, a, menos que Franz y yo seamos los gansos más redomados de todos los tiempos, el cálculo de fecha de esos fósiles es exacto tanto en términos geológicos como en cuanto a la flora y la fauna y otras cosas. Los Buckets cumplen su misión; tampoco eso puede dudarse. Por lo tanto, ¿por qué no podemos encontrar a los hombres que dejaron esos esqueletos o siquiera los huesos mismos en sus lugares originales?

—Esa pregunta tiene una única respuesta posible —afirmó Ed.

—¡Un momento! Paradojas aparte (y no hay paradoja si se dispone de suficiente información exacta), los hechos mismos deben hablar. No los encontramos porque no están allí. Pregunta siguiente: ¿dónde diablos están?

Ed se agachó mordiendo el lápiz.

—Si nos despreocupamos de su contexto geológico, ninguno de esos fósiles tiene más de unos cuantos siglos. Aún el propio Hombre de Neandertal data más o menos de 1856 o algo así. La misma misma ciencia es un fenómeno sorprendentemente reciente. Por lo tanto...

—¿Se refiere al Piltdown? —sugirió Gottwald, sonriendo.

—Tal vez.

Ben llenó su pipa y la encendió.

—Yo también he pensado eso. Creo que lo hemos hecho todos. Si uno de los hombres fósiles era una patraña, ¿por qué no todos ellos? Pero no tiene consistencia y usted lo sabe. Ante todo, habría requerido una conspiración que abarcara al mundo entero, lo cual es una insensatez. Además, dejando de lado el poder humano liso y llano, el conocimiento que se hubiese requerido para falsificar todos esos fósiles no existía, sencillamente, en la época en que fueron descubiertos. El hombre de Piltdown no habría durado cinco minutos si con él se hubiese empleado la prueba del flúor para determinar edades y hecho una comprobación decente con rayos X, y nadie logrará convencerme de que hombres como Weidenreich y Von Koenigswald y Dart hayan sido farsantes. Como quiera que sea, esa idea nos dejaría con un problema más rebelde que el que estamos tratando de resolver: ¿de dónde vino el hombre si no tuvo pasado ni antecesores? Propongo que conjuremos ese fantasma.

—Sigue —dijo Gottwald. Ed prosiguió la idea.

—Hechos, Ben. Deja las teorías para más adelante. Si en el Pleistoceno, que es el período a que corresponden, no aparecen los huesos ni los hombres, pero los huesos

estuvieron para que se los descubriese después, entonces tienen que aparecer en algún lugar intermedio. Lo que ahora debemos averiguar es cuándo.

Ben se quitó la pipa de la boca y accionó con ella en la mano, nervioso en este momento.

—Eso podemos resolverlo. ¡Caramba! No es posible que todos nuestros datos estén equivocados. Mira, durante la mayor parte de su presunta existencia, cerca de un millón de años, el hombre fue un animal raro; todos los huesos de todos los hombres fósiles descubiertos alguna vez no llenarían esta habitación en que estamos sentados; todos los que tienen importancia capital cabrían en el armario donde se guardan las escobas. ¿De acuerdo? Pero allá por los tiempos neolíticos, junto con aldeas agrícolas, había hombres en todas partes, aun aquí en el Nuevo Mundo. La constancia es evidente. De manera que esos fósiles debieron estar en sus lugares hace más o menos ocho mil años. Todo lo que tenemos que hacer...

—Es retroceder en el otro sentido —concluyó Ed, poniéndose de pie—. ¡Dios mío! ¡Eso es! Podemos enviar equipos que retrocedan a lo largo de la historia, para que hagan verificaciones a intervalos breves, hasta que veamos cómo empezó este asunto. Mientras los huesos estén donde deben estar, estupendo. Cuando desaparezcan (y tienen que desaparecer, pues sabemos que no estaban antes), invertiremos nuestro campo y lo revisaremos hora por hora si es necesario. Entonces sabremos qué pasó. Después de eso, podremos discutir las teorías hasta que no demos más.

—Muy bien pensado —expresó Ben, quien se sentía como un hombre que sale de una niebla densa—. No será fácil, pero se puede hacer. Sólo que...

—¿Qué? —preguntó Gottwald.

—Sólo que me pregunto qué encontraremos. Me da un poco de miedo lo que vamos a ver.

—Una cosa es segura —opinó Ed.

—¿Sí?

—Este viejo mundo nuestro jamás será el mismo.

Es una pena... Casi, casi... me gustaba como está.

Gottwald agachó la cabeza y se acarició la barba.

Durante meses, Ben Hazard vivió virtualmente dentro de las paredes blanqueadas de la Estación de Nueva México. Se sintió extraño, como quien lucha con sus puños con una culebra de cascabel en una esquina concurrida, mientras que en torno suyo la gente cruza apresurada sin desviar la vista, abstraída en sus preocupaciones.

Lo que ocurrió en la Estación de Nueva México se tituló, por supuesto, información clasificada. A juicio de Ben, esto significaba que se había vuelto absurdamente a las técnicas de la magia. Los hechos se sellaban con el símbolo sagrado de CLASIFICADO, lo cual presumiblemente los privaba de su poder. Sin embargo, el mundo exterior ignoraba qué era lo que estaba en juego y, tal vez no le preocupaba, mientras que dentro de la Estación...

La historia pasó, una película maravillosa y terrible.

El hombre era su héroe y su villano... pero ¿por cuánto tiempo?

Regresaron los equipos, poniendo cuidado en no hacer nada ni tocar nada. Los equipos salieron de Grand Central y siguieron su marcha en retroceso, sondeando, buscando...

En el pasado, más allá de las legiones romanas y los templos de Atenas, más atrás de las pirámides de Egipto y las maravillas de Ur, más atrás de las aldeas de los primeros agricultores, calcinadas por el sol, allá en las sombras oscuras de la prehistoria...

Y los equipos no encontraron nada.

En cada sitio a que llegaban sin revelar su presencia, los huesos de los hombres antiguos estaban exactamente donde debieron estar, esperando pacientemente que se los desenterrase.

Más atrás de los 8.000 a. C.

Más atrás de los 10.000 años.

Más atrás de los 15.000...

Y entonces, cuando los equipos llegaron a los 25.000 a. C., ocurrió. Del todo súbitamente, en regiones tan separadas una de otra como Francia y Java, los huesos desaparecieron.

Y no sólo los huesos.

El propio hombre desapareció.

El mundo, en ciertos sentidos, se hallaba donde había estado... o tenía que estar. Las olas grises seguían sacudiéndose en los mares bravíos, los bosques estaban fríos y verdes bajo límpidos cielos azules, las sabanas chispeantes de nieve e hielo seguían despidiendo fulgores bajo un sol dorado.

La Tierra era la misma, pero era un mundo extrañamente vacío sin hombres. Un mundo desolado y en cierto modo espantoso, sumido en largos silencios y acariciado fríamente por los vientos inquietos...

—Eso es —dijo Ben—. Lo que sea, sabemos que pasó... entre los 23.000 y los 25.000 años, al final del Paleolítico Superior. Regresaré allí.

—Regresaremos —lo corrigió Ed—. Si tengo que presenciar pacientemente todo eso, quedaré como para que me encierren en un manicomio.

Ben sonrió, sin esfuerzo por ocultar el alivio que experimentaba.

—Me parece que no me vendría mal algo de compañía en este viaje.

—Es una sensación extraña, Ben.

—Sí —admitió Ben Hazard, mirando de reojo a los Buckets que esperaban—. He visto muchas cosas en mi vida, pero jamás pensé que vería el Principio.

La máquina se detuvo y el ojo de luz verde parpadeó.

Ed revisó el visor mientras Ben perforaba datos en la máquina registradora.

—Nada aún —dijo Ed—. Está lloviendo.

—¡Perfecto! —proclamó Ben mientras abría la escotilla, por la cual salieron los dos. El cielo, por encima de ellos, estaba frío y gris. Una lluvia helada caía de las nubes pesadas y bajas. No se oían truenos. Aparte del silbido constante de la lluvia, la Francia del año 24571 a. C estaba tan muda como una tumba—. Tapemos esto.

Sacaron la funda plástica, camuflada para que se confundiese con el paisaje, y con ella cubrieron la esfera metálica gris. Habían verificado dieciocho días sin encontrar nada, pero no querían arriesgarse.

Cruzaron el estrecho valle en medio de cortinas de lluvia. A cada paso las botas se hundían en el piso empapado. Escalaron rocas hasta el desmesurado agujero negro de entrada a la caverna y lograron guarecerse bajo la cama de roca. Encendieron sus luces, se agacharon y, de rodillas, apoyados con las manos, inspeccionaron centímetro por centímetro el terreno que estaba justamente detrás de la saliente rocosa.

Nada.

La lluvia gris caía con fuerza en la ladera y se convertía en un torrente, cuya agua salpicaba por encima de la entrada a la caverna como una cascada de plata sibilante. Dentro hacía un poco más de calor, pero la caverna estaba oscura y era singularmente poco acogedora.

—Entraremos otra vez —refunfuñó Ed—. Conozco esta odiosa caverna más que el fondo de mi propia casa.

—¡Cómo me gustaría poder ver el fondo de tu casa ahora! Por lo menos, podríamos asar algún pollo y probar unos amargos de tequila de los que prepara Betty.

—Justo ahora, yo transaría por la tequila. Si no podemos resolver este asunto de alguna otra manera, lo mejor sería que recurriésemos a la botella.

—¡Eh! —exclamó Ben, suspirando y mirando el interior de la caverna—. ¡Entran un enano y un gnomo, mientras miles aplauden!

—No se oye nada.

Ed tomó la delantera y manoteando y arrastrándose retrocedieron por los angostos corredores de la caverna, donde las linternas proyectaban sombras grotescas que bailaban como fantasmas en las espiras y columnas de piedra antigua, que goteaba. Ben estimó el peso de las grandes rocas que tenía encima y sintió constreñido el pecho. Costaba trabajo respirar y seguir avanzando no era más fácil.

—Sea lo que sea en mi próxima encarnación —dijo—, ojalá que no me toque en suerte ser un topo.

—Ni siquiera serás un mamífero —le aseguró Ed.

Llegaron a una bóveda larga y retorcida. Estaba en las profundidades de la caverna, lejos de los cielos nubosos y aislada del golpeteo de la lluvia. Proyectaron sus linternas sobre las paredes, recorrieron con los haces el techo seco y gris, y entraron en el silencio que no tiene edad.

Nada.

Nada pintado en la cueva.

Era como si el hombre jamás hubiese existido y nunca debiese existir.

—Estoy empezando a preguntarme si yo soy real —dijo Ed.

—¡Espera un momento! —exclamó Ben, volviéndose hacia la entrada de la caverna, con el cuerpo rígido—. ¿Has oído algo? Ed contuvo el aliento y escuchó.

—Sí. ¡Otra vez lo mismo!

Era débil y remoto al llegar hasta ellos en la bóveda subterránea, pero no era posible que se hubiesen equivocado.

El ruido de un trueno, más potente de lo que pudiera creerse.

Constante ahora.

Acercándose más y más.

No se oyó trueno alguno en aquella lluvia fría y sibilante.

—Vamos —y Ben atravesó corriendo la caverna, arrodillándose para pasar por el corredor retorcido que conducía al mundo exterior—. Hay algo ahí fuera.

—¿Qué?

Ben no se detuvo. Se arrastró por las rocas hasta que las manos se le ensangrentaron.

—Creo que ha pasado la hora del almuerzo —dijo boqueando—. Me parece que el hombre viene a casa.

Al igual que dos salvajes asustados, se agazaparon en la entrada de la cueva y miraron de lado a lado del valle castigado por la lluvia. La piedra sólida vibró bajo sus pies y el cielo frío y gris se destrozó, emitiendo rugidos estridentes.

Algo podía darse por seguro: aquel trueno no era natural.

—Tenemos que ir allá fuera —dijo gritando Ben—. Debemos escondernos antes que...

—¿Dónde? ¿En el Bucket?

—Sería lo más seguro. Con esta lluvia casi no se ve nada, pero podemos observar a través del visor.

—¡Muy bien! ¡Corramos allí!

Descendieron arrebatadamente por las rocas resbaladizas y atravesaron corriendo el césped y el barro del suelo del valle. Hacía frío y la lluvia les castigaba implacable las caras. Se intensificó aún más el rugido ensordecedor que caía del cielo plomizo.

Manoteando precipitadamente, pegaron un tirón a una esquina de la cubierta de plástico para que el visor funcionase. Luego se retorcieron y encogieron por debajo del plástico, se introdujeron por la escotilla y la aseguraron. Salpicaron toda la esfera, pero no

tenían tiempo para preocuparse de esto. Aún dentro del Bucket percibían el océano de sonidos que los circundaba.

—Ben conectó el mecanismo registrador.

—Pon en marcha las cámaras.

—Ya lo hice.

El ruido atronador alcanzó un volumen que taladraba los oídos. De pronto hubo algo que ver.

Luz.

Una llama blanca y desgarradora que recorría como una cuchilla el cielo gris.

La vieron tremenda, encantadora y enorme, más allá de toda razón.

Ante su vista, como un inmenso pez metálico de un mar desconocido y terrible, la nave espacial descendió y se posó en el valle inundado de la Francia Paleolítica.

Volvió el largo silencio.

Con los puños apretados, Ben Hazard observó la Creación.

La gran nave se erguía imponente en medio de la lluvia, tan enorme que resultaba difícil imaginar que alguna vez se hubiese movido. Podría haber estado siempre allí, pero era absolutamente extraña y se hallaba fuera de su elemento en el ambiente de montaña, pasto y tierra anegada.

Se abrieron orificios circulares en la gran nave cual un medio centenar de ojos anhelantes. Una cálida luz amarilla se derramó en el espacio surcado por la lluvia. Los hombres, extrañamente vestidos con túnicas oscuras y ajustadas, salieron de la nave y bajaron al suelo en columnas de luz amarilla.

Eran seres humanos y físicamente no se diferenciaban de Ben ni de Ed.

Una cierta clase de equipos descendieron flotando en los haces de luz amarilla: extrañas máquinas con patas como las de arañas, cajas autopropulsadas que brillaban en la luz, pies blindados que podrían haber servido para planos o cartas, robots mecánicos de tamaño doble al de un hombre.

La luz amarilla desvió la lluvia (Ben pudo ver que el agua goteaba de columnas amarillas que parecían tubos sólidos que atravesaban el aire) y la lluvia se desviaba también de los hombres y sus equipos.

Los hombres de la nave se desplazaron rápidamente. Se abrieron en abanico y se pusieron a trabajar con la precisión de especialistas adiestrados que sabían exactamente lo que estaban haciendo.

A pesar de lo increíble que era todo, Ben pensó que también él conocía lo que ellos hacían.

Las máquinas de las patas de araña permanecieron en el suelo del valle, pulsando. La mayor parte de los hombres, junto con tres de los robots y casi todas las cajas autopropulsadas, avanzaron hacia la caverna de la que Ben y Ed acababan de salir y desaparecieron en su interior.

—¿Quieres apostar a que adivino lo que hay dentro de esas cajas? —susurró Ben.

—Yo no tengo la menor idea; pero no dudo un instante que para ti son huesos.

La gran nave esperaba, y de ella seguían saliendo y surcando la lluvia los haces de luz amarilla. Cinco hombres observaron atentamente los pies blindados, tal como agrimensores que relevaban un terreno. Otros trabajaban con las máquinas de las patas de araña, emplazando tubos de luz amarilla que iban desde las máquinas a las montañas rocosas. Dos de los robots, tal como Ben podía ver, estaban sencillamente apilando piedras.

Al cabo de tres horas, cuando ya estaba oscureciendo, los hombres volvieron a salir de la caverna. Los robots volvieron a cargar los cajones a través de las aberturas de la nave, a la cual subieron luego los hombres uniformados.

Cayó la noche. Ben se estiró para dar un descanso a sus músculos acalambrados, pero ni por un segundo dejó de mirar a través del visor.

La lluvia amainó hasta convertirse en una llovizna suave y luego cesar del todo. Se despejó la cerrazón y débiles nubes blancas recorrieron el cielo azotado por el viento. Salió la luna, gruesa y plateada, y su brillo amenguaba el de las estrellas.

La nave inconcebible, tan imponente bajo la luna de la Tierra, era un rascacielos de luz. Literalmente, bullía de actividad. Ben habría dado cualquier cosa por saber qué ocurría dentro de la nave, pero no tenía forma de averiguarlo.

Las máquinas pulsantes de las patas de araña seguían con sus golpecitos y zumbaban en la noche fría del valle. Se transportaban rocas a las máquinas, utilizando los rayos de luz amarilla. Las máquinas, mientras tanto, estampaban o sellaban algo a razón de cientos de millares... Algo...

¿Artefactos?

Finalizó la noche larga y misteriosa. Terriblemente fascinados, Ben y Ed miraban, casi olvidados sus temores y sin pensar ni remotamente en dormir.

El alba surcó el cielo del Este, rozando las nubes con dedos de rosa y oro. Una brisa ligera removía la hierba húmeda y pesada. De las rocas seguían cayendo gotas de agua.

Los hombres uniformados volvieron a salir de su nave, cabalgando en columnas de luz amarilla. Los robots reunieron unos inmensos maderos, que apilaron cerca de la boca de la caverna. Trataban la madera con una sustancia seca y luego ardía con fuego enceguecedor.

Escuadrones de hombres recorrieron el suelo del valle, limpiando toda huella de su presencia. Uno de ellos se acercó mucho al Bucket y Ben sintió algo así como un frío embotador. ¿Qué ocurriría si fuesen advertidos? Ya no se preocupaba por sí mismo. ¿Pero qué ocurriría a todos los hombres que debiesen vivir en la Tierra? O...

El escuadrón se alejó.

En el instante en que el rojo sol aparecía por detrás de las montañas, mientras la leña seguía ardiendo junto a la cueva, la nave depositó el final de su extraño cargamento.

Seres humanos.

Ben notó que el sudor le entorpecía las palmas de sus manos.

Bajaron por los haces de luz amarilla, cuidados por los hombres uniformados. Lograron llegar a contar un centenar de ellos: cincuenta hombres y cincuenta mujeres. No había ningún niño. Eran seres altos, robustos, vestidos con pieles de animales. Temblaban en el frío y parecían atontados. No entendían nada. Debían ser conducidos de las manos y varios de ellos fueron transportados por los robots.

Los hombres uniformados los llevaron de un lado al otro del valle mojado, a una distancia prudencial de la nave. Se apiñaron como ovejas, apretándose una contra otra con una inocencia que no sabía de sexo. Sus miradas se desplazaron del fuego a la nave, sin comprender nada en absoluto.

Fue una escena que trascendía toda edad; siempre había sido así. Había filas de hombres uniformados, parados rígidamente en actitud de atención. Y estaban los seres agrupados, vestidos con pieles de animales, que esperaban sin esperanza y sin pesar.

Un oficial (Ben lo consideró así, aunque su uniforme no se diferenciaba de los de los otros) avanzó y pronunció lo que parecía ser un discurso. Como quiera que sea, habló largo rato, casi una hora. Era evidente que los seres embotados no entendían una sola palabra de lo que decía y que esto era más viejo que el tiempo.

Pensó Ben: Es una ceremonia, debe ser una especie de ritual. No lo había esperado.

Cuando terminó, el oficial permaneció de pie un rato largo, mirando a la gente agrupada. Ben trató de interpretar su expresión a través del visor, pero le fue imposible. Pudo haber sido de pesar. O tal vez de esperanza. También pudo ser simple curiosidad.

Luego, a una señal, los hombres uniformados se volvieron y abandonaron a los otros. Retornaron a la nave que los esperaba y las columnas de luz amarilla los condujeron al interior. Se cerraron las portezuelas.

Diez minutos después la nave se animó.

Salieron llamas blancas por debajo de sus propulsores y la tierra tembló. Volvió el rugido terrible. La gente que había quedado en el suelo se desplomó; todos se taparon los oídos con las manos. La gran nave se levantó despacio y ascendió por el cielo azul, alejándose a velocidad cada vez mayor.

Se perdió de vista y sólo quedó el ruido.

Al rato también éste desapareció.

Ben observó a sus antecesores con una fascinación casi hipnótica. Ellos no se movieron.

Levántense, levántense...

Los individuos vestidos con pieles se levantaron temblorosos al cabo de lo que pareció ser horas. Se contemplaron inexpresivamente. Como si los impulsase algún vago instinto que se manifestaba a través de su sorpresa, se volvieron y contemplaron el fuego deslumbrante que ardía junto a la boca de la caverna.

Despacio, uno tras de otro, se ubicaron por encima del fuego, sobre las rocas. Lo tuvieron delante y buscaron un calor que no entendían.

El sol subió más, inundando con su luz dorada el mundo que la lluvia había limpiado.

La gente permaneció bastante tiempo observando el fuego que ardía debajo. No hicieron nada ni dijeron nada.

¡De prisa, de prisa! La voz volvió a hablar en el cerebro de Ben. Éste meneó la cabeza. ¿Pensaba en los seres embotados que estaban allí fuera, o era que alguien pensaba en él?

Poco a poco, algunos parecieron recobrar sus sentidos. Empezaron a moverse de un lado a otro con decisión, todavía despacio, todavía inseguros. Uno levantó un leño y lo tiró al fuego. Otro se agachó y tocó con sus dedos un pedazo de pedernal astillado que encontró en una roca. Dos mujeres caminaron por detrás de la hoguera y se introdujeron en la caverna oscura.

Ben se apartó del visor. Tenía áspera la cara no afeitada.

—Les presento al hombre de Cromagnon —dijo, haciendo una seña con la mano.

Ed encendió un cigarrillo, el primero en dieciocho horas. Le temblaba la mano.

—Lo que quieres es que conozcan a todos —dijo—. Esos bromistas trajeron a los otros, al hombre de Neandertal y no sé cuantos más, para ponerlos de vuelta en la cueva antes de descargar a los seres vivientes.

—Nosotros también hemos salido de esa nave, Ed.

—Ya lo sé. Pero ¿de dónde vino la nave de ellos? ¿Y por qué?

Ben miró nuevamente a la gente agolpada alrededor del fuego. No sintió deseos de hablar. Estaba muy cansado para pensar. Nada de aquello tenía sentido.

¿Qué clase de gente podía hacer una cosa semejante?

—Volvamos a nuestra tierra —dijo Ed con calma.

Salieron y quitaron la cubierta plástica. Luego dispusieron los controles de manera que el vehículo los condujese a la Estación Nueva México, a un mundo que ya no era de ellos.

El viejo Franz Gottwald estaba sentado frente a su escritorio. Vestía un traje blanco que había sido planchado recientemente y lucía un peinado cuidadoso. Se acarició la barba con un viejo gesto habitual y sólo el brillo de sus ojos reveló la emoción que sentía interiormente.

—Siempre ha sido mi creencia, caballeros, que no hay sustitutos del pensamiento serio basado en hechos comprobados. Existe un momento para obrar y un momento para pensar. Casi no necesito recordarles que la acción sin pensamiento es vana; es acto de un animal, la contracción de una lombriz de tierra. Ya tenemos los hechos que necesitamos. Hace tres días que ustedes regresaron, pero todavía falta pensar.

—¡Hemos estado torturándonos los cerebros! —protestó Ben.

—Tal vez, Ben; pero si un hombre se aporrea el cerebro con un garrote, eso no es pensar.

—Trate usted de pensar —dijo Ed, aplastando un cigarrillo.

—Eres demasiado viejo, Edward para que otros se preocupen de pensar por ti. Te he dado cuanto puedo darte. A ti te toca ahora —dijo Gottwald sonriendo.

Ben se reclinó en la silla y encendió la pipa. Lo hizo con toda calma, procurando despejar su mente. Necesitaba olvidar a aquellos hombres atemorizados que se agolpaban en torno a una hoguera, tenía que olvidar las emociones que experimentó cuando la gran nave los dejó tras ella. Gottwald tenía razón, como siempre.

Había llegado el momento de pensar.

—Muy bien —dijo—. Todos conocemos los hechos. ¿Adonde vamos desde aquí?

—Yo les aconsejaría, caballeros, que no formulemos respuestas hasta que hayamos empezado a hacer las preguntas que corresponden. Eso es elemental, si me permiten utilizar una idea del señor Holmes.

—¿Quiere preguntas? —inquirió Ed riendo brevemente—. Aquí hay una, y por cierto que es un primor. En todo esto hay un agujero tan grande como para que por él pueda pasar la Asociación Antropológica Norteamericana con todos sus camiones. ¿Qué hacemos con los monos?

Ben agachó la cabeza.

—Franz, usted ha citado a Conan Doyle, de modo que yo tomaré una frase de otro inglés, el amigo de Darwin llamado Huxley: "Hueso por hueso, órgano por órgano, el cuerpo del hombre se repite en el mono". ¡Caramba! Eso lo sabemos todos. Por supuesto, hay diferencias, pero los primates están más cerca de los hombres que de los otros monos. Si el hombre no surgió por evolución en la Tierra...

—Has contestado tu propia pregunta, Ben.

—¡Por supuesto! —dijo Ed, sacando otro cigarrillo—. Si el hombre no apareció por evolución en la Tierra, tampoco eso les ocurrió a los primates. Esa nave, o una u otra nave, los trajo a los dos. Pero eso es imposible.

—¿Imposible? —preguntó Franz.

—Tal vez no —dijo Ben despacio—. Después de todo, sólo hay cuatro géneros de primates vivientes: dos en África y dos en Asia. Podríamos hasta omitir el gibón; es un cliente bastante primitivo. Se podría haber hecho.

—No con todos los primates —insistió Ed—. No con todos los monos, lémures y los tarseros, no con todos los huesos fósiles de primates. El arca de Noé habría parecido un bote de remo.

—Aventuraría la sugestión de que tu imagen no es muy apropiada —intervino Gottwald—. Aquella nave fue bastante grande como para que cualquiera de nuestros buques parezca un bote de remo.

—Está bien —dijo Ben, decidido a no dejarse desviar del tema—. No importa. Supongamos que los antropoides hayan sido sembrados tal como ocurrió con los hombres. Los otros primates pudieron nacer aquí por evolución, sin interferencia, como pasó con los otros animales. Ese no es el verdadero problema.

—No sé qué decir —expresó Ed—. ¿Pudo esa nave haber salido del tiempo tanto como del espacio? Después de todo, si nosotros tenemos viaje de tiempo, ellos deben tenerlo también. Podrían hacer cualquier cosa...

—¡Cuentos! —protestó Gottwald—. No te dejes llevar, Edward. Cualquier cosa no es posible. Una ley científica es una ley científica, independientemente de quien trabaje con ella, dónde o cuándo. Sabemos por las ecuaciones Winfield-Homan que es imposible retroceder en el tiempo y alterarlo de una u otra forma, tal como es imposible ir al futuro que no existe aún. No hay paradojas en el viaje en el tiempo. No hagamos esto más difícil de lo que es atacando todos los callejones sin salida en que podamos pensar. Ben estuvo bien encaminado. ¿Cuál es aquí el problema real?

Ben suspiró. Vio el problema demasiado claramente.

—A mi juicio, se reduce a esto. ¿Por qué pusieron esos fósiles... y probablemente los primates también? Puedo concebir cincuenta razones para que hayan puesto hombres como ellos en un planeta yermo (presión de la población, etc.), ¿pero a título de qué se tomaron el trabajo de imponer un falso cuadro evolutivo para que se lo desentierre después?

—A lo mejor no es falso —dijo despacio Ed.

—Ahora estás pensando, Edward —le dijo Franz Gottwald sonriendo.

—Perdón, Ed, pero no te entiendo. Has visto como colocaban esos huesos. Si eso no es ejemplo perfecto de manipulación de una prueba antropológica, ¿qué demonios es?

—No te enfurezcas, amigo. Yo decía que los fósiles pudieron ser colocados ex profeso y a pesar de eso responder a un hecho real. Tal vez yo no soy más que un viejo chiflado aferrado a sus ideas; pero no puedo creer que la evolución del hombre sea un mito. Hay un argumento decisivo, Ben. ¿A qué preocuparse de los primates si no hay relación?

—De todos modos, no entiendo...

—Quiere decir —explicó Gottwald pacientemente—, que la secuencia de los fósiles es real... en algún otro lugar.

Ed agachó afirmativamente la cabeza.

—¡Exactamente! Esa serie evolutiva es el artículo legítimo, pero el hombre se ha desarrollado en su mundo y no en el nuestro. Cuando colocaron hombres en la Tierra, los proveyeron también de un libro de historia... por si podían leerlo.

Ben mordisqueó su pipa. Tenía sentido, siempre y cuando algo tuviese sentido todavía.

—Acepto eso. ¿Pero adonde nos conduce?

—Siempre a remontar las aguas de aquel arroyo conocido. Todas las respuestas que formulemos vuelven sencillamente a la misma antigua pregunta. ¿Por qué nos legaron un libro de historia?

—Contesta eso —dijo Gottwald— y ganarás el cigarro de oro.

Ben se puso de pie. Sentía la cabeza como si la tuviese llena de algodón.

—¿Adonde vas?

—Yo me voy a pescar. Mientras estoy en el arroyo siento que todavía puedo hacer algo útil. Hasta luego.

—¡Ojalá pesques algo! —dijo Ed.

—Yo también lo deseo —afirmó entristecido Ben Hazard.

El auto zumbó somnolientamente al atravesar las llanuras monótonas de Nuevo México, pasó por la región suavemente ondeada que daba reposo a la vista y subió las frescas montañas en que los pinos crecían altos y el pasto era de un denso verde oscuro en las vegas.

Ben amaba las montañas. Los momentos más dichosos de su vida habían transcurrido cerca del cielo, donde el aire era vigorizante y los arroyos corrían cristalinos. Necesitaba las montañas y siempre volvía a ellas cuando era difícil soportar la presión en aumento.

Se apartó del camino principal y se lanzó por uno de grava; los caminos pavimentados y la buena pesca se excluyen mutuamente, como las ciudades y la sanidad. Advirtió satisfecho que las nubes envolvían los picos montañosos, proyectando sombra sobre la tierra. Cuando el sol era demasiado fuerte, los peces podían ver a cualquier hombre que se acercase.

Aspiró hondamente, saboreando el aire vivificante.

Despreocúpate, eso es lo que se necesita.

Se fijó para cerciorarse que ningún intruso hubiese descubierto su rincón predilecto y estacionó el automóvil al lado de Mili Creek, un riacho de agua cristalina que salía tembloroso y frío de las montañas y serpenteaba indolentemente por el largo valle verde. Sonrió entre dientes como el niño que tiene su primera caña improvisada.

Ben se calzó sus botas altas impermeables, armó su aparejo con práctica consumada y ató sus dos moscas favoritas, una Gray Hackle Yellow y una Royal Coachman. Se colgó la red en un hombro y su cesta para las truchas en el otro, encendió la pipa y vadeó para internarse en el agua fresca del Mili Creek.

Se sintió maravillosamente bien. Pescó una linda trucha de arroyo a los cinco minutos. Notó que de su ser desaparecían los nudos y las tensiones como nieve que se derrite, y ése fue el primer paso.

Necesitaba despreocuparse. Era la única manera.

Considérese el aprieto de un jugador de béisbol en un momento de fuerte depresión. Pone todo cuanto puede, se esfuerza el doble de lo habitual; pero todo lo que hace se vuelve contra él. No se le presentan "hits"; falla en los "grounders" fáciles. Pasa las noches despierto y se preocupa.

—Descansa, Max —le dice su manager—. Lo único que debes hacer es despreocuparte. Tómallo con calma.

Sí, ¿pero cómo?

Lo mismo pasa con los problemas científicos difíciles. Ben había descubierto mucho antes que la lógica persistente y ordenada podía llevarlo sólo hasta un determinado lugar y no más lejos. Llegaba un momento en que por mucho que se forzase a cavilar, el propósito no se realizaba.

Rara vez se le presentaban nuevas visiones y nuevas ideas cuando las buscaba, por mucho empeño que pusiese. Más aún, cuanto más cavilaba en un problema, más obstinada y recalcitrante se volvía su mente. Las ideas grandes y buenas se le ocurrían en un instante de comprensión casi intuitiva. El recurso era permitir que la mente consciente se apartase, que dejase acudir el mensaje.

En el caso de Ben, ir a pescar.

A las dos horas, después de siete truchas y parte de una banana consiguió la respuesta que buscaba.

Había bebido una buena cantidad de agua fresca del arroyo y limpiado el pez. Se encontraba sentado en una roca para almorzar, comiendo lo que había llevado en un paquete, cuando la idea se le ocurrió de pronto.

Luego de pelar una banana y haberle pegado su primer mordisco, su mente fue acuciada por una única palabra inocua:

Banana.

No cualquier banana común, por supuesto. Una banana determinada, utilizada para un fin determinado.

¿Se acuerdan?

Charles Darwin y Cleopatra, dos chimpancés en sus jaulas. Charles Darwin esforzando su cerebro de primate hasta el máximo para unir entre sí dos trozos de madera. ¿Por qué?

Para conseguir una banana.

Una asquerosa banana.

Eso estaba bastante bien, pero había más. Darwin podía conseguir su banana y ninguna otra cosa lo preocupaba. ¿Pero quién había puesto los palos en la jaula, quién había provisto la banana?

¿Y por qué?

Era sencillo. Tanto como para que se le hubiese podido ocurrir a un niño. Alguien había dado a Charles Darwin dos palos y una banana precisamente por un motivo: para ver si él podía o no resolver el problema.

En pocas palabras, un experimento científico.

Ahora bien, consideremos otro Charles Darwin, otro problema.

O consideremos a Ben Hazard.

¿Cuál es el problema más arduo que un hombre puede abordar? Howells lo destacó hace muchos años. De todos los animales, el hombre es el único que se preocupa por saber de dónde viene y adonde va. Todas las demás cuestiones son nimias comparadas con esa. Fuerza al cerebro humano hasta el límite...

Ben se puso de pie; había olvidado el almuerzo.

¡Todo era tan evidente!

Los hombres fueron colocados en la Tierra y junto con ellos se había ubicado un problema; un problema real, capaz de conducir a una solución verdadera. Una masa confusa de seres humanos quedó abandonada junto a una hoguera, perdida en la mañana de un extraño mundo nuevo. Luego quedaron estrictamente a solas; no había evidencia alguna que desde aquel tiempo hubiesen sido ayudados de una u otra manera.

¿Por qué?

Para ver qué podían hacer.

Para ver cuánto tiempo tardarían en resolver el problema.

En pocas palabras, un experimento científico.

Ben levantó su caña y empezó a retroceder hacia el auto.

Había algo más, una característica inevitable de un experimento y se marcha, olvidándolo, así sea la ultimísima palabra en profesores distraídos.

No.

Tiene que quedarse en el lugar para ver cómo sale todo. Tiene que observar, tomar notas.

Era monstruoso.

Toda la historia del hombre en la Tierra...

Ben se introdujo en el coche y puso en marcha el motor.

Hay más. Afrontémoslo.

Supongamos que has armado un fantástico experimento planetario con seres humanos. Supongamos que tú, o uno de tus descendientes, pues las generaciones son lentas, vuelve para verificar tu experimento. ¿Qué harías, qué serías?

¿Mecánico de automóviles?

¿Vendedor de calzado? - ¿Un jugador fullero?

Difícilmente. Tu situación debería permitirte saber qué sucede. Tendrías que trabajar en un terreno en el cual fueses experto.

En una palabra, serías antropólogo.

Hay más todavía. Sitúate en el final de la línea.

Supongamos ahora que el Hombre en la Tierra haya franqueado la barrera del tiempo. Supongamos un Proyecto Temporal de Investigación que haya sido preparado. ¿No estarías tú en él, directamente en la delantera?

¡Naturalmente!

No perderías la ocasión por nada del mundo.

Bueno, ¿quién responde a la descripción? No podría ser Ed; Ben lo conocía desde casi su vida entera, conocía a su familia, la esposa y los hijos, visitó la ciudad de Texas en que había vivido.

No era Ben.

Quedaba únicamente Franz Gottwald.

Franz, que había llegado de Alemania y nunca habló de su pasado. Franz, con su dejo extrañamente forastero. Franz, que no tenía familia. Franz, que no había aportado nada al proyecto salvo preguntas sagaces, incitantes...

Franz.

El Gran Viejo.

Ben guió el auto con las dos manos clavadas en el volante y sus labios se apretaron formando una línea delgada y dura. Ya la noche había caído cuando salió de entre las

montañas y condujo el coche a través del desierto encantado bajo la magia de las estrellas. La luz de los faros delanteros taladró la noche, apuñaleando, apuñaleando...

Dejó atrás la gran base de cohetes de Nuevo México, desde la cual los hombres habían lanzado missiles a la Luna y más allá. Se hablaba de un vuelo tripulado a Marte...

¿Hasta dónde llegarían los experimentos?

Ben encendió un cigarrillo, pues no quería usar la pipa en el auto. Sentía una gran indignación fría como no había sentido nunca.

Había resuelto el problema.

Bien resuelto.

Era hora de recoger la banana.

Ya había pasado la medianoche cuando llegó a su casa.

Metió los pescados en la heladera, se dio una ducha y se ubicó en su cómodo sillón para ordenar sus pensamientos. Inmediatamente descubrió otra verdad fundamental acerca de los seres humanos: cuando se cansan suficientemente, duermen.

Se despertó sobresaltado y miró la hora en su reloj. Eran las cinco de la madrugada.

Se afeitó y se sorprendió al descubrir que sentía apetito. Coció algo de tocino e hizo un revuelto de huevos; bebió tres tazas de café instantáneo y se encontró listo para cualquier cosa.

Hasta para Franz.

Se introdujo en su automóvil y atravesó la ciudad todavía dormida en dirección a la casa de Gottwald, la cual le pareció segura y familiar a la pálida luz matutina. En realidad, se parecía mucho a su propia casa; ambas habían sido proporcionadas por el gobierno.

Pensó que eso era gracioso.

El gobierno había proporcionado a Gottwald una casa donde vivir.

Saltó del auto, caminó hasta la puerta y tocó el timbre. Franz nunca iba a la oficina antes de las nueve y su automóvil todavía estaba en el garaje.

Al sonido del timbre no hubo más reacción que el silencio.

Hizo otra prueba, y dejó apretado un rato el botón. La llamada era como para despertar muertos.

No hubo respuesta.

Trató de abrir la puerta. No estaba cerrada con llave. Aspiró una bocanada de aire y penetró. Todo estaba ordenado y limpio. En los estantes se hallaban los libros habituales. Entrar en aquel living room era lo mismo que penetrar en su propia casa.

—¡Franz! Soy yo, Ben.

Nada.

A pasos largos se dirigió al dormitorio, abrió la puerta y miró hacia adentro. La cama estaba pulcramente hecha, pero Franz no la ocupaba. Ben recorrió la casa entera y no se dio por satisfecho hasta haber mirado en los placards.

Franz no estaba en casa.

¡Estupendo! Los hombres de ciencia llevan anotaciones, ¿no es así?

Ben se dispuso a revolverlo todo. Se fijó en los cajones de la cómoda, en estantes del armario, hasta en la heladera. No advirtió nada raro. Luego intentó lo evidente.

Abrió el escritorio de Gottwald y miró.

Lo primero que notó fue una carta dirigida a él. Allí mismo estaba, con su sobre blanco que exhibía su nombre escrito a máquina: Dr. Benjamín Wright Hazard.

¿Sería para no abrirlo hasta Navidad?

Ben desgarró el sobre y extrajo una única hoja de papel. Empezó a leerla y luego buscó a tientas una silla para sentarse.

La carta estaba muy bien mecanografiada. Decía:

Mi estimado Ben: Siempre he creído que un hombre de ciencia debe ser capaz de formular predicciones. Esto no siempre es asunto fácil cuando se trata de seres humanos; pero hace mucho, mucho tiempo que te conozco.

Evidentemente, estás revisando mi hogar, pues de no ser así, no estarías leyendo esta carta. Es también evidente que, si estás revisando mi hogar, conoces parte de la verdad.

Si deseas conocer el resto de la historia, el procedimiento es sencillo. Mira el dorso del cuadro sobre arena (de los que hacen los indios navajos) que está en mi dormitorio. Allí encontrarás un botón. Apriétalo durante cinco segundos exactos. Luego sal al patio y quédate en pie directamente delante de mi asador.

Créeme, Ben, yo no soy un caníbal.

La nota terminaba con la firma garabateada de Gottwald.

Ben se levantó y salió del dormitorio. Miró detrás del cuadro que estaba encima de la cómoda. Había un botoncito rojo.

Apriétalo durante cinco segundos exactos.

¿Y qué pasa... luego?

Volvió a poner el cuadro donde estaba. Todo esto recordaba débilmente una broma práctica de un cerebro obtuso. Aprieta el botón y sentirás una sacudida de la corriente. Aprieta el botón y te saltará agua a la cara. Aprieta el botón y la casa saltará por el aire...

No. Era absurdo.

¿Es decir, lo era?

Vaciló. Pudo llamar a Ed, pero Ed insistiría en ir en el acto y Ed tenía mujer e hijos. Podía llamar a la policía, pero lo que debería relatar parecería absolutamente insensato. No tenía ninguna prueba.

Volvió al escritorio de Gottwald, encontró papel y escribió a máquina una carta. Describió la teoría que había concebido, agregando en detalle lo que pensaba hacer. Metió la carta en un sobre, dirigió éste a Ed, le puso un sello de correo, salió y la introdujo en el buzón de la esquina.

Volvió a la casa.

Esta vez no vaciló... ni por un segundo.

Apretó el botón del dorso del cuadro durante cinco segundos exactos. Nada ocurrió. Salió al patio y se colocó delante mismo del asador.

La pared que rodeaba el patio ocultaba el mundo exterior, pero el cielo azul de las alturas era el mismo de siempre. No vio nada, no oyó nada.

—¡Oh, cuernos! —exclamó en voz alta.

Entonces, con repentina instantaneidad, algo sucedió.

Se produjo en el aire una brusca quietud, una ausencia total de sonido. Era como si el sitio estuviese de pronto ocupado por paredes de vidrio invisibles, que lo aislaban de todo lo externo.

No hubo transición perceptible. En un momento el haz de luz amarilla no estaba allí, y en el siguiente allí estaba. Lo rodeaba: tenso, vivo, bullendo como una energía que le hacía picar la piel.

Conocía aquella luz amarilla.

La había visto antes, en los albores del tiempo...

Contuvo el aliento; no pudo evitarlo. Le sorprendió notarse falto de peso, boyando como un corcho en un mar ignorado...

Sus pies se separaron del suelo.

—¡Dios Santo! —exclamó Ben.

Fue izado por la luz amarilla, absorbido en ella. Podía ver perfectamente y esto no favorecía lo más mínimo a su estómago. Pudo ver la ciudad debajo suyo... Allí estaban el patio de Gottwald, la parrilla, la casa de adobe. Empezó a lamentar el tocino y los huevos que había comido.

Se esforzó por volver a respirar. El aire estaba caliente y era insípido. Se elevó en dirección al cielo, combatiendo el pánico.

Piensa en esto como si fuese un ascensor. Es exactamente una manera de ir de un lugar a otro. Yo puedo ver afuera, pero, por supuesto, nada es visible desde fuera.

¿Pero entonces cómo pude ver antes la luz amarilla?

Esto debe ser distinto. No pueden correr el riesgo de que los vean.

Despreocúpate.

Pero siguió ascendiendo, y con mayor rapidez.

La Tierra estaba muy distante.

Era una sensación misteriosa... no exactamente desagradable, pero el espectáculo no le interesaba. Era como caer por el cielo. No había forma de eludir la idea de que estaba cayendo, que iba a chocar con algo...

El azul del cielo se oscureció, convirtiéndose en negro y vio las estrellas.

¿Adonde voy, adonde me llevan?

¡Allá!

Levanta la vista, levántala...

Estaba allí, al extremo del túnel de luz amarilla.

Borraba las estrellas.

Era enorme, aun contra el inmenso telón de fondo del espacio mismo. Lo pasmaba con su tamaño, pero la reconocía.

Era la misma nave que había transportado a los primeros hombres a la Tierra.

Ahora estaba oscura, oscura, enorme y solitaria... pero la nave era la misma.

El haz de luz amarilla lo introdujo en ella; no había ninguna antecámara de compresión. Tan instantáneamente como llegó, la luz se fue.

Ben tropezó y estuvo a punto de caer. La gravedad parecía normal, pero la luz lo había sostenido tanto tiempo, que sus piernas tardaron un momento en ajustarse.

Se encontró en un cuarto frío y verde. El silencio era completo.

Tragó saliva con esfuerzo.

Cruzó la habitación en dirección a una puerta metálica. Ésta se abrió antes de que él llegase. Más allá sólo había negrura, negrura y el silencio absoluto de lo muerto.

Procuró combatir la aturdidora sensación de que la nave estaba vacía.

Hay un aire de desolación casi palpable en las cosas largo tiempo abandonadas, en las casas vacías, los barcos abandonados en alta mar y las ruinas decrepitas. Hay una clase especial de silencio en un lugar que en un tiempo conoció la vida y ya no la conoce. Hay un tipo de muerte que ronda lo que no se usa desde hace un tiempo largo, muy largo.

Esa sensación emanaba de la nave.

Ben podía ver únicamente el pequeño cuarto verde en que se encontraba y el corredor de oscuridad fuera de la puerta. Pudo haber sido tan sólo una fracción minúscula de la gran nave, apenas un único cuarto en la inmensa ciudad del cielo. Pero sabía que los hombres que en un tiempo habitaron esa nave se habían ido. Lo sabía con una certidumbre que su cerebro no podía poner en duda.

Era como un buque fantasma.

Sabía que así era.

Por eso su corazón estuvo a punto de paralizarse cuando oyó pisadas que se acercaban a él a través del silencio.

Pisadas recias.

Pisadas metálicas.

Retrocedió desde la puerta. Procuró cerrarla, pero no había manera de lograrlo. Vio una luz blanca que se acercaba a él a través del túnel oscuro. La luz estaba a una altura mayor que la de un hombre...

¿Pisadas metálicas?

Se sostuvo con fuerza y esperó. ¡Estúpido, ya sabías que tienen robots! Los viste. Los robots no mueren, ¿verdad?

¿Matan?

Lo vio entonces, divisó su contorno detrás de la luz. El doble del tamaño de un hombre, su cuerpo de metal relucía. No tenía rostro.

El robot ocupó toda la entrada y se detuvo. Ahora Ben lo oía: un débil ruido zumbador que en cierto modo le recordaba los vientos distantes. Se dijo que no era más que una máquina, nada más que un trozo de metal animado y su cerebro aceptó el análisis. Pero una cosa es saber lo que es un robot y otra muy distinta encontrarse con un robot en la misma habitación.

—Bueno... —dijo Ben; algo tenía que decir. Evidentemente, el robot no obedecía a un impulso igual. No dijo nada, no hizo nada. Se quedó simplemente allí, de pie.

Al cabo de una pausa larga e incómoda, el robot se volvió y penetró en el corredor oscuro, alumbrando su camino con su propia luz. Dio cuatro pasos, se detuvo y se volvió para mirar por encima del hombro.

Había tan sólo una cosa que hacer, un único sentido en el cual avanzar.

Ben agachó la cabeza y pasó por la puerta detrás del robot.

Siguió a la gigantesca figura metálica por lo que parecieron ser kilómetros de corredores que en nada se distinguían unos de otros. No oyó voces, no vio luces, no encontró seres vivientes.

Ya no sentía miedo; estaba más allá del miedo. Sabía que se hallaba en un estado de shock en el que nada puede pasar por él, nada puede hacerle daño. Sintió una especie de tristeza, la de un hombre que sabe que camina por túneles de una pirámide o atraviesa un cementerio una noche solitaria. La nave construida por hombres era tan enorme, tan silenciosa, tan vacía. Delante suyo se abrió una puerta.

Se derramó luz en el corredor.

Ben siguió al robot hasta una habitación grande y cómoda. Era una habitación vieja, vieja y gastada, pero dotada de vida. Era cálida, vital y humana porque en ella había dos personas. Jamás Ben se había alegrado tanto de ver a alguien.

Una de las personas era una anciana que él no había visto antes.

La otra era Franz Gottwald.

—¡Hola, Ben! —dijo éste, sonriendo—. Pienso que no conoces a mi esposa.

Ben no estaba seguro si aquello era una pesadilla o si estaba saliendo de una, pero sus actitudes fueron automáticas.

—Estoy encantado de conocerla —dijo, y lo dijo en serio.

Algo sutilmente extraño, en aquella habitación, le sugirió en el acto la idea de un sueño. No era simplemente la extrañeza esperada ante el diseño de una clase nueva de habitación, un cuarto perdido en las millas solitarias de una nave espacial silenciosa; era una extraña discrepancia que de momento no pudo reconocer.

Luego lo captó. En el cuarto había cosas extrañas: muebles ideados para seres humanos, pero fabricados de acuerdo con un estilo cultural totalmente distinto, tallas que le resultaban grotescas, alfombras en las que se destacaban figuras curiosamente equivocadas. Pero había también artículos conocidos, cotidianos: una prosaica lámpara para leer, una cafetera que burbujeaba sobre una mesa, plantas en macetas, un cuadro con marco de Covarrubias. La mezcla era un poco desconcertante, pero tenía el aire tranquilizador de un hogar.

¡Qué extraña es la mente! En un momento como éste, se concentra en una habitación.

—Siéntate, siéntate —dijo Franz—. ¿Café?

—Gracias —y Ben probó una silla, que encontró cómoda.

La mujer que él persistía en pensar como señora Gottwald (aunque sin duda no era éste su apellido verdadero) sirvió una taza y se la alcanzó. Su rostro delicado y surcado de arrugas parecía radiante de dicha; pero había lágrimas en los ojos.

—También yo hablo un poco el idioma —dijo ella vacilante—. ¡Nos sentimos tan orgullosos de ti, tan felices...!

Ben tomó un sorbo de café para disimular su turbación. No sabía qué era lo que esperaba; pero ciertamente no era esto.

—No digas nada más, Arnin —intervino Franz vivazmente—. Debemos proceder con gran cuidado.

—¡Ese robot suyo! —dijo Ben—. ¿No podría mandarlo por ahí a que lo aceiten o algo así? Franz respondió con una inclinación de cabeza.

—No tuve en cuenta lo mucho que te debe irritar. Perdóname, por favor. Yo te hubiese dado la bienvenida en persona, pero estoy envejeciendo y el trayecto es largo.

Habló al robot en un lenguaje que Ben jamás había oído y el robot partió de la habitación. Ben se sintió más tranquilo.

—¿Están solos aquí arriba ustedes dos? —preguntó.

Una pregunta disparatada. ¿Pero qué puedo hacer, qué puedo decir?

El viejo Franz se sentó al lado de Ben. Llevaba el mismo traje blanco. Parecía cansado, más de lo que Ben lo había visto alguna vez; pero se advertía una especie de esperanza en sus ojos, una esperanza que era casi una plegaria.

—Ben —dijo despacio—. Me cuesta trabajo hablarte... ahora. Imagino cómo debes sentirte después de lo que has pasado. Pero tienes que confiar en mí un poco más. Olvida donde estás, Ben; una nave espacial es sencillamente una nave. Supón que has vuelto a la Estación, imagina que estamos hablando como hemos hablado antes tantas veces. Debes pensar con claridad. Esto es importante, hijo mío, más de lo que puedes suponer. Quiero que me cuentes qué has descubierto; quiero saber qué es lo que te ha traído aquí. No omitas nada, y elige las palabras con cuidado. Sé todo lo específico y preciso que te sea posible. ¿Harás por mí esto que te pido? Cuando hayas concluido, pienso que podré contestar todas tus preguntas.

Ben tuvo que sonreír. Sé todo lo específico y preciso que te sea posible. ¿Cuántas veces escuchó a Franz emplear esa misma frase en los exámenes?

Alargó una mano hacia su pipa. Durante un instante sintió un miedo desenfrenado e irracional que ya tenía olvidado (que habría sido la gota que hace rebasar la copa, de todas maneras); pero allí estaba. Llenó la pipa y la encendió gratificado.

—Es su fiesta, Franz. Yo le diré lo que sé.

—¡Adelante, Ben! Y ten cuidado.

La señora Gottwald (¿Arnin?) seguía muy callada, esperando.

En torno de ellos, la nave estaba terriblemente silenciosa.

Ben procedió con calma y contó a Franz lo que sabía y lo que creía. No omitió nada ni hizo esfuerzo por suavizar sus palabras.

Cuando concluyó, la esposa de Gottwald estaba llorando amargamente.

Lo sorprendente fue que Franz parecía un hombre a quien de pronto se le había perdonado la vida.

—Bueno... —dijo Ben.

Gottwald se puso de pie y se acarició la barba canosa.

—Debes creer que yo soy una u otra clase de monstruo —dijo sonriendo.

—No sé —respondió Ben, encogiéndose de hombros. La señora Gottwald se enjugó los ojos.

—Dile —indicó al marido—. Ahora puedes decírselo. Gottwald aprobó con una inclinación de cabeza.

—Estoy orgulloso de ti, Ben; muy orgulloso.

—¿He estado en lo cierto?

—Has estado en lo cierto en lo único que importa. Los fósiles fueron una prueba y la superaste victoriosamente. Por supuesto, algo te ayudó Edward...

—Le daré parte de la banana.

Se esfumó la sonrisa de Gottwald.

—Sí. Sí, presumo que lo harás. Pero mi orgullo me induce a querer aclarar un pequeño error que hay en tu reconstrucción. No me preocupa el papel de monstruo, y los sabios locos siempre me han parecido algo aburridos.

—La verdad es la verdad.

—Eso es una redundancia, Ben. Pero no importa. Debo confesarte que lo que ha ocurrido en la Tierra no fue un simple experimento científico. Debo también decirte que yo no soy sólo un hombre de ciencia que ha vuelto, como tú lo expresas, para ver como se comportan los chimpancés. Más aún, ni siquiera he vuelto. Nosotros, los míos, jamás nos fuimos. Yo nací justo aquí, en esta nave, en una órbita en torno de la Tierra. Siempre he estado aquí.

—¿Veinticinco mil años?

—Veinticinco mil años.

—¿Pero qué ha estado haciendo?

—Esperándote, Ben. Casi no llegas a tiempo. Mi esposa y yo somos los únicos que hemos quedado.

—¿Esperándome? Pero... Gottwald levantó una mano.

—No, no de este modo. Te lo puedo demostrar mejor de lo que podría contártelo. Si mi pueblo hubiese vivido... mi otro pueblo, yo diría, pues he vivido en la Tierra la mayor parte del tiempo, se hubiese realizado una ceremonia impresionante. Eso ya no puede hacerse ahora. Pero puedo enseñarte la lección de historia que nosotros preparamos. ¿Quieres venir conmigo? No es lejos.

El anciano se volvió y caminó hacia la puerta; la esposa se apoyaba en su brazo.

—Tanto —murmuró—. ¡Hemos esperado tanto tiempo!

Ben se puso de pie y los siguió por el corredor.

En un gran salón de conferencias, lleno de asientos vacíos, en uno u otro lugar de la gran nave desierta, Ben vio la historia del Hombre.

Era más que una película, aunque se utilizaba una pantalla. Vivió la historia, la sintió, fue parte de ella.

No era un relato de lo que el rey Glotz hizo al Goop; los nombres ufanos de la historia tradicional se pierden en la insignificancia cuando la perspectiva es suficientemente amplia. Era un relato del Hombre, de todos los hombres.

Era el de Gottwald... y el de Ben.

Ben lo vivió.

Hace millones de años, en un mundo que giraba en torno de un sol tan alejado que los astrónomos de la Tierra no le habían asignado un nombre y ni siquiera un número, apareció un animal nuevo llamado Hombre. Su evolución había sido una patraña antojadiza, un lance de uno en un millón, uno que no tenía probabilidad de repetirse.

El Hombre, el primer animal que sustituyó un cambio físico por un cambio cultural, logró un éxito inmediato. Sus herramientas y sus armas fueron cada vez más eficientes. En su hogar natal el Hombre era un animal paciente... pero era el Hombre.

Era incansable y curioso. Un mundo no podía conformarlo. Construyó sus primeras y primitivas espacionaves y se lanzó a explorar el gran mar oscuro que lo rodeaba. Fundó colonias y bases en unos cuantos mundos de su sistema solar. Miró hacia fuera, a lo largo de los corredores infinitos del Universo y no sintió inclinación alguna por detenerse.

Toqueteó, trabajó, experimentó.

Encontró un medio capaz de impulsarlo a velocidad mayor que la de la luz.

Se abrió paso por el vacío terrible del espacio interestelar. Tocó mundos extraños y soles más extraños aún.

Descubrió que el Hombre no estaba solo.

Había naves mayores que la suya y seres...

El Hombre descubrió al Enemigo.

No era un caso de incomprensión, no era un fracaso de la diplomacia, no un accidente producido por el temor, la avaricia o la estupidez. El hombre era un animal civilizado. Fue cuidadoso, razonable y se preparó a hacer lo que éticamente estaba bien.

No tuvo alternativa.

El enemigo se abalanzó ferozmente. Es la única manera de decirlo. Había cazadores, destructores, asesinos. Los motivaba un hambre salvaje de aniquilación que el Hombre jamás había conocido. Adoptaron muchas formas, muchos aspectos.

Ben los vio.

Los vio destrozarse naves, despanzurrarlas con tremenda ferocidad más allá de toda comprensión. Los vio despedazar seres humanos, devorarlos y, peor aún...

Los seres se diferenciaban más del Hombre que los peces que nadan en el mar y ello no obstante...

Ben los reconoció. Los conocía.

Estaban allí, todos ellos.

Literalmente hablando los Seres de las pesadillas.

Los monstruos que habían turbado los sueños oscuros de la Tierra, las cosas que se arrastraban a través de mitos, el Enemigo que vivía en el lado oscuro de la mente. Los dragones, las serpientes, los rostros esculpidos en máscaras, los Seres conformados en piedras excavadas en selvas en descomposición...

El Enemigo.

Nosotros, en la Tierra, no hemos olvidado por completo. Recordamos, a pesar de las conmociones que limpiaron nuestras mentes. Recordamos, recordamos. Los hemos visto en la oscuridad que mora siempre más allá de los fuegos, los hemos oído en el trueno que suena en la noche larga, larga.

Recordamos.

No era una guerra. Una guerra, después de todo, es una clase determinada de competencia con una u otra clase de reglas. Pero no hubo reglas. No fue una campaña de conquista, un intento de explotación. Fue algo nuevo, algo totalmente extraño.

Fue destrucción.

Fue exterminación.

Fue una lucha entre dos clases diferentes de vida, tan insensible como un rayo que se abría en el cuerpo macizo de un dinosaurio que bramaba desesperado.

El hombre no estaba listo.

Cayó hacia atrás, luchando donde podía.

El Enemigo lo siguió.

Le agradase o no, el Hombre estaba trabado en una lucha a muerte.

Luchó por su vida. Se abrió paso hasta el máximo, intentó cuanto pudo ocurrírsele, luchó con todo lo que poseía. Agotó su ingenio. El Enemigo respondió a todos sus movimientos.

Había un límite.

El Hombre no pudo seguir.

Ben se agachó hacia adelante, con los puños cerrados en la silla. Era un producto de su cultura. Leía libros, miraba los programas de trideo. Esperaba un final feliz.

No había tal final.

El Hombre perdió.

Fue derrotado implacablemente.

Tuvo tiempo para tirar los dados por última vez, un intento desesperado de supervivencia. Hizo todo lo que pudo.

Ideó el Plan.

No era suficiente escapar, encontrar un planeta remoto y ocultarse. No bastaba sencillamente con ganar tiempo.

El hombre afrontó los hechos. Había conocido al Enemigo y había perdido. Había intentado cuanto sabía y no fue bastante bueno. Un día, por mucho que corriese, volvería a tropezar con el Enemigo.

¿Qué podría hacer?

El Hombre vive por su cultura, su forma de vida. El potencial de cualquier cultura es grande, pero no es ilimitado. La cultura tiene su manera de poner anteojeras a quienes la practican. Esto los conduce por una determinada senda con prescindencia de todas las demás. Está muy bien la complejidad tecnológica, pero esa complejidad es impotente sin el ingrediente necesario:

Ideas.

El Hombre necesitaba nuevas ideas, conceptos radicalmente nuevos.

Necesitaba una manera enteramente nueva de pensar.

Trasplantar la cultura existente no cumpliría la finalidad. Sería tan sólo seguir produciendo variantes de las ideas que ya se habían puesto a prueba.

El hombre no necesitaba trasplantes.

Necesitaba una transfusión, una transfusión de ideas.

Necesitaba una cultura absolutamente nueva con nuevas soluciones de viejos problemas.

Hay una sola manera de lograr un estilo de cultura realmente diferente: crearlo a partir de la nada.

Sembrar las semillas y marcharse.

El Hombre puso en práctica el Plan.

Con el final de sus recursos, equipó cuatro naves fugitivas y las envió a las inmensidades de los mares entre las estrellas.

—Ignoramos qué pasó a las otras tres naves —dijo Franz Gottwald serenamente cuando terminó la proyección—. Ninguna nave conocía el destino de las otras. Iban en distintas direcciones, buscando cada una de ellas mundos remotos, ocultos, que pudieran pasar a ser nuevos hogares para los hombres. No hay manera de saber qué pasó a las otras; me parece altamente improbable que alguna de ellas sobreviviese.

—¿Entonces lo único que existe es la Tierra?

—Eso es lo que creemos, Ben; tenemos que seguir adelante sobre la base de esa presunción. Ya conoces casi todo el resto de la historia. Esta nave se escurrió por las filas enemigas y encontró la Tierra. Desembarcamos seres humanos condicionados de modo que pudiesen recordar poco o nada, pues debían empezar completamente desde el principio. Colocamos los fósiles y los primates como una prueba, tal como has supuesto.

—¿Pero por qué? No había necesidad de tal ardid...

—No fue un ardid, muchacho —replicó Gottwald sonriendo—. Fue la clave de todo. Ya ves, hemos tenido que prevenir a los hombres de la Tierra lo que iba a sucederles. Más aún, una vez que sus culturas se desarrollaron conforme a sus propios lineamientos, debimos compartir con ellos lo que teníamos. Casi no necesito recordarte que esta nave, tecnológicamente, está adelantada en muchos miles de años a cuanto la Tierra ha producido. Pero no podíamos cedérsela a ellos hasta tener la certeza de que estaban preparados. No se entregan bombas atómicas a los bebés. Los hombres de la Tierra tenían que demostrarse capaces de resolver el más arduo de todos los problemas que pudimos idear. Tú lo has resuelto, Ben.

—No lo hice a solas.

—No, claro que no. Puedo asegurarte ahora que mi gente, mi otra gente, jamás inventó los viajes por el tiempo. Ese era un medio absolutamente inesperado de abordar el problema; jamás hubiésemos podido hacerlo. Es lo más maravilloso que ha sucedido.

—¿Pero qué ha sido de los hombres y las mujeres que se quedaron aquí en la nave? Franz meneó de lado a lado la cabeza.

—Veinticinco mil años es un tiempo muy largo, Ben; muy largo —dijo—. Somos un pueblo derrotado. Hemos trabajado intensamente; no estuvimos ociosos. Ante todo, preparamos diccionarios de todos los idiomas importantes de la Tierra, a fin que todos los datos de nuestras bibliotecas estén disponibles. Pero el hombre no vive bien dentro de una nave. En cada generación fuimos menos numerosos; los niños eran muy escasos.

—Es como el viejo enigma de las ciudades, ¿no es verdad?

—Exactamente. En toda la historia humana, ninguna ciudad ha reproducido jamás su población. Los nacimientos urbanos son siempre menores que los rurales. Todas las ciudades han extraído siempre sus poblaciones de la comarca circundante. La nave está cerrada herméticamente; no tenemos zonas rurales. Era sólo cuestión de tiempo el que todos desapareciesen. Mi esposa y yo fuimos los últimos, Ben... y no tenemos hijos.

—Teníamos mucho miedo —expresó la señora Gottwald—. Mucho miedo de que no vinieses antes que fuera demasiado tarde.

—¿Qué habrían hecho?

Franz, denotándose cansado, se encogió de hombros.

—Esa fue una decisión que esquivé. Hice un poco de trampa, muchacho. Tuve buen cuidado de no proporcionarte ayuda, pero instalé algunos proyectores cerca de ti que te mantuviesen agitado. Transmiten en frecuencias que... ¡Ah!... estimulan la mente, la mantienen en estado de urgencia. ¿No lo has notado?

Ben movió la cabeza afirmativamente. Recordó las voces que le hablaban dentro de su cráneo:

Apresúrate, apresúrate...

—Franz, ¿que sucederá ahora? Gottwald se pasó una mano por la barba, denotando mucho cansancio en sus ojos.

—No puedo decírtelo. No conozco la respuesta. He estudiado a los hombres de la Tierra la mayor parte de mi vida y aún no sé. Ustedes son una gente recia, Ben, más recia de lo que alguna vez fuimos nosotros. Han librado muchas batallas y vuestra historia es orgullosa. Pero no puedo prever el futuro. He hecho todo lo posible; el resto será cosa de ustedes.

—Es una responsabilidad terrible.

—Sí, para ti y otros como tú será una carga abrumadora. Pero la lucha va a ser larga; no viviremos tanto como para ver más que su principio. Se necesitarán siglos para que los hombres de la Tierra conozcan todo lo que hay en esta nave. Es algo extraño, Ben; yo jamás he visto al Enemigo cara a cara. Probablemente tú tampoco lo verás nunca. Pero lo que hagamos ahora determinará si el género humano vivirá o morirá.

—Es demasiado para un solo hombre.

—Sí —asintió Gottwald sonriendo y recordando—. Sí.

—No sé por dónde empezar.

—Esperemos a Edward. Vendrá mañana, salvo que yo no lo conozca. Y entonces los tres nos reuniremos por última vez. Lo pensaremos. Estoy muy cansado, Ben; mi esposa y yo hemos vivido más de nuestro plazo. Es duro ser viejo y no tener hijos. Siempre he pensado en ti y en Edward como mis hijos; confío que esto no les parezca demasiado sensiblero.

Ben buscó palabras; pero no encontró ninguna. Franz puso un brazo en torno de su esposa.

—A veces, cuando la tarea era demasiado grande para mí, cuando sentí tentaciones de darme por vencido, subía a la vieja sala de control de esta nave. Mi esposa y yo hemos estado allí muchas veces. ¿Te gustaría verla?

—Necesito verla, Franz.

—Sí. Yo también. Ven.

Recorrieron lo que parecieran ser kilómetros y kilómetros a través de corredores oscuros de la nave vacía y luego, montados en una serie de ascensores, subieron a la sala de control.

Franz encendió las luces.

—La nave no está muerta, ¿sabes? —dijo—. Los únicos que ya no están son ellos, la gente. Las computadoras siguen conservando la órbita de la nave, y las pantallas de defensa siguen haciéndola invulnerable a todo esfuerzo por descubrirla; tú no la habrías visto si no hubieses subido por el tubo de luz, y no hay forma en que la nave pueda ser rastreada desde la Tierra. ¿Qué te parece la sala de control?

Ben la contempló. Era grande, y tenía hectáreas de superficie, pero estaba extrañamente vacía. Había tableros de llaves y unas cuantas máquinas pequeñas, pero la sala de control era el espacio más vacío.

—No es lo que yo esperaba —dijo Ben, disimulando su decepción. Franz sonrió.

—Cuando la maquinaria es eficiente, no necesitas mucha. No hacen falta luces que lancen destellos ni chispas eléctricas. Con lo que ves aquí basta para las necesidades.

Ben se sintió súbitamente deprimido. Había necesitado a toda costa algo que lo elevase, pero allí no lo veía.

—Si me perdona que lo diga, Franz, esto no es muy sugestivo. Supongo que para usted será distinto...

La respuesta de Gottwald fue accionar una llave. Aparecieron dos inmensas pantallas que cubrieron todo el frente de la sala de control.

Ben contuvo el aliento.

En una de las pantallas vio el globo terráqueo muy por debajo, azul y verde, con collares de nubes plateadas.

En la otra se veían las estrellas.

Las estrellas estaban animadas de vida, tan cerca que casi podía tocárselas con las manos. Ardían como haces radiantes en el mar frío del espacio. Le hablaron en voz baja, llamándolo...

Ben comprendió entonces que los hombres de la Tierra habían recordado algo más que monstruos y pesadillas, algo más que los temores y terrores que rondaban en la enorme noche oscura.

No todos los sueños habían sido pesadillas.

Durante todos los años y todos los pesares, el Hombre jamás había olvidado.

Recuerdo, recuerdo.

Te he visto durante todos los siglos de noches. He mirado hacia arriba para verte, he levantado la cabeza para orar, he conocido el asombro.

Recuerdo.

Ben volvió a mirar la Tierra dormida.

Tuvo la sensación que el Viejo Franz y su esposa habían sido absorbidos por las sombras.

Se irguió muy erecto, sacó pecho.

Luego se volvió una vez más y miró hacia fuera, el deslumbrante legado de estrellas.

Recuerdo, recuerdo.

Ha pasado mucho tiempo, pero tampoco tú has olvidado.

Espérenos.

Volveremos.

LA HORMIGA Y EL OJO

NICO: Saidyah, ¿sabes qué es el espacio?

SAIDYAH: Es el pequeño camino que recorre la hormiga entre dos hojas de hierba; es el gran camino vacío que recorre mi ojo en su viaje a las estrellas.

De "El tiempo es un sueño", por Henri-René Lenormand.

Robert Quinton lo sintió venir.

Abrió los ojos, bostezó y trató de no mirar los múltiples matices de color que caían en aluvión sobre las paredes de la esfera del sueño. Dejó que el aire fresco lo animase brevemente y procuró fingir que aquél era apenas un día igual que cualquier otro. Eligió una túnica en la que predominaba el tono azul, lo cual era una hipocresía hecha y derecha, y revisó los visores para cerciorarse de que todos estuviesen obstruidos. Entonces encendió furtivamente un cigarrillo.

—Me estoy convirtiendo en un estúpido normal —observó.

Era curiosa la forma en que las costumbres del lugar se le meten a uno debajo de la piel. Los meranos de Proción III ingerían sus estimulantes a fumar, usando cigarrillos cuyo tamaño regular daba más o menos el equivalente de un trago de puro y fuerte whisky escocés. Debía fumar con cuidado. Ya por aquel tiempo era para él exactamente lo mismo que si tomase un trago rápido cada vez que encendía uno de esos cigarrillos y lo fumaba.

Terminó de fumar, deshizo cuidadosamente la colilla en un eliminador, y de la esfera del sueño salió caminando al aire libre. Era de mañana en Meran y el sol primario emitía alegres radiaciones de color amarillo verdoso. Brisas frescas y vigorizantes subían susurrando desde el suelo del valle y el mundo olía igual que las flores. Quinton llevó un tubo a un Transbordador Cinco, donde Nearl estaba esperándolo.

—¡Armonía azul! —exclamó Nearl saludando y sonriendo. Vestía una túnica gris, indicio de que no estaba del todo alegre.

—Armonía azul —respondió Robert Quinton casi con la misma naturalidad con que en la Tierra hubiese dicho: "buenos días".

—Creo que es una hora extraña para un mensaje —manifestó cortésmente Nearl—. Confío que no haya sucedido nada extraño.

—Con esos somos dos —convino Quinton, ubicándose en el tubo para Comunicaciones.

Nearl sacudió la cabeza algo recatadamente. Era una treta que había aprendido de Quinton.

—La negrura está en el aire —dijo.

—Puede que sea un mensaje de rutina —insinuó Quinton, sabiendo perfectamente que no lo era.

—Eres un mentiroso —le dijo Nearl.

—¿No lo son todos? —preguntó Quinton.

El tubo zumbó hasta detenerse. Quinton procuró hacer caso omiso al frío nudo de preocupación que sentía en el cerebro y siguió a su amigo al zumbido de Comunicaciones.

Quinton mantuvo la boca completamente cerrada. Aún entonces no confió tanto en sí mismo como para trabar contactos casuales con meranos que no conocía. El sistema era demasiado intrincado; dejó que Nearl lo guiase a través del laberinto de colores hasta la Cabina de Contacto. Hablando con rapidez un poco excesiva para que Quinton pudiese seguir sus palabras, se presentó al operador de la cabina, un individuo de aspecto hosco vestido casi completamente de negro. No era la primera vez en que Quinton se sentía satisfecho de tener a Nearl consigo. Al establecer conexiones relativamente tempranas con culturas diversas, uno se ahorra mucho tiempo si tiene a mano un informante más o menos objetivo, en este caso un hombre que correspondía a la versión merania de un colega antropólogo.

—Todo es armonía —dijo finalmente Nearl al tiempo en que se marchaba el operador vestido de negro.

—Gracias, Nearl. Me pondré en contacto contigo en cuanto averigüe de qué se trata.

Robert Quinton penetró en la cabina y cerró la puerta. Se sentó en la silla del operador y cerró la llave interruptora. Durante un largo intervalo no pasó nada. Quinton permaneció sentado, alto, más bien delgado, con unas sienes en las cuales empezaban a aparecer canas y ausente de su cara la habitual sonrisa serena. Exteriormente estaba calmo, pero no se engañaba a sí mismo. Los muchachos no lo llamarían fuera de su horario sólo para pasar el rato. Por supuesto, podría ser que tan sólo buscasen datos...

Un timbre sonó con su acostumbrada brusquedad y el comunicador repiqueteó brevemente. Quinton leyó el mensaje: SOY BAC XII. IDENTIFIQUESE.

Accionó las llaves. QUINTON BAC UN. PROCIÓN III. XX5L. ¿QUÉ PASA, DAN?

Siguió un momento de silencio. Luego: UN BAC IMPERATIVO OFICIAL RETORNE INMEDIATAMENTE VÍA BAC XII PUNTO ENCUENTRO UNIDAD SEIS HORA SIDERAL 12,7. REEMPLAZANTE CUMMINGS. REPITO IMPERATIVO. FIN PARTE OFICIAL SE ACABÓ LA FIESTA. MI MARIDO LO SABE TODO.

Quinton rió entre dientes y con golpecitos acusó el recibo de las órdenes. Dan tenía la costumbre de limar las asperezas de las situaciones desagradables; pero la situación persistía. Abrió nuevamente la llave de contacto y aspiró una honda bocanada de aire. De vuelta a la Tierra luego de menos de un año. ¿Qué pudo haber salido mal? No se engañaba; ningún hombre era absolutamente indispensable en la organización UNBAC. Si tenían que sacarlo de allí bruscamente y mandarlo de vuelta a su tierra, esto significaba que las cosas se hallaban en la etapa en que los matices de capacidad y factores ligeramente favorables se consideraban vitales. Y quería decir...

Se puso de pie lentamente. La antigua incertidumbre lo inundó de duda, pero esto no se reflejó en su rostro. Se reservó sus pensamientos para sí y abandonó la cabina. Nearl lo esperaba y lo guió para sacarlo de Comunicaciones y llevarlo de vuelta al tubo.

—Tengo que ir a mi tierra, Nearl —contestó a la pregunta que su amigo no había expresado—. Mandan un reemplazante, un tal Lloyd Cummings, un buen hombre. Y no sé si volveré.

El zumbido del tubo llenó el silencio.

—¿Cuándo? —preguntó finalmente Nearl.

—Esta noche. Agradecería que vinieses al lugar del encuentro y así podría presentarte a Cummings. Por supuesto, con esto no termina nuestro trabajo; pero lamento la demora.

—No. Sin embargo, te extrañaré, Bob.

—Sí, ya lo sé.

Los dos hombres se separaron en el Transbordador Cinco. Nearl salió caminando por la selva verde y Robert Quinton volvió a su hogar meranio para preparar sus cosas. Sería bueno volver a estar con Lynn y Baby; un hombre necesita su familia. La Tierra, la vieja Tierra, pese a todos los comentarios agrios de Quinton, seguía siendo su planeta, el más extraño de todos. Pero ¿qué habría pasado de malo?

Era una noche plácida en Meran y triste como sólo puede serlo la falta de rumores en las noches. El viento caluroso jugueteaba con las hierbas del verano y las estrellas cristalinas miraban hacia abajo. Había en la noche algo infinitamente intenso. Esto le recordaba todas las cosas que no había hecho, todos los amores que jamás conoció. A veces Quinton se sentía bastante sagaz de día, pero la noche volvía a reducirlo a su tamaño.

—Lo oigo —dijo Nearl.

Quinton levantó la mirada, aunque sabía que le era imposible ver al gran crucero contra las estrellas. Lo oía, sin embargo; o, con mayor precisión, lo sentía. Desde lejos, en el

espacio, era sólo una vibración rumorosa, un murmullo sordo. Invisible, y sin embargo, dominaba la tierra: sólido, suspendido.

Los dos hombres observaron y al poco rato una tira diminuta de llama describió un arco en el cielo de la noche y pasó por encima de ellos silbando. Las llamas del jet hicieron un guiño y una pequeña nave espacial cruzó zumbando con sus aspas de helicóptero por sobre ellos, aterrizando sin siquiera un rasguño en el campo descubierto que tenían delante. La portezuela de acceso se abrió como por un resorte y de la nave emanó una cálida luz dorada. Salieron dos hombres, Quinton y Nearl se acercaron a saludarlos.

—Me alegra verte, Bob —dijo Lloyd Cummings, el hombre de UNBAC. Y entonces, pasando sin esfuerzo a expresarse en la lengua merania, agregó—: Usted debe ser Nearl; me he anticipado con gran armonía al placer de conocerlo.

Quinton sonrió, complacido de ver que Cummings, como de costumbre, sabía hacer las cosas. Cummings lo presentó a Engerrand, de la nave espacial, y eso fue todo. Quinton había dejado en su esfera un juego completo de anotaciones y consejos. No perdió tiempo en hacer preguntas; por supuesto, Cummings no sabía contestarlas. Dio la mano a todos y penetró en la nave espacial detrás de Engerrand.

Mirando hacia atrás, pudo ver a Nearl y Cummings alejándose juntos bajo las estrellas. Sintió en la cara la plácida noche merania. Parecía que esa noche supiese que se iba, que no volvería. Que se esforzaba por decir adiós.

Si tenía importancia llamarlo de regreso a su tierra, no sería para saludarlo simplemente y volver a Meran.

Esto era para siempre.

La portezuela de acceso silbó al cerrarse tras suyo y Robert Quinton se dejó caer en un asiento. La nave espacial se elevó por impulso de sus palas de helicóptero y entonces los motores a chorro vomitaron sus gases con rugidos estridentes que fueron acallándose lentamente hasta convertirse en un zumbido sordo.

—No falta mucho ahora —dijo Engerrand—. Apostaría cualquier cosa a que detesta irse.

—No —respondió Quinton sonriendo—. No pasará mucho tiempo ahora.

Veintitrés días después, Robert Quinton pasaba junto a la Ciudad Espacial sobre ruedas, en crecimiento constante, para cambiar de ruta en Lunaport y un vehículo transbordador de UNBAC lo depositó en el cuartel general de la división de la ONU, sito en Nueva York.

Miró rápidamente a Nueva York antes de entrar en el haz de luz y el Nueva York del año 2034 era la misma ciudad que siempre había sido. Tranquilizaba, de una u otra manera, el saber que la antigua Pequeña Nueva York seguía allí. Relucientes helicópteros evolucionaban por el tránsito en seis niveles bajo el intenso sol de la tarde y un cohete transcontinental cruzó como una exhalación a mucha altura. Las faldas de las mujeres eran un poquito más largas este año, con una leve zona como de película en las rodillas; muy audaz en realidad. El aire se había limpiado bastante con la energía solar insuflada, pero pudo advertir vestigios de la "niebla" neoyorquina rondando sobre la ciudad. Grandes helicópteros fletados avanzaban pesadamente por los niveles inferiores, dirigiéndose hacia sub-bases de cabotaje. Por todas partes había pintorescos vendedores de viejos objetos de arte, con sus proyectores de abstracción natural.

Nueva York no había cambiado lo más mínimo.

En el Haz de Luz, Quinton aplicó energía a sus credenciales y subió directamente al Decimoquinto Nivel, describiendo un rodeo en torno de las ostentosas zonas administrativas y públicas. La señal de su código le dio acceso inmediato a la oficina privada de Lorraine, situada en una parte poco destacada del Haz de Luz. La oficina propiamente dicha se inclinaba a lo prosaico, de no ser por un hombre que en ella estaba sentado.

—¡Hola, jefe! —saludó Quinton alargando una mano... habían transcurrido tres semanas y dos días desde que había recibido el imperativo UNBAC en Proción III, a once años luz de la Tierra.

—¿Qué fue lo que te retuvo? —preguntó el jefe, sonriendo entre dientes, al tiempo en que le daba la mano.

—Una encantadora espía intergaláctica, como de costumbre —dijo Quinton—. Me alegra verte, Mart.

Observó al jefe. Un poco más de canas en las sienes, pero aparte de esto, Martin Lorraine tenía el mismo aspecto de antes, lo cual equivalía a decir que correspondía a la imagen que daba el trideo de un hermoso hombre de ciencia, lo que a su vez era buena razón para que estuviese entre los funcionarios más destacados de UNBAC. Otra buena razón era que conocía su trabajo por donde se lo quisiera pensar.

—Siéntate —dijo Mart— y trataré de ponerte al corriente. Supongo que estarás preguntándote qué es lo que pasa.

—Sí, podrías afirmar que es así —admitió Quinton—. ¿Qué ocurre? ¿Está por terminar el mundo?

La mirada de Martin Lorraine se cruzó resueltamente con la de Quinton.

—Algo así —dijo el primero de éstos y no sonrió. Quinton se sentó. No dijo una palabra.

—Te ofreceré un resumen somero —explicó el jefe, agachándose y exhibiendo su cabellera estudiosamente inclinada como si quisiera disimular su masculina atracción. Te llevaremos subrepticamente a Nuevo México para que tomes a tu cargo la nueva misión, siempre que los altos jefes no te descubran antes. No tendrás tiempo para preparar un informe sobre el asunto meranio, pero conseguiré que Rog pergeñe algo para consumo de la oficina principal y con eso los Magos de las Finanzas se sentirán felices.

Robert Quinton aguardó en silencio. Exteriormente era un hombre lento y a menudo se lo calificó de holgazán debido a su costumbre de no hacer nada cuando no tenía nada que hacer. Conocía anuncios previos de que se acercaba el fin del mundo, pero no por boca de Mart. Pensó en su hija.

—Nada de cuentos del Día del Juicio Final, por supuesto —comentó el jefe, que por lo visto le leía los pensamientos—. No habrá un fin en ningún sentido si logramos llegar a tiempo. Pero estamos trabados, Bob; las cosas se nos escapan de las manos.

—Vamos al grano —sugirió Robert Quinton.

—Hace un año, la curva de probabilidad de supervivencia debida a las computadoras descendió en picada. Todavía sigue bajando.

Quinton sintió como si un hombrecito munido de un martillo de hielo empezase a darle golpes en el estómago con monótona precisión.

—Quiero cifras —expresó.

—Cero coma diez —contestó Lorraine. Robert Quinton no se movió. Literalmente hablando, estaba atónito. ¡Cero coma diez! Eso significaba que eran de nueve contra una las posibilidades de que se salvase la civilización. Y las computadoras no cometían errores.

—¿Cuándo?

—Es difícil predecirlo. Dentro de treinta años... quizá cuarenta.

De primera intención, para el ojo no entrenado, la cosa no se presentaba tan fea; cuarenta años era un plazo largo. Era como preocuparse por otra Edad de Hielo. Pero lo triste era que a cada segundo que transcurría la perspectiva empeoraba. Cuando las cosas se ponen así de críticas, es cuestión de obrar con rapidez... o no hacer nada.

—¿Indicios?

—Pocos, muy pocos. No podemos descubrir...

El visor zumbó y se encendió y a la vista aparecieron unos anchos hombros de bronce con una cabeza encima. Martin Lorraine sonrió con cortesía como si no tuviese ninguna

preocupación en el mundo; y el hombre afirmó que revisaría las constantes de minerales naturales; sólo que en ese instante advirtió a Robert Quinton y finalizó con unas cuantas tonterías sin importancia.

Ninguno de los dos prestó la más mínima atención a la interrupción.

—¿Nadie está enterado? —preguntó Quinton.

—Fuera del Pequeño UNBAC, no. La Bolsa sube, los diarios están llenos de editoriales rapsódicos, los juegos ingravidos de la Ciudad Espacial se desarrollaron como se esperaba. La economía es sólida, casi todos se sienten felices dentro de los límites humanos. En resumen, no estamos en un período de crisis. No hay ninguna alarma general. Todo está a pedir de boca.

—Como el que juega a los bolos en ese lindo terreno soleado debajo de la represa —adujo Quinton luego de una pausa breve—. Se divierte a su modo, pero desgraciadamente ignora que alguien abrió la compuerta a una corta distancia valle arriba.

—¡Exactamente! Alguien... o algo.

Siguió un silencio prolongado en la pequeña oficina. Era demasiado silencioso todo. Quinton percibía el tic tac de su reloj y el sonido no le hizo gracia.

—Iré, Mart.

—Sube al helicóptero que está en la terraza. El transcontinental para Nuevo México te esperará en el aeropuerto y ya he notificado a Lynn y a tu hija que irás allí. Yo llegaré apenas liquide otra ronda de conferencias con figurones con el objeto de lograr fondos para ustedes —se detuvo brevemente y agregó—: No necesito decirte que tengas cuidado.

—No. No hace falta que me lo digas.

—Pero cuídate, Bob... y besa a Lynn de parte del jefe.

—Hasta pronto, Mart. A lo mejor volvemos juntos a Meran uno de estos años.

Abandonó la oficina de tórrame. Nadie reparó en él y apenas tuvo que saludar alguna que otra vez con una inclinación de cabeza indiferente; todos estaban atareados. Tomó el ascensor para ir al terraza. Tal vez volvamos juntos. Su voz le hablaba como un eco en el cerebro mientras miraba con una sonrisa inexpresiva al otro pasajero del ascensor. Y otro eco le dijo sonriendo.

Y a lo mejor, no.

Cuando Robert Quinton salió de! transcontinental en la Estación de Nuevo México, Lynn y Baby lo aguardaban bajo el sol del desierto. Caminó hacia ellas, mientras el corazón le latía con fuerza y una emoción conocida le recorría las venas como si fuese electricidad.

Jamás recordaba lo que hacían o decían en aquellos primeros momentos en que estaban juntos después de sus períodos de separación. Eran sólo impresiones confusas y fugaces y el olor del sol y del cielo. Lynn era incomparablemente bella, él la amaba, y Baby tenía diez años y empezaba a parecerse a la madre.

—Hemos estado tan solas, Bob...

—¡Papá, papá! ¿Me has traído alguna sorpresa?...

—Estás envejeciendo, tienes canas, la cena espera...

Estar separados no era ningún placer, pero quizá tenía sus compensaciones. Dos personas cualesquiera se acostumbran una a otra cuando están juntas todos los días, pero cuando se ven obligadas a estar separadas y luego se reúnen otra vez, es como volver a enamorarse. Esos encuentros, esos primeros momentos, poseían un valor incalculable... ¿y qué otra cosa, en todos los mundos, importaba realmente?

Nada, nada, nada, su cerebro susurraba regocijado.

Pero en aquel momento, mientras cruzaban despacio la pista de aterrizaje asfaltada hasta el sitio en que esperaba el helicóptero, las largas sombras del sol vespertino se

arrastraban con su negrura al lado de ellos y un viento fresco del norte soplaba por la tierra.

En las primeras horas de la mañana siguiente, Robert Quinton penetró caminando en la estación de computadoras de UNBAC y enderezó sus pasos hacia Carr Siringo. Éste apenas si levantó la vista cuando Quinton entró; tampoco Quinton lo apuró, porque a través de una larga experiencia había comprobado que Siringo tenía una reacción decididamente negativa a dejarse mandar. Quinton se sentó a esperar en un taburete metálico.

Si Martin Lorraine se parecía a la imagen de un digno científico de ojos claros, que daba el trideo, resulta igualmente cierto que Carr Siringo recordaba en el acto al prototipo de todos los enemigos empeñados en hacer volar el planeta con un rayo invisible. Siringo era bajo, grueso, calvo y nunca estaba quieto. Comía vorazmente, trabajaba una enormidad y vivía con un estilo pantagruélico. Se ocupaba de problemas porque los problemas le encantaban por sí mismos y en cuanto lograba la solución perdía el interés por completo y se dedicaba a otra cosa. No le importaban en absoluto el mundo, la humanidad ni nada que estuviese fuera del increíble mundo de su propia mente. Existía entre sus colaboradores la firme convicción de que no moriría como mueren otros hombres, sino que simplemente se desharía en un penacho de llama azul algún día distante en que se viera acosado por un problema que no pudiese resolver. Por supuesto, era indispensable y Quinton lo respetaba por lo que era, aunque nunca se sentía del todo cómodo en su presencia. Por su parte, Siringo llamaba a Quinton un "humanista" y, decirlo, era para él como un insulto.

—Nuevamente a salvar al mundo, ¿en? —preguntó por fin Siringo sin levantar la vista de la computadora, precisamente en el mismo tono de voz que hubiese empleado para decir "me he enterado de que tu mujer tiene lepra".

—Tal vez no —replicó Quinton despacio, resistiéndose a perder la paciencia—. Hay una posibilidad, una buena posibilidad, de que los factores cambien favorablemente sin ninguna ayuda nuestra. Siempre existe la perspectiva que un helicóptero roto se componga si dejas sencillamente que se pose en el suelo y lo maldices todos los días cuando vas a tu trabajo. Lo que pasa es que me gusta hacer de héroe.

Siringo se echó a reír brevemente y cambio de tema.

—¿Qué sacaste en limpio en Meran? —preguntó en un instante fugaz de interés—. ¿Qué hay de aquel sistema consanguíneo familiar? ¿Qué me cuentas del trideo mental? ¿Qué sentido tiene la ropa en forma de bandas? ¿Cuáles son...?

Quinton sonrió.

—Cuéntame tú y te contaré yo. ¿Qué has conseguido? Siringo arqueó sus cejas absurdamente finas.

—Habla con el Niño Prodigio —le aconsejó—. Y luego que él nos diga a los muñecos lo que debemos hacer para salvar la Amada Tierra, vuelve y beberemos una cerveza.

—Procura no romper nada —dijo Quinton al hombre que era posiblemente el mejor técnico del mundo.

Partió entonces y no oyó, o no quiso oír, la mordaz observación que llenó la sala tras suyo.

El "Niño Prodigio" era John Bordie, que tenía el título oficial de Coordinador en Jefe y cuya tarea real consistía en revisar la masa de datos proporcionados por Siringo y procurar, de alguna forma, que tuviesen sentido. El contacto prolongado con la pequeña estación UNBAC lo había inducido a considerar a Siringo como algo más o menos humano y saludó a Quinton con todo el entusiasmo de un camarada turista en una isla desierta.

—Meran debió ser lindo —dijo después que se cambiaron saludos—. Alguna vez tendremos que hablar de eso, Bob.

Quinton agachó la cabeza. ¿Lindo? ¿Cómo se hace para traducir estrellas en palabras?

—Sí —dijo—. Tendremos que hablar de eso. Bordie fue al grano.

—He aquí lo que hemos hecho. Hemos dedicado al proyecto todos los hombres disponibles, con la única excepción de los necesarios para simular las actividades corrientes de la estación y hacer que la repartición parezca respetable. Hemos dividido arbitrariamente las causas del descenso de la curva en cinco clasificaciones, analizándolas mediante el Genio Loco y sus computadoras.

—¡Huuuum! ¿Las cinco habituales?

—Hablando en términos generales, sí. Extraterrestres, que abarca los sistemas estelares tal como los conocemos, los planetas en que tenemos colonias, la Luna y la estación espacial; Cultural; Tecnológica; Personal y Desconocida, correspondiente a la última todo cuanto no entra en las otras cuatro. Hemos trabajado a toda máquina, reduciendo a un mínimo las precauciones de seguridad. Pero la Serpiente dejó escapar otro punto la última vez que revisamos; Lorraine no sabe eso y no se sentirá muy feliz.

Quinton no dijo nada.

—Hemos abstraído para ti los detalles esenciales y puedes obtenerlos en Clasificados. A título de prueba, yo diría que hemos eliminado toda causa no terrena, pero la interpretación deberá correr por tu cuenta. Yo no asigno ningún valor a eso de Desconocido; es el juguete predilecto de Siringo. Aparte de eso, es muy poco lo que sabemos. Si sólo pudiéramos trabajar sin misterio alguno...

—Pero no podemos —objetó Quinton, terminándole la frase—. Si alguien descubre el problema a que nos hallamos abocados, no necesitaremos esperar que ningún mundo llegue a su fin. Nuestra organización se hará polvo.

John Bordie se encogió de hombros. Era demasiado tarde para empezar a preocuparse por eso; se trataba de algo con lo cual todos tenían que vivir; o tratar de vivir.

—¿Se ha concentrado algo? —preguntó Quinton.

—No mucho. Está el material corriente: el periodismo que brama contra la moral de los adolescentes, un par de nuevos cultos religiosos, mucha literatura de protesta acerca de científicos inhumanos, algunos incidentes nacionales de clase menor, algún farsante allá en México que asegura ser el azteca Cuauhtemoc y quiere cambiar el nombre de México por el antiguo de Tenochtlán, e iniciar una guerra santa contra España, una conscripción de socios para el partido anarquista y volver a poner a la tía Tillie al cuidado de un médico para que le cure el dolor de espalda. Lo que se te ocurra lo tenemos. ¡Qué planeta!

—Tiene que haber alguna concentración —sugirió Quinton sonriendo.

—Bueno... tal vez; yo diría que los Estados Unidos, pero puede que eso no sea más que orgullo nacional.

—¿Qué piensa Siringo?

—Sólo Dios lo sabe y a eso yo no apostararía nada.

—Bien, empecemos fraccionando Estados Unidos en zonas, John. Algo podría resultar y de todos modos Siringo tendrá oportunidad de encontrar aplicación a parte de esa energía nerviosa. ¿Tienes algún analizador que pueda utilizar para lo que no puedo hacer en casa?

—¡Naturalmente! Usa el Cuatro. Yo le pondré el rótulo de restringido hasta que me indiques que está libre.

—¡Estupendo! Analizaré este material y luego empezaremos a hacer preguntas.

Distraído, Quinton tamborileó con sus dedos en la rodilla.

—¿Puedes prescindir de Conway? —preguntó a continuación—. Voy a necesitar un ayudante que tenga talento.

—¡Hecho! Mis saludos a Lynn y di a Baby que estoy esperando que crezca un poco más.

—No tendrás que esperar mucho... y sería mejor que empieces a cargar los dados del ludo; me aseguran que esa chica va a ser muy lista.

—Es la suerte común de los novatos —dijo Bordie con amargura.

Robert Quinton tomó los datos abstractos de Clasificados y partió de la estación en dirección a su casa. Aun en el videotape, los abstractos formaban un conjunto voluminoso. Sabía que tenía por delante una sesión de erudición que se había diferido. Uno ya no podía seguir el ritmo de su propio planeta y mucho menos el del Universo. Tenía la visión momentánea de una vasta civilización interestelar y decididamente sintió pena por cualquiera que se mezclase en ello.

Eran las primeras horas de la tarde en Nuevo México y hacía algo de calor. La tierra, tal como se la veía desde el helicóptero, parecía somnolienta y agradable, con las extensiones verdes de labranza por debajo suyo como verdades eternas. Parecían decirle que allí habían estado siempre y que era un tonto por no tirar los abstractos por la borda y dirigirse a! más cercano arroyo en que hubiera truchas.

Pero Roberto Quinton sentía un fuego extraño bajo el sol ardoroso. Un siglo antes, aquella tierra de labranza verde y ondulada había sido desierto. Parecía eterna, evidente. En cierto momento fue obvio que el sol deslumbrante que tenía sobre su cabeza había dado vueltas en torno de la Tierra por debajo suyo; se podía ver que eso era cierto y siempre lo había sido.

Un siglo antes, desierto. ¿Y un siglo después...?

Pasaron los largos días, días que fueron buenos. Robert Quinton trabajaba y trabajaba intensamente. Tenía estrías rojas en los ojos y era difícil convivir con él. Detrás de cada movimiento suyo había una urgencia terrible, impetuosa, con descansos cuando podía descansar. Pero no era una labor emocionante y en ella no había nada de dramático. Era trabajo de escarbar, de excavar... y no había más remedio que hacerlo.

De todos modos, era grato estar en el hogar.

Todos los hombres tienen un lugar que llaman hogar, por muchos que sean los sitios en que vivan. En el caso de Quinton, era un tipo de casa estilo Frank Lloyd Wright anticuado, que se combinaba con los pardos y verdes suaves de las laderas de Nuevo México. Poseía un arroyo pequeño y límpido que burbujeaba a través del living-room y salía al patio y las paredes de vidrio y roca estaban abiertas y eran espaciosas. A menudo se había preguntado por qué era tan conservador en las cosas de su casa, pero como quiera que fuese no le preocupaba el estilo de torrecillas y pan-de-jengibre de los modernistas. Esta era una casa buena, su casa convertida en hogar por obra y gracia de los años durante los cuales él y Lynn habían vivido en ella. Tenía su clase de jabón, su clase de despreocupación, su clase de libros.

Estaba, además, la estatua. Esa estatua se erguía arrogante encima del piano y originariamente fue un aviso de whisky. Era el busto de un caballero anciano, aristócrata, de monóculo y con una expresión pensativa. En la base, Quinton había esculpido un nombre: Cuthbert Pomeroy Gundelfinger. Era una especie de deidad privada y muy útil. Cada vez que lo visitaba alguien a quien él no conocía, Quinton esperaba simplemente a que viese la estatua. Si echaba a reír, le ofrecía una copa. Si preguntaba quién era Cuthbert Pomeroy Gundelfinger, hablaba de cosas banales y esperaba que el visitante se fuese.

En aquel momento, Lynn estaba arrancando fruta fresca en el jardín y Baby contemplaba el trideo con gran atención. Era un episodio de ciencia-ficción lo que miraba y Quinton sonreía para sus adentros viéndolo furtivamente. Era una cosa común acerca del siglo vigésimo quinto en que intervenían piratas del espacio, transmisores de materia, un sabio loco que se parecía a Siringo tanto como para pasar por su hermano mellizo y un

héroe de ojos claros, vestido con uniforme azul y plateado que se había propuesto intrépidamente salvar al mundo. Se preguntaba por qué todos aquellos argumentos incluían cantidades enormes de maravillas tecnológicas, pero parecían dar por sentado que la estructura y la cultura sociales no se modificarían en más de cuatro siglos. ¿Por qué hacían frente a todas las cuestiones candentes del momento actual en el siglo vigésimo quinto? Hacía menos de un siglo que las naciones tenían todavía colonias y nadie había oído hablar siquiera de Charles Sirtillo o del intelismo.

¿Por qué insistían en suponer que salvar al mundo era un pasatiempo popular? No era, ni lo había sido jamás. Salvar al mundo era cosa de chiflados, idealistas y soñadores ¡lusos; lo sabía todo el mundo. Era una broma corriente y los salvadores del mundo eran tan buscados como los propagadores de plagas. El hombre popular, el hombre práctico, hacía lo esperado, lo aceptado socialmente y jamás cuestionado, tanto estuviese acertado como equivocado. Si todos los demás lo hacían, bueno, entonces, naturalmente, estaba bien.

Tenían un calificativo para los salvadores del mundo.

Incautos.

Quinton ahuyentó esta cavilación de su mente. Era una batalla que libró consigo mismo hacía mucho tiempo y que había ganado. Siguió trabajando, pasando los valores abstractos por un cedazo mental, tomando el pulso a la situación. El sol quemaba fuera y se percibía en el aire un zumbido indolente de insectos, pero siguió adelante.

No le quedaba ninguna otra cosa que hacer.

Los días pasaban volando y se convertían en semanas.

Las computadoras charlaban, ronroneaban y daban golpecitos metálicos. Los analizadores valoraban, mascaban, clasificaban. Entraban datos en la estación de Nuevo México en forma de manchas, hilitos como de agua, ríos subterráneos. Los hombres de UNBAC sudaban, discutían y pegaban manotazos desesperados.

Para los ojos no adiestrados, todo esto era muy torpe. Hablaban de correlaciones culturales y principios de integración, receptividad de la difusión y los bifés del tío Charles contra la recaudación de impuestos. Pasaban noches enteras con las computadoras. No dormían y se ofendían entre sí con amplia regularidad y finura distinguida. Colaboraban juntos en el problema más arduo de todos: sumar dos y dos para que resulte cuatro.

Cuando llegó el resultado, el ambiente distó de ser impresionante.

John Bordie se agachó sobre la mesa quemada por los cigarrillos y frunció el ceño con la vista fija en los dados del ludo. Martin Lorraine, AWOL de su oficina de Nueva York, hacía cuanto honestamente podía por parecer desastrado con su camisa en Y, pero sólo conseguía parecer el héroe característico del trideo que luce la pose 7-X-4b, Masculinidad Indiferente sin pipa ni perro. Bob Quinton acomodó desgarradamente su largo cuerpo en un sillón, las manos en los bolsillos; un cigarrillo le asomaba antisaludablemente por la comisura de sus labios. Carr Siringo andaba impetuosamente de un lado a otro del cuarto como un dragón impaciente; parecía que de las fosas nasales le saliese fuego.

Un joven entró corriendo en la sala de conferencias, trayendo una microplaca. Muy serio y conmovido la entregó a Lorraine y quizá no oyó la risotada despectiva de Siringo.

—¡Ya lo tenemos! —anunció sucintamente Lorraine—. La curva ha iniciado un ascenso desde M-97. Es un hombre.

La sonrisa de Robert Quinton le llegó de oreja a oreja.

—Es sólo una vida —sugirió Siringo. John Bordie agitó los dados.

—Debemos estar seguros —dijo.

—Esto es todo lo seguro que podemos estar hasta que hagamos una prueba final —observó con lentitud Martin Lorraine—. La hipótesis ha sido puesta a prueba desde todos los ángulos posibles y la curva de supervivencia ha indicado que estamos en el buen camino.

—¿Y desde aquí adonde vamos? —preguntó Bordie.

—Bueno, a ver qué es lo que tenemos —dijo Quinton—. Hemos demostrado dos cosas: el factor que ocasiona la caída de la Serpiente es personal, o sea que lo que perseguimos es un hombre, y la amenaza está ubicada —de acuerdo con Siringo— en Estados Unidos, en algún lugar de Texas, Arizona, Luisiana, Nuevo México o California. Desde aquí, el procedimiento lógico es estrechar el área y entonces encontrarlo, sea quien sea o lo que sea. Luego...

Siguió un silencio breve.

—Cruzaremos el puente cuando llegemos a él —dijo decidido Lorraine.

—Tal como dijo el hombre cuando llegó al abismo... —musitó Carr Siringo con una sonrisita desagradable.

Quinton se volvió, empezó a hablar y al instante se contuvo. Carr era irritante; pero en términos generales tenía razón. Como de costumbre, Siringo había puesto el dedo, sin vacilar un segundo, en un aspecto complicado del problema.

Quinton sustituyó su fracción diminuta de cigarrillo por un cigarrillo nuevo, sintiéndose frente al mundo entero como un alcohólico en una juerga desenfadada. Buscaban un ser humano; eso era lo definitivo. En cierto modo, el asunto se facilitaba. De otro modo, podían anticiparse inconvenientes.

Por supuesto, el quid de la cuestión estaba en que el hombre (si era un hombre y no una mujer) no había hecho gran cosa hasta entonces. Con toda probabilidad, ni siquiera era una personalidad conocida. Hasta podría ser un niño.

Podría ser cualquiera, cualquier cosa.

No era tanto quién lo que le impartía importancia. Era cuándo y dónde estaba.

"Buscaban a Hitler, un hombre convertido en peligro por las condiciones que lo rodeaban. Buscaban a Hitler, mientras éste todavía era un pintor de paredes o un cabo del ejército alemán.

Por supuesto, era difícil. Siempre era difícil. Pero era mucho más sencillo y mucho menos sangriento que buscarlo cuando fuese demasiado tarde, cuando fuese un dictador poderoso, cuando hubiese que luchar contra la mitad del mundo en lugar de luchar contra un solo hombre. ¿Un hombre solamente? Quinton sonrió. Tenían que vérselas con un ser humano y eso podía ser complicado... y peligroso.

—Está bien, Siringo —dijo Quinton—. Realicemos una conferencia. Veremos si logramos estrechar el campo hasta convertirlo en algo con lo cual podamos trabajar. No podemos hacer nada sin haber hecho eso. Cuando enfoquemos ese cuadro, veremos la manera de salir de! abismo.

El rostro de Carr Siringo era inexpresivo.

—Eso es cosa tuya.

Los hombres se levantaron. John Bordie sonrió fríamente y tiró los dados en la mesa. A pesar de sí mismo, Quinton miró fascinado cómo los cubos de marfil daban vueltas y tropezaban entre sí. Ojos de serpiente.

La araña madre tejió su red de extremo a extremo del país.

Los hilos tenues e invisibles de la UNBAC recorrieron campos y pueblos, aldeas y ferias del condado, explorando. Al principio estaban muy separados entre sí, apoyándose en Luisiana, Nuevo México, Arizona, Texas y una parte de California. Pasaron días.

La red se estrechó y fortaleció.

California se apartó primero y luego Arizona. Sólo tenues hebras seguían unidas a Nuevo México y a Luisiana, y aún éstas desaparecieron después. La red se empequeñeció más y más...

El cerco se estrechó sobre Texas. Pulgada tras pulgada, salió de Fort Worth y Dallas, cruzó Laredo y San Antonio. Las computadoras y los analizadores zumbaron y ronronearon en medio de una confusión de humo de cigarrillo, pruebas y eliminaciones.

¿Qué pasaría si...? Suponiendo que estuviésemos aquí, ¿qué ocurriría...? Si aquí está la concentración X y ahí el factor Y, ¿qué...?

La red se apretaba. Abarcaba una superficie pequeña limitada por Bay City, Houston, Beaumont y el Golfo de México. Se encogía más aún, concentrándose como un charco playo bajo el sol. Se detuvo. Formó un punto negro en el mapa de la costa de Texas.

—Ahí está —dijo Martin Lorraine. Su cara habitualmente demasiado hermosa se veía enflaquecida y fea a causa del esfuerzo.

—¡Galveston! —exclamó Robert Quinton dejándose caer en una silla—. Nuestro hombre está en Galveston.

—Anótate otro tanto, Carr —dijo John Bordie—. ¡Buen trabajo!

Carr Siringo dejó de caminar, meneó la cabeza impacientemente y salió despacio del cuarto. Era casi como si las palabras de Bordie lo hubiesen tomado desprevenido; Siringo había vivido tanto tiempo en su mundo personal, aparte de emociones expresadas libremente, que no supo qué hacer cuando de pronto se encontró felicitado. Era como un pez en el aire. No por primera vez, Quinton se preguntó qué había ocurrido mucho tiempo antes para que Siringo fuese el hombre que era; y ahora por primera vez, decidió que no le interesaba saberlo.

¡De modo que el hombre que buscaban estaba en Galveston! Eso fue lo que pensó Quinton. Ahora tendrían que iniciar un proceso escrupuloso de tamización de los cincuenta mil habitantes de la ciudad. Sería trabajoso y difícil, pero no esencialmente distinto de las técnicas adoptadas para estrechar la zona crítica hasta circunscribirla a una única ciudad. Por supuesto, sin las computadoras la tarea hubiese sido imposible. Aún con las computadoras, habría que andar mucho.

Pero se podía hacer.

¿Quién era él, este hombre puesto por el acaso en la zona de fusibles de una situación explosiva que todavía no se había manifestado? ¿Qué estaba haciendo en ese momento? ¿Era una especie de genio o tan sólo un hombre común que por coincidencia se hallaba, en el momento oportuno, donde no debía estar? Podía ser cualquier cosa, comprendió Quinton. Un idiota puede cambiar la historia tan profundamente como un maquinador inteligente... o hasta un germen.

—Voy a tomar café —dijo Martin Lorraine.

Quinton y Bordie asintieron inclinando las cabezas y salieron en pos de él. Una media luna dormía entre sombras en la noche de Nuevo México. Las estrellas centelleaban tal como venían haciéndolo durante los miles y millones de años de existencia de la Tierra y vistas así, en una noche de verano desde nuestro planeta, volvían a ser únicamente estrellas otra vez. Robert Quinton esbozó una sonrisa curiosamente triste.

Era bueno volver a verlas tan sólo como estrellas una vez más.

Los tres avanzaron en medio del aire fresco de la noche hacia el local de Harry, en cuya puerta un letrero rojo de neón seguía brillando alegremente. Harry seguía teniendo abierto su negocio, a fin de ofrecer sus servicios a trabajadores ocasionales de la Estación y aviadores nocturnos que viajaban a Folsom. Penetraron y se sentaron en taburetes del mostrador, mientras Harry, sin que se le pidiese nada, se puso a servir salchichas, huevos y café. Siquiera esta vez el fonógrafo estaba callado; los hombres tampoco hablaron.

Todos pensaban en un cierto individuo. Uno al que no conocían. Uno cuyo nombre ignoraban. Muy posiblemente también él estaba sentado en un local que cerraba tarde, fumando, bebiendo café y pensando...

Robert Quinton siguió en silencio, observando la forma en que los rayos plateados de la luna pintaban las montañas. Sus ideas se revolvieron, como a menudo ocurría, dando vueltas por la pequeña población de Folsom a unas cuentas millas por aquel camino, donde mucho tiempo antes se encontraron artefactos de pedernal junto con bisontes fósiles, lo cual fijó positivamente la antigüedad del hombre. El hombre antiguo en un

mundo nuevo que Colón había "descubierto"... unos veinte mil años demasiado tarde. Quinton bajó la vista al suelo plástico. Bajo aquel piso estaba la tierra y a través de aquella tierra hombres como él cazaron en un tiempo al mamut con lanzas y cantaron extrañas canciones bajo la misma luna fría que seguía navegando a la deriva por los mares de la noche.

Nadie conocía lo que había sucedido con la gente de Folsom; o a los grupos de indios de la raza pueblo que se marcharon y abandonaron sus hogares a los vientos del desierto mucho antes que llegasen los blancos. Quinton cerró los ojos. Allí, en el sudoeste, los hombres habían construido antes una civilización, y se perdieron en la nada, dejando sólo estructuras fantasmas y unos cuantos trozos mudos de pedernal cortado como huella de su paso.

Un fresco viento nocturno azotó las tierras de pastoreo, produciendo silbidos, y repiqueteó en las ventanas.

—Vamos a casa —dijo Robert Quinton.

—He aquí nuestro hombre —dijo Pat Conway tres semanas después.

Robert Quinton siguió la dirección que marcaba el dedo del psicólogo y lo vio. El hombre salió caminando del juzgado, con las manos en los bolsillos, silbando fragmentos de "¡Pero, oh! esas tabernas de Marte", una vieja canción de borrachos. Su aspecto era el de uno cualquiera, un vecino que ocupaba el asiento contiguo en una reunión de logia.

Era el hombre más peligroso del mundo.

Quinton lo observó detalladamente. Tenía una estatura normal y era más bien delgado. Parecía recio y musculoso, pero esto pudo haber sido imaginación. Tenía cabello muy claro, color paja, peinado hacia atrás. Vestía en forma corriente, con un abrigo verde de solapa marrón y amarilla. Estaba curtido por el sol y en la mano izquierda se le veía un anillo. Mientras lo miraban, penetró en un vehículo de enlace y partió velozmente hacia el oeste, en dirección a la vieja calzada elevada.

—No necesitamos seguirlo —explicó Conway, dirigiendo a Quinton hacia su helicóptero estacionado—. Podemos volver a encontrarlo cuando regrese a su casa.

Se introdujeron en el helicóptero y se elevaron rumbo al nublado cielo gris. Quinton dejó que Conway manejase los controles y cuando alcanzaron una cierta altitud, miró hacia abajo y observó cómo las aguas del Golfo se sacudían y formaban ondas incesantes cerca de la isla, desprendiendo oleadas blancas que burbujeaban y se deshacían en las arenas incoloras. Parecía ser lluvia y había pocos bañistas en la playa.

—No parece gran cosa ese hombre, ¿verdad? —preguntó Conway.

—No —convino Quinton—. Pero tampoco lo parecía Napoleón, si a eso vamos.

—Sí, pero acordémonos de Josefina —dijo Conway riendo entre dientes.

Quinton dio un breve descanso a sus sentidos, escuchando el zumbido del helicóptero. Conway era un hombre que convenía tener a mano, un individuo excelente con quien trabajar en una empresa como aquélla. Sabía reír. El aspecto de Pat, para decir lo menos posible, inducía a error. Era delgado e inquieto y tenía un rostro vivaz y expresivo. Llevaba el cabello corto, casi al ras, y lucía ropa llamativa. Había engañado a muchos que no pudieron ver por debajo de la superficie.

El helicóptero se cruzó con la ruta del vehículo de enlace e hizo unas evoluciones por encima, siguiéndolo de lado a lado de la isla hasta el punto en que la pista elevada, casi abandonada, se alargaba hacia la tierra firme. Parecía un juguete dejado caer por un niño, pero Quinton divisó unos cuantos ancianos que pescaban en los tramos grises. Su mirada volvió al vehículo que se movía debajo, el que transportaba al hombre que involuntariamente lo había llamado desde las estrellas.

El hombre se llamaba Donald Weston. Era un hombre común, de esos que nadie mira dos veces. Hombres como Donald Weston se encontraban en cualquier lugar. Era un hombre que no presentaba peligro alguno, agradable en cierto modo. Tenía veintisiete

años y había estudiado en un pequeño "college" secundario de Texas. Al terminar, cuatro años antes, trabajó más o menos bien, pero sin destacarse demasiado. Era jefe de la Galvez Syntho Supply Company, una empresa que se dedicaba a vender artículos especiales a las colonias de Marte y Venus. La tarea no podía ser más común.

Recientemente, Weston había denotado síntomas moderados de ambición política. Se presentó como candidato a Consejero Municipal, un cargo de menor jerarquía, pero que podría servir como trampolín para cosas mayores. Los estudios de su personalidad realizados por UNBAC lo habían pasado por un peine fino, que incluyó sus clasificaciones en la escuela, sus vinculaciones y sus antecedentes, descubriendo poco de interés. Había algunas curiosas insinuaciones de actividad externa, pero en general Weston parecía casi lastimosamente vulgar.

¿Camuflaje, se preguntó Quinton, o casualidad?

Las nubes grises adquirieron un tono más oscuro. Gruesas gotas de lluvia empezaron a golpear el capot del helicóptero y Quinton vio que los pescadores que estaban a gran distancia por debajo corrían a buscar dónde guarecerse. Ráfagas de lluvia azotaban de lado a lado del Golfo y de lejos llegaba débilmente el rumor de los truenos.

Mientras el helicóptero rondaba discretamente en la distancia, vieron que Weston salía presuroso del vehículo de enlace para cruzar bajo la lluvia a su pequeña casa suburbana. Se notó un débil destello de luz cuando abrieron la puerta y pudo advertirse una mujer de cabello dorado. Weston penetró y se perdió de vista.

—Bien, retornaremos —dijo Conway.

Describieron una vuelta lenta con el helicóptero e iniciaron el regreso.

Quinton miró la lluvia que caía sesgada y escuchó el repiqueteo del agua en el capot. Sintió en su interior un frío que no venía de la lluvia y que la charla ligera de Conway no hizo más llevadero. Habían visto a su hombre y ambos sabían lo que eso quería decir. Necesitaban atraparlo y esto no sería fácil. Estaban fuera de la ley, carecían de protección legal y si se metían en un enredo, tendrían que salir por sus propios medios... o no salir. Si fracasaban, no podían esperar ayuda de UNBAC. Ni siquiera podían solicitar esa ayuda.

Era el juego del gato y el ratón; pero no un ratón común. A veces el gato no volvía.

Por debajo de ellos, casi invisibles, se apelotonaban los edificios de la ciudad. Una ciudad llena de gente, pensó Quinton; y un pequeño helicóptero perdido en el cielo. Era un juego a muerte el que hacían, y la ciudad ni siquiera se daba cuenta. De haberlo advertido (de haberlo descubierto), se habría vuelto contra ellos con la ferocidad insensata de una bestia enloquecida.

Quinton miró hacia abajo, pensando. El mar saltaba y rugía con un viento cuya violencia aumentaba y la playa estaba desierta en ese momento. Una vieja sombrilla de playa daba vueltas por la arena, esperando el sol.

—Mira esto —dijo Pat Conway.

Robert Quinton levantó la vista del diario, donde había estado leyendo un discurso de la campaña de Weston, y de la mano extendida de Conway tomó un fajo de ampliaciones fotográficas. Observó al psicólogo intrigado.

—Tuvimos la oportunidad de introducirnos anoche, mientras los Weston bebían en una fiesta de gente de negocios. Un par de compañeros y yo revisamos la casa y encontramos muchos manuscritos de puño y letra de Weston, que tenía escondidos en el doble fondo de un cajón de escritorio de la planta alta. Lo fotografiamos todo... Parece que nuestro hombre se considera una especie de nuevo Maquiavelo.

—¡Hum, hum! —dijo Quinton.

—Tan sólo un chico norteamericano limpio, de sangre roja —observó Conway—. Un orgullo de la organización.

Robert Quinton empezó a leer las ampliaciones y sintió en su estómago un nudo frío, compacto como el hielo. Encendió un cigarrillo, pero el humo le pareció frío, negro, arenoso...

El manuscrito de Weston era delicioso.

La noche.

La noche negra, negra y la sangre roja que circula. Gira y forma remolinos en mis piernas. Me empapa y se mezcla con mi sangre.

En la noche negra.

Camino por el mundo negro, y es rojo. Lo veo, pero no puedo hablar. Es demasiado rojo. Camino por el mundo y pienso.

En la noche negra, negra.

No me ven. Estoy solo. Seré uno de ellos, una parte de ellos. Y ellos serán una parte de mí. Lentamente. Rojo. Sólo quiero ayudarlos, pero no pueden verme. Está demasiado negro. Es muy difícil pero lo lograré. Por ellos.

Los amo.

Sigo andando.

En la noche negra, negra...

Había más, mucho más, y Robert Quinton lo leyó todo. Cuando concluyó, no dijo nada. Dejó a un lado las ampliaciones, se puso de pie y salió del edificio. Afuera, el aire libre, el cielo azul, la gente y la luz del sol.

De modo que eso era Donald Weston. No gran cosa ahora. Un hombre inteligente, un hombre descarriado. Quizás un hombre diabólico, aunque Quinton desconfiaba de esta palabra. No era particularmente peligroso... todavía. No hasta que llegase su momento, un momento perdido todavía en las sendas retorcidas del futuro. Pero el momento llegaría, inevitablemente. Las cartas lo decían.

Era necesario volver a barajar las cartas.

¿Qué era lo que el hombre había escrito? Sólo quiero ayudarlos, pero no pueden verme. ¿Era muy distinto de lo que UNBAC trataba de hacer? ¿Lo era?

Robert Quinton miró la gente que pasaba. Toda clase de gente. Hombres, mujeres, niños. Borrachos, amantes, soñadores. Chicos de camino a la playa y hombres de negocios que volvían al trabajo. Gente feliz, gente triste. Gente satisfecha y gente que un día se tirarían desde helicópteros sólo para librarse de todo. A esa gente no le preocupaba la supervivencia. No estaban a la moda, ni lo habían estado. Lo que querían era encontrarse a solas y Quinton no los censuraba.

¿Había diferencia, diferencia entre un Weston y un UNBAC? Sólo había una diferencia: la razón. La razón, la lógica, la ciencia, la humanidad. Palabras, por supuesto. Tan sólo palabras; pero un hombre debe tener algo, debe creer en algo muy íntimamente, aun cuando creer no fuese popular. Se le había dado un cerebro y con ese cerebro había desarrollado la ciencia. La ciencia era una herramienta. ¿Hacían mal en usarla?

¿Estaban tan sólo engañándose?

A la gente que pasaba por su lado no le hubiese gustado saberlo. Se volverían contra él, lo odiarían, lo temerían. Por otra parte, Weston era un hombre en quien podían confiar, creer. Un tipo normal.

Robert Quinton siguió por la playa, a solas en la muchedumbre. La brisa del mar le susurraba en los oídos y el sol ardoroso le quemaba los hombros bajo la camisa. Al día siguiente irían a buscarlo.

Si fracasaban...

—Siéntese, siéntese —dijo Donald Weston plazeramente—. ¿Un trago?

—Bueno, gracias —dijo Robert Quinton—. Whisky escocés con soda, si le parece bien.

—¡Estupendo! Me parece perfecto —le aseguró Weston con voz cálida y excepcionalmente cordial—. ¡Querida...!

Jo, su esposa, entró en la cocina para preparar las bebidas. Era una rubia magnética, de ojos azules, de esas que dominan un aposento sólo con estar en él. Quinton se echó atrás en su silla, aflojó la tensión de sus músculos e inspeccionó la habitación. Era exactamente como se la describió Conway: confortable, pero no presuntuosa; de buen gusto. Unos pocos libros en una biblioteca contra una pared. Eran del tipo que es común ver en los hogares de gente no muy adicta a la lectura; varios "best sellers" del tipo "club de lectores", un tratado sobre la manera de adelgazar viviendo con jugo de naranjas, una Biblia familiar, un volumen de novelas condensadas del Reader's Digest, y un juego de clásicos griegos y romanos desde Hornero a Marco Aurelio. Los últimos estaban inmaculadamente limpios y no habían sido leídos. Jo salió de la cocina, sonrió hechiceramente y le entregó su bebida. Se había preparado uno para sí, pero no trajo nada para el marido.

—Procuraré ir directamente al grano —dijo Quinton luego de sorber algo de su vaso—. Sé que usted es un hombre ocupado.

Weston levantó una mano, como rechazando la afirmación. Tenía su cabello color pajizo peinado como siempre.

—Tenemos mucho tiempo —le aseguró—. Esperaba ansiosamente conocerlo; me siento realmente halagado de que usted crea que puede ofrecer alguna posibilidad en ese terreno.

Jo sonrió.

—Nuestra ocupación es buscar personas que presenten potencialidades —dijo Quinton hablando con sinceridad—. Encontrarlos y atraerlos a nuestra causa antes de que sean demasiado caros. Es una cuestión comercial sencillamente.

Jo sacó de algún lugar un cenicero cuando Quinton se revisó los bolsillos buscando un cigarrillo y se detuvo para encenderlo. Weston no fumaba; sus ojos verdes parecían contradecir firmemente su manera despreocupada.

—Sé que ha leído nuestras cartas con cuidado, señor Weston, y que se ha fijado en las publicaciones que le hemos enviado. Presumo que estará de acuerdo en que le hemos hecho una oferta generosa.

—¡Por supuesto, por supuesto! —aseguró Weston—. Lo agradezco.

—Su nombre nos fue sugerido por varios conductos aquí en Galveston, señor Weston, y... Weston hizo un ademán.

—Por favor —dijo—, todos me llaman Don. Jo se alisó la larga pollera sobre las piernas enfundadas en seda.

Resultó difícil a Robert Quinton no bajar la guardia. Aquellos dos eran encantadores y de esto no cabía duda. Sentados allí con ellos, en el living-room de su hogar, era casi imposible temerlos. Aparecían cordiales al extremo, aun idealizados. Y, sin embargo...

"Noche negra, negra y la sangre roja que circula..."

—Que sea Don, entonces; yo me llamo Bob. Sus antecedentes en la escuela, junto con su interés, tantas veces expresado, en la Colonia de Marte, nos han convencido que usted es uno de los hombres que buscamos. Ahora bien, no quiero abrumarlo con una charla de vendedor; usted conoce igual que yo las perspectivas y oportunidades que tendría con nuestra compañía en Marte. No interviene ninguna cuestión de éxito o fracaso; todo depende de hasta dónde puede usted llegar. Pensamos que con nosotros iría muy lejos.

O sin nosotros, pensó Quinton. Recordó: no era tanto quién fuese lo que lo hacía peligroso, sino cuándo y dónde. El quién y el cuándo no podían alterarse. Quedaba el dónde. Tenían que sacar a Donald Weston de Galveston y hacerlo legalmente.

—Es una oportunidad, no hay duda —dijo Weston—. Lo sabemos.

Quinton asintió con un movimiento de cabeza, notó la transpiración de sus manos y aspiró una honda bocanada de aire.

—Puedo apostar a que lo es. Sé que ustedes dos han hablado de eso y han averiguado datos sobre nuestra compañía y su situación para confrontarlo con lo que le hemos dicho. Me he tomado la libertad de traer conmigo esta noche algunos papeles, y lo demás queda por su cuenta.

Quinton cruzó sus dedos mentalmente... con mucha fuerza. Sonrió.

—¿Qué dice a eso, Don?

—Lo lamento, pero mi respuesta es no —dijo Donald Weston sonriéndole a su vez—. He decidido no aceptar el puesto.

Robert Quinton mantuvo inexpresivo su rostro, salvo un gesto cortés de decepción. Su estrategia había fallado por completo. Donald Weston seguiría donde estaba. ¿Sería mucho lo que sabía?

Quinton miró a los ojos de Donald. Las miradas de los otros dos se cruzaron con la suya. Eran sinceras, francas, cordiales... superficialmente. Y sus profundidades verdes tenían la fría dureza del hielo.

—Me aflige mucho oír eso, Don —afirmó Quiñón—. Me resulta difícil comprender...

Jo Weston apartó el suave cabello rubio de sus ojos azules.

—Es en verdad una oportunidad maravillosa para Don —dijo ella—. Pero estando tan cercana la elección y con todo eso, en realidad pensamos que nuestro sitio es éste, cuando menos por ahora.

¿Jo Weston! ¿Qué papel representaría ella en el juego invisible?

Quinton se puso de pie, inclinando la cabeza.

—Entiendo su punto de vista, por supuesto —dijo—. No quiero abusar de su hospitalidad, pero si cambiase de idea en el futuro próximo, comuníquese con nosotros. Nos alegrará verlo en cualquier momento.

—Muchísimas gracias —expresó Donald Weston, muy seria su cara un tanto infantil—. Seguiremos pensándolo.

¡Vaya si seguirán!, pensó Quinton, quien dijo:

—Bueno, gracias por el whisky. Tal vez nos veamos en algún otro momento.

—Tal vez —convino Donald Weston, sonriendo. ¿Ahora qué, hombrecito?

Robert Quinton se despidió y salió a buscar en la noche su helicóptero; a su lado caminaba la muerte.

—Hemos subestimado a nuestro hombre —dijo despacio Quinton—. Weston no se puso a saltar de alegría y punto.

—¿Cuánto es lo que sabe? ¿Tienes una idea?

—preguntó Pat Conway, encaramado en el borde de la cama en el departamento que Quinton tenía en Galveston.

—No puedo contestarte; no lo entiendo. Pero es inteligente, Pat, y otro tanto puedo decir de la bomba que tiene por esposa. No estamos tratando con gente torpe, puedo asegurártelo. Tiene que sospechar algo, pues si así no fuese, ¿qué razón habría para que rechazase el ofrecimiento? Tenemos que cuidar bien lo que hacemos.

—No logro entenderlo del todo —objetó Conway, enganchando los pulgares en las bandas del tirador—. Parecería que esa pose de Gran Norteamericano sólo correspondiese estrictamente a las aves, pero ¿por qué? No es posible que sepa que es el pivote principal de una situación cultural en desarrollo; hasta ahora no ha hecho gran cosa en su vida... ¿O acaso lo ha hecho? Entonces, ¿de qué tiene miedo?

Quinton se encogió de hombros.

—Yo diría que es sencillamente un inteligente de estilo antiguo. Tiene grandes ideas y hace el juego político. Hacer que lo llame simplemente Don es, después de todo, lo que uno más o menos esperaría. Está adoptando la pose normal de un político que busca votos.

—Yo creo que el asunto es más complejo —opinó Conway—. Tal vez mueva resortes que ni siquiera hemos sospechado. No es tonto y puede haber borrado sus pisadas. ¿Te fijaste en los ojos?

—Me fijé —contestó Quinton. Siguió un largo silencio.

—¡Un pito! —exclamó Conway riendo brevemente—. A los dos se nos ha atragantado eso del mal de ojos.

—Tal vez —admitió Quinton—. Quizá convenga que no nos fiemos.

Ambos habían sido testigos de situaciones "sencillas" que les explotaron bajo sus propias narices. En este juego, las reglas cambiaban cuando se lo practicaba y uno cambiaba con ellas... o de lo contrario...

—Bueno, de todos modos el paso que sigue es evidente —observó Conway, interrumpiendo el incómodo silencio.

—Desgraciadamente —opinó Quinton.

Estaba poniéndose de pie para servirse un vaso cuando sucedió. Los pelos se le pusieron de punta y hubo una especie de explosión. ¡Puf! Quinton se desplomó como una piedra, se retorció y logró pegar un manotón a una llave interruptora de la pared. Las luces se apagaron.

Quedó tirado en el suelo, muy quieto, respirando apenas y escuchando los latidos de su propio corazón. Prosiguió el silencio, absoluto y total. Quinton esforzó todos los músculos de su cuerpo, tratando de oír. Pero no se percibía nada. Ni un suspiro. Esperó un rato largo, preguntándose por qué seguía vivo aún.

—¡Pat! —dijo con voz muy baja—. ¡Pat!

Silencio. Quinton sintió que un temor enfermizo lo recorría interiormente. Los asesinos ya no estaban, pero no quiso encender las luces. No deseaba ver. Hizo una nueva prueba, pero sin esperanza.

—¡Pat!

Nada. ¿O sería aquella respiración hueca que escuchaba allí? Silenciosamente, Quinton logró encontrar el camino hasta la cama. Contuvo el aliento y tanteó el piso delante suyo. Pat se encontraba allí y el suelo estaba húmedo y pegajoso. Dejó escapar su aliento por entre los dientes apretados. Se sintió enfermo y fatigado.

Exploró el cuerpo con mano experta, sin arriesgarse a encender las luces. Percibió un lado... débil. La herida estaba en el pecho, abajo, a la derecha. Aquello no era bueno, pero podía ser peor. Pat seguía respirando, pero no duraría mucho si no tenía ayuda.

No podía contar con el hospital. A esta altura de los hechos, Quinton no podía comprometerse en un tiroteo. Sólo quedaba una cosa por hacer.

Se arrastró hasta el placard y extrajo la radio de ondas especiales del sitio en que estaba oculta en la pared. Pese a lo que pudieran decir las reglas, no dejaría que Pat muriese. Orientó la transmisión hacia la estación de Nuevo México, disponiendo los diales mediante una débil luz roja del aparato y envió un mensaje en código: UNBAC IMPERATIVO OFICIAL. RECEPTOR: BORDIE, ESTACIÓN NUEVO MÉXICO. HAN HECHO FUEGO CONTRA CONWAY. CONSIGA MÉDICO Y VENGA RÁPIDO. REPITO IMPERATIVO. QUINTON.

Levantó con cuidado el cuerpo de Conway para acostarlo en la cama y curó la herida lo mejor que pudo con su estuche de primeros auxilios. Conway refunfuñó una vez y los latidos de su corazón se calmaron algo. Quinton apretó los puños y el viejo odio tembló dentro de su cuerpo.

Si Pat moría...

Se sentó junto a la figura inmóvil que estaba acostada. Tenía el revólver en una mano. Escuchó la respiración rápida y hueca.

La noche sería interminable.

Eran las cuatro de la madrugada cuando llegó el médico, pero no lo acompañaba Bordie. Venía con Carr Siringo.

—Bordie se ha demorado —explicó Siringo a Quinton, mirándole los ojos como si lo incitase a poner en duda sus palabras—. De todas maneras, yo tenía que venir aquí y aproveché para traer al médico.

Quinton hizo caso omiso de las palabras, pero aceptó los hechos.

—Gracias, Carr —dijo—. No lo olvidaré.

Siringo penetró ruidosamente en la cocina e insistió en hablar acerca de la importancia de la ropa listada que se usaba en Meran. Al principio Quinton se irritó, pero después se tranquilizó y hasta llegó a interesarse por las ideas que Siringo expresaba con tan brillante desparpajo. El cerebro de Quinton era tan agudo como la claridad de las primeras horas de ese día e inició un juego de estocadas y paradas verbales con el hombre bajo y calvo que procuraba mantenerse firme.

Ya habían pasado las cinco cuando el médico atravesó la puerta y se sentó sobre la mesa de la cocina; de pronto Quinton comprendió que Siringo había procurado conseguir que dejase de pensar en el cuerpo que yacía en la habitación contigua. Quinton lo observó en actitud acusadora a la luz grisácea del alba y Siringo devolvió la mirada imperturbablemente.

—Bueno, doctor —dijo Quinton.

El médico del UNBAC se encogió de hombros.

—Puede ser —dijo.

—Será mejor que duermas un rato, amigo —dijo Carr Siringo.

Robert Quinton titubeó y repentinamente descubrió que se sentía exhausto. Tenía seca la garganta y los ojos le ardían. Asintió con la cabeza, agachándola despacio, salió de la habitación y se acostó.

No miró a la persona que estaba en la otra cama.

Robert Quinton observó al hombre que se sentaba en el lado opuesto de la habitación y sintió deseos de golpearlo en la cara. Pero se contuvo y sonrió amablemente.

—Ya está explicado, Pond —dijo—. Lo hemos elegido para el trabajo y puede proponer sus propias condiciones.

Wiley Carruthers Pond hacía pirámides con sus manos suaves y escuchaba con atención. Tenía cabello canoso, de un tono gris ferroso y su rostro era a la vez aristocrático y noble. Frisaba los cuarenta años, y era agradable a los chicos y a los bebés; a menudo hablaba con voz fuerte de los servicios que prestaba a la gente y era en todo sentido un granuja de primera clase.

—No estoy seguro de haberlo entendido, señor Quinton —dijo.

—No hace falta que entienda, Pond. Lo único que debe hacer es ocupar el puesto durante cuatro años y cobrar veinte mil dólares anuales, además de su sueldo normal como Concejal. Haremos que salga electo, sin que ello lo comprometa a nada.

—Eso es de lo más irregular, señor Quinton —dijo Pond, cuyos ojos centelleaban.

Quinton apretó los puños pensando en Conway. Odiaba a muerte a Wiley Carruthers Pond, hecho que carecía en absoluto de importancia. Pond tenía relaciones políticas en Galveston; fuera de esto, él no interesaba. Lo que importaba era Donald Weston.

—¿Bien...? —dijo Quinton.

—De todos modos, señor Quinton, un concejal... Luego usted me paga...

—Sí o no —insistió Quinton con mirada dura—. No dispongo del día entero. Los ojos de Pond se estrecharon.

—Por supuesto —dijo—, mi único interés es ayudar al pueblo. Si por alguna razón usted presiente que podría serle más útil como concejal, diré que ningún cargo es demasiado humilde para quien desea servir. Ningún hombre puede ser demasiado orgulloso para ello, señor Quinton.

—Si o no —repitió Quinton.

Pond se inclinó hacia adelante. "—Todo lo que debo hacer es servir, callarme la boca y cobrar veinte mil dólares por año, ¿es eso? Usted firmará un contrato asegurándome que no se me pedirá que haga nada contrario a mis principios...

—¡Por supuesto! No correrá ningún peligro. Nuestro interés empieza y termina haciendo que usted salga electo.

Wiley Carruthers Pond alargó una mano muy bien cuidada.

—Trato hecho —dijo—. ¿Puedo decirle que le quedo agradecido por el interés que usted evidencia por el pueblo de Galveston? Son los hombres como usted, señor Quinton, quienes...

Quinton abrevió la entrevista todo lo que pudo. Había representado esta escena antes, demasiadas veces con demasiadas personas, como para experimentar algún placer ahora. Se pusieron de acuerdo apresuradamente y salió a solas. Tuvo la sensación de que le hacía falta un baño.

Pat Conway seguía vivo, pero no podía moverse. El médico se quedó y Quinton y Siringo jugaron al póquer en la mesa de la cocina.

No era eso lo único a que jugaban.

El dinero era lo de menos y los hombres de UN-BAC conocían las cosas. Lo poco que ignoraban era un vacío que llenaba Wiley Carruthers Pond y que la máquina local compensaba con intención aviesa.

Los dos diarios de Galveston anunciaron la candidatura de Pond en primera plana y reprodujeron lisonjeras fotografías en que el hombre aparecía sonriendo. Ambos diarios iniciaron la publicación de su vida de abnegación al servicio del pueblo de Galveston, coronada en este momento por su decisión de servir en un cargo menor en el cual pudiera directa e íntimamente hacer algo por los humildes. Al mismo tiempo, hubo editoriales acerca de Donald Weston, que lo presentaban como un intrigante político falto de escrúpulos, indigno de representar al pueblo de la ciudad de las adelfas más hermosas.

En cualquier momento en que se sintonizaba el trideo, saltaba a la vista la imagen de Wiley Carruthers Pond, cordial, sonriendo eternamente y merecedor de máxima confianza, en sus conversaciones tête-à-tête con el pueblo. En toda la isla sonaban videofonos y el rostro y la voz de Wiley Carruthers Pond aseguraban a los oyentes que estaba de su lado primero, último y siempre.

Pero había más, mucho más. Se lanzó una campaña de rumores, de bromas políticas aviesas y enconadas, y noticias de doble intención. Se hicieron ediciones de las charlas de trideo de Weston y comentarios que las "interpretaban" con hiriente sarcasmo.

Todo aquello fue sucio, viscoso, feo. Eran los de la gran confabulación, y por su culpa Quinton se sentía asqueado de sí mismo y del trabajo que por obligación hacía.

Robert Quinton cumplió con la consigna y habló con voces untuosas por videófono. Se revolcaba por el suelo sucio durante el día y de noche escuchaba la respiración jadeante de Conway en la cama cercana.

Hablaba a su propia alma.

De todas maneras, jamás había imaginado que aquello fuera así.

Robert Quinton había nacido en 1994.

Esto significaba que la primera estación espacial había sido construida y que se había llegado a la Luna más de veinte años antes de su nacimiento. Y diez años antes se habían visitado los planetas interiores y establecido una colonia provisoria en Venus.

Además, la Organización de las Naciones Unidas, luego de medio siglo de altibajos amargos, había absorbido paulatinamente el poder suficiente para convertirse en una autoridad que debía tomarse en cuenta en asuntos internacionales. La ONU, por supuesto, era un producto inevitable de la expansión espacial.

También significaba que antes que él respirase por primera vez, las grandes estaciones de energía solar suplantaron en gran medida a la energía atómica como una fuente barata de fuerza, elevando las zonas tropicales a posiciones de importancia como amplios invernáculos naturales para el cultivo de las plantas necesarias.

En 1990 se había descubierto un nuevo y práctico sistema de impulsión interestelar, pero se lo ocultó rápidamente al considerarlo un juguete demasiado peligroso para que un planeta todavía inestable lo utilizase irreflexivamente. Esto ocurrió cuatro años antes de nacer Robert Quinton.

Aquel mismo año, Robert Quinton, padre, un hacendado de Nuevo México, conoció a Anne Torneson, su futura esposa, en una exposición de ganadería. El mayor de los Quinton había nacido en 1954 y su esposa en 1958.

Cuando Quinton era un niño no se diferenció marcadamente de otros niños de su edad, época y lugar. Dio vueltas por el granero, lo corneó un toro y vio pasar cohetes azules por el cielo. Mientras la primera y genuina ciencia social hacía su aparición al indagarse las verdaderas relaciones entre psicología, antropología, sociología y economía, el joven Robert Quinton descubría la manera de atrapar serpientes de cascabel tomándolas de la cola y decapitarlas con un tirón suave y ligero del puño, práctica que la madre no alentó.

Mientras quitaban el sueño a Bob Quinton los tradicionales partidos escolares de fútbol americano, un principio de vital importancia empezó a predominar en el pensamiento científico. Era muy sencillo. Se lo conocía desde largo tiempo atrás en medicina y otras disciplinas. Lo había expresado sucintamente un viejo general de la década de 1950 llamado Ornar Bradley: La manera de ganar una guerra atómica es asegurarse de que nunca empiece.

¿El principio? Es difícil, si no imposible, curar una enfermedad cultural como la guerra, pero se la puede impedir antes de que ocurra.

Medicina preventiva... aplicada a las culturas.

En la práctica no era tan sencillo; los planes pulcros nunca lo son. Los estilos culturales estaban desesperadamente retrasados con respecto a los adelantos tecnológicos. En un mundo de fisión atómica, la política apenas había salido de los tiempos feudales. Sobre el curso de la civilización seguían gravitando con fuerza el "sentido común", el "todos lo saben" y "la manera natural de hacer las cosas". No existían canales legales mediante los cuales pudieran impedirse las guerras en la única forma en que se las podía impedir; y los cambios legales eran increíblemente lentos habiendo nubes nucleares en los horizontes, pues se basaban en decisiones que databan nada menos que del Imperio Romano.

Los científicos tenían la solución. ¿Podrían usarla?

Su solución, inevitablemente, era una labor de retazos, un sistema provisional que operase subrepticamente, en la sombra. Se abocó a la tarea un grupo selecto de ellos, tratando de mantener el mundo íntegro hasta que se lograra una u otra clase de equilibrio.

Eran proscriptos, por supuesto. También lo fue George Washington.

La curva de la probabilidad de supervivencia, conocida comúnmente con el nombre de serpiente, se desarrollaba integrando las computadoras cibernéticas con datos sociales elegidos en todo el mundo. La curva no tenía por objeto mantener el status quo u obstruir el progreso de alguna manera. Su finalidad no era "controlar" culturas o individuos en cualquier sentido particular. Era apolítica, sin preferencia por ninguna facción o sistema, tanto conservador o liberal como intermedio.

A la serpiente le interesaba exactamente un único rubro: la supervivencia de la civilización libre. Su objeto era permitir al mundo durar lo suficiente para resolver sus problemas en su propio estilo. Cuando la curva caía, no quería decir simplemente que se aproximase un cambio; eso no importaba.

Significaba que, a menos que se modificasen las condiciones, para la Tierra era el fin. Kaput.

El final.

La curva de probabilidad de la supervivencia estaba constituida en torno de un principio orientador: Debe mantenerse el "control" en un mínimo j absoluto, y no utilizarlo de manera alguna a menos que fuese imperativo para la supervivencia. Debe permitirse a todas las culturas desarrollarse en su propio estilo mientras no amenacen positivamente la existencia libre del género humano. Era más o menos igual de categórico que el concepto de libertad.

Era tratar con insecticida las aguas estancadas antes de que incubasen los mosquitos.

Bob Quinton creció explorando las reservas forestales y las montañas de Nuevo México, vagando por las cañadas purpúreas y recogiendo hermosas puntas de flechas en las rocas. Si se le hubiese preguntado acerca de los problemas del hombre, habría desconfiado del interrogador. No estaba interesado y tenía cosas más importantes en que pensar.

Pero de todos modos estaba enganchado. Enganchado desde el día en que encontró su primera punta de flecha, leyó su primer libro, contempló las estrellas. Fue a pescar en los limpios arroyos de montaña y se empapó de sol. Pero las nuevas ideas estaban en el ambiente, y Bob Quinton las absorbió más que las vitaminas D.

Allá por el año 2010, naves exploradoras de la ONU habían establecido contacto con Proción y Centauro. También establecieron contacto con otros cuatro sistemas, y las naves jamás regresaron. Se silenciaron esos contactos hasta que hubo amenazas de una gran guerra entre India y China y entonces se hizo el anuncio de la vida en otros mundos.

Bob Quinton tenía catorce años de edad.

El estilo de trabajo en pequeños retazos de los autodesignados "manipuladores de la cultura" tomó forma como UNBAC (Business Advisory Council of the United Nations*). BAC ofreció datos, proyectó moldes de desarrollo para los intereses mercantiles de la Tierra y obtuvo subsidios libres de impuestos. La mayoría de UNBAC, o sea la parte que la gente veía, se hizo extremadamente útil y tuvo fama de ser el único sector práctico de la UN.

Lo demás, la parte secreta, perdió el tiempo con la supervivencia.

Bob Quinton fue a una facultad y se graduó en antropología. La pasó bien, bebió mucha cerveza y se casó con una compañera de curso. El mundo fue tranquilo y placentero durante diez años, vistas las cosas superficialmente, y se proclamó a voz en cuello la creencia de que había llegado a una Nueva Edad del Oro; con todo tacto no se mencionó la fecha de la primera.

Vio mucho mundo y mucho de otros mundos. Progresó rápidamente y creció también con rapidez. En una forma vagamente presentida, pero aguda, Bob Quinton pensó que muchas cosas dependían de él. Rara vez hablaba de ellos y cuando otros lo hacían, por lo general, se sentía incómodo y aburrido. Lo evidente no necesitaba que se lo adornase. Pero los sintió.

En el silencio del espacio.

En las estrellas de los ojos de un niño.

Todo debió ser intrépido, romántico. Con bandas ejecutando música, medallas y gente aplaudiendo. La vida debió ser generosa, abundante y placentera.

Pero no lo era.

Era dura, sucia y amarga.

Por eso Robert Quinton seguía trabajando a fines del verano de 2034 en la ciudad isleña de Galveston. Pocos eran los que conocían que estaba allí y menos aún aquellos a quienes eso interesaba. Hacía cosas que detestaba y vio como despedazaban a un amigo delante de su vista.

Trabajó con los puños cerrados y una sonrisa en la cara. Trabajó y cuando terminó, los ciudadanos comunes no hallaron diferencia alguna entre Wiley Carruthers Pond y Abraham Lincoln.

Ni entre Donald Weston y el Demonio.

Llevaron en vuelo a Conway, vivo todavía, de regreso a la Estación de Nuevo México, dejando a Robert Quinton a solas en su departamento. Esa misma noche Jo Weston fue a verlo.

Entró calladamente, desde la oscuridad. Se despojó de la chaqueta liviana de verano y se sentó en la mejor silla de Quinton. Cruzó sus sorprendentes piernas y lo contempló con curiosidad.

—¿Un trago? —preguntó ella con una voz que tenía algo de miel fría.

Quinton asintió con la cabeza sin denotarse sorprendido.

—Creo que le debo una o dos copas —dijo.

No era una observación singularmente original, pero esto lo tenía sin cuidado. También ésta era una escena que había representado muchas veces.

Se estaba agriando un poco. Le preparó un whisky fuerte con soda, tomó uno él y esperó.

—No lo entiendo a usted, señor Quinton —dijo Jo por fin.

—Llámame Bob —le pidió él.

Jo sonrió y los dientes se vieron blancos y afilados. Su cabello dorado captó las suaves luces altas de la habitación y sus ojos azules parecían formular una invitación.

—Usted se la ha tomado con mi marido —dijo con firmeza Jo—. ¿Por qué?

—No sé de qué me está hablando —replicó Quinton, mirando sus azules y helados ojos. Sabe, murmuró su cerebro. Tiene que saber.

—No me mienta, Bob —dijo suavemente Jo—. ¿Me ofrece otro vaso?

Quinton le sirvió y observó como un ligero rubor se extendía sobre su rostro al beber. El rubor, pensó inoportunamente, es causado por la sangre. Había más sangre justo frente al sitio en que ella estaba sentada. Ahora era apenas una mancha oscura en la alfombra. Sangre de Pat. Quinton encendió un cigarrillo.

—Bob —murmuró Jo—. Quiero que esto cese.

—Yo amo a mi esposa —dijo Quinton con toda calma, mirándola. Jo se endureció y se desvaneció su sonrisa.

—No juegue conmigo, héroe —dijo con calma—. No estoy bromeando.

—Yo tampoco.

Se contemplaron. Quinton habría apostado una fortuna, de haberla tenido, a que Jo podía contar las veces que los hombres le dijeron que no sin necesidad de usar los dedos para ello.

—No... no entiendo —dijo por lo bajo y empezó a llorar quedamente.

—No le va a dar resultado —le advirtió Quinton. El llanto cesó.

—Prepárame otro vaso —le pidió Jo.

Quinton fue a la cocina para servir la bebida. Cuando retornó a la habitación tuvo ante su vista el caño de una pequeña pistola con que la blanca mano de Jo lo apuntaba.

—Bébelo tú, tesoro —dijo ella—. Vas a necesitarlo.

Quinton se sentó y sorbió su whisky. No dijo nada. Estaba calmo, tranquilo. Tampoco esta escena era nueva para él.

—Vas a tener que desistir de presionarme —dijo Jo Weston sin dejar de apuntarlo con el arma—. Estás en libertad de practicar tu juego en la forma que te parezca, pero la presión debe terminar. Sí, héroe. Tendrás que salir de esta ciudad. Una cosa o la otra.

Quinton arqueó las cejas.

—No crees que sea capaz de matarte, ¿verdad? —agregó Jo fríamente.

Disparó con rapidez sorprendente y una bala pasó rozando una oreja de Quinton y fue a incrustarse en la silla. Éste dio un salto, derramando algo de whisky. No esperaba eso.

—Te creo capaz, sí —admitió—, si es que puedes.

La diminuta arma que Quinton tenía oculta en una manga apareció en su mano, proyectada por un resorte y el disparo fue instantáneo, casi sin apuntar. Se oyó un ligero puff y Jo soltó su arma. En la mano se le veía un agujita clavada. Los dedos se negaron a moverse. La mujer no emitió ningún sonido.

—Lo siento, nena —dijo Quinton, y lo dijo en serio.

Se le acercó, levantó la pistola y condujo a Jo a la cocina. Extrajo la aguja con movimientos que revelaban destreza y curó la herida con el mismo botiquín de primeros auxilios que había usado con Pat. Después la llevó de vuelta al living.

Jo se concretó a mirarlo, sus ojos azules tensos por el dolor.

—Toma —dijo Quinton, alargándole el resto de la bebida—. Esto te vendrá bien.

Jo puso en tensión su figura esbelta y respiró con dificultad. Sonrió fríamente y le arrojó a la cara el contenido del vaso. Luego se volvió y salió de allí.

Quinton se limpió la cara mojada con un pañuelo y la siguió con la mirada. Ella apresuró el paso por la calle oscura y el click de sus tacos en el pavimento fue perceptible unos instantes. Levantaba la cabeza, orgullosa.

¿Un simple factor, se preguntó Quinton, un número de una ecuación?

¿O sólo una mujer enamorada de su hombre?

Quinton la siguió mirando hasta que se perdió de vista. Era ambas cosas, por supuesto..., pero de aquello no hacía falta decir nada. ¿De qué sirven las palabras?

Volvió a su departamento y cerró la puerta.

Cuando todo concluyó, Quinton no quiso esperar el resultado final. La elección no constituyó ningún problema... cosas iguales habían ocurrido en la Tierra mucho antes de que se fundase la UNBAC. Quinton no se preocupó de Pond. Con él todo había terminado, salvo los pagos.

Se dirigió a la casa de Weston, cerca del arrecife en que todavía había ancianos que pasaban la tarde pescando al sol.

Abrió Jo.

—¿Qué haces aquí? —preguntó fríamente—. Vete.

—Déjalo entrar —dijo Weston—. No seas tonta; deja que entre.

Jo se hizo a un lado y Quinton penetró. El living-room estaba tal cual él lo había visto antes. El volumen de Reader's Digest se encontraba entreabierto en la biblioteca. Pero Donald Weston había cambiado. Quinton se sentó y encendió un cigarrillo. No miró a Jo a los ojos.

—Hemos tenido una sorpresa con la elección —dijo—. Me afligió la noticia, Don.

Donald Weston sonrió sin entusiasmo. La mirada de sus ojos verdes pareció atravesar a Quinton como si fuese un taladro de hielo. Quinton sintió que le corrían ciempiés por la espina dorsal.

—Nuestra propuesta sigue en pie, Don —dijo con tono placentero—. ¿Qué me dice a eso?

Donald Weston se sentó, el rostro inexpresivo, el cabello rubio siempre pulcramente peinado. Respiraba con excesiva rapidez.

—Supongamos que dijese que no —insinuó con voz un poco demasiado alta—. Que mi decisión fuese quedarme aquí.

Quinton aspiró el humo de su cigarrillo, consciente de que la muerte rondaba por allí.

—De eso yo no puedo decir nada —expresó—. La decisión es cosa suya.

—¿Sí? —preguntó Weston dominándose con esfuerzo—. ¿De veras? Quinton se encogió de hombros.

—¿Sigue practicando su juego, señor Quinton? —preguntó Jo y apretó la mano en el brazo del sillón, con lo cual la cicatriz se destacó sobre su blanca piel.

Quinton siguió fumando. Pudo haber sido la reina del mundo, pensó.

—Las cartas en la mesa, Quinton —dijo Donald Weston, cuyos ojos se habían estrechado hasta parecer ranuras—. ¡Pronto!

—No entiendo de qué me habla —afirmó Quinton. Instantáneamente Donald Weston se puso de pie.

—Pongámoslo de esta otra manera —continuó Weston con los nervios tensos dispuestos a cualquier cosa—. No creo, Don, que pueda llegar a triunfar en la Tierra. Nunca podrá sobreponerse a este fracaso. Por otra parte, podríamos utilizarlo en Marte. Nuestra compañía tiene siempre aplicación para que te corresponda por lógica. Entiéndame bien; desearíamos que se sintiese feliz. En Marte, se acomodaría para toda la vida; aunque, por supuesto, no le sería posible regresar a la Tierra. Si se queda aquí... es un albur, ¿no le parece?

Weston apretó los puños, respirando con esfuerzo.

—No tengo alternativa —dijo con sonido apagado y un tono acerado en la voz—. ¿No es verdad?

—Lo lamento, pero no creo entenderlo del todo— insinuó Quinton, mientras percibía la carrera de la sangre en sus oídos—. Le estoy ofreciendo un puesto, eso es todo.

Weston miró fijamente.

Jo echó a reír. Su risa era desagradable.

Quinton esperó; el cigarrillo se acortaba entre sus dedos al quemarse.

Siguió un silencio prolongado, durante el cual se percibía tan sólo la respiración afanosa del hombre que había llamado a Robert Quinton desde varios años luz desde un extremo a otro de la galaxia.

—Acepto el empleo —dijo por fin Weston—. Lo tomo.

Robert Quinton sonrió y aplastó el cigarrillo en el cenicero.

—Me alegra mucho oír eso, Don —dijo poniéndose de pie y alargando una mano. Weston no hizo caso y simplemente preguntó:

—¿Cuándo salgo?

—Creo que mañana sería más apropiado —respondió Quinton.

—Cualquier momento es tan bueno como otro —manifestó Weston. Un pequeño músculo se le contrajo en un costado de la mandíbula.

—¡Estupendo! Si pasa por mi oficina de mañana, convendremos los detalles. Una nave de enlace lo transportará a Nueva York mañana a la tarde y por la noche habrá emprendido el vuelo hacia Marte.

Jo permaneció muy callada, con los ojos cerrados.

—Me gustaría decir —expresó Quinton— que a a mi juicio su decisión ha sido muy atinada. Haremos por usted cuanto nos sea posible y se lo digo en serio.

—¡Salga de aquí! —dijo susurrando Donald Weston, cuya voz temblaba—. Salga de aquí.

—Nos veremos en la mañana entonces. Buenas tardes, señora Weston.

Se dirigió a la puerta y caminó hacia su helicóptero. Estaba húmedo de transpiración y necesitaba beber algo. Sabía perfectamente que todo aquello estaba mal. Antes, en el trideo, había visto como se salvaban mundos. Lo había leído en libros. Lo había soñado a veces. Los mundos eran salvados por héroes, en medio de una gloria resplandeciente, salvados limpiamente entre las estrellas, de hombre a hombre.

Pero no en esta forma.

No por un hombre asustado, cubierto de polvo, sintiendo el frío sudor correr por su piel.

Caminó hasta el helicóptero y no se volvió a mirar. No necesitaba hacerlo. Sentía, los sentía detrás suyo, taladrándolo. Ojos. Ojos verdes y fríos, y ojos azules ribeteados de rojo. Ojos que habían contemplado un mundo... ojos llenos, profundos.

Ahora vacíos.

Era la noche siguiente y las luces alumbraban poco.

La elección había causado algún revuelo local, pero no gran cosa. Nadie sabía siquiera que Donald Weston se había marchado. Las observaciones de Wiley Carruthers Pond posteriores al acto electoral estaban en la segunda página del Daily News, de Galveston; los grandes titulares se dedicaban ahora a los juegos espaciales. Todo tenía un interés moderado para la gente de Galveston, no era exactamente una noticia sensacional después que había pasado. Por supuesto, los servicios telegráficos no se molestaron en ocuparse.

La música sonaba de lado a lado de la pista de baile y Lynn lucía el vestido plateado que tanto agradaba a él. En un bolsillo, Quinton tenía un telegrama de Siringo diciéndole que Conway mejoraba y que había buenas perspectivas de que viviese.

—Esto es espléndido —dijo Quinton, estrechando la mano de su esposa sobre la mesita. Lynn lo miró sonriente... con una sonrisa íntima.

—Nunca seremos verdaderamente adultos —dijo ella—. Hace mucho que deberíamos haber superado esta etapa.

—Somos demasiado inteligentes —opinó Quinton—. Sabemos que no es así.

Una nave cruzó velozmente por encima de ellos, apenas un rumor y un murmullo en la noche exterior. La música casi no dejaba oírlo. Quinton cerró los ojos, contemplando mentalmente la nave. La vio ascender más allá de los planetas, en dirección a las estrellas cristalinas. Más allá de las lejanas Centauro y Proción.

Las estrellas lo llamaban y sabía que un día tendría que volver a contestarles.

Pero eso no sería ahora.

Miró en torno, observando las luces suaves y los bailarines. Oyó tintineos de vasos y carcajadas serenas de hombres que jugaban. No sabían. Jamás habían sentido en su interior el ardor de las estrellas. Para ellos sólo existían la noche, los murmullos y la música.

También para Robert Quinton... por ahora.

Se puso de pie sonriendo.

—Bailemos —dijo y alargó los brazos hacia su esposa.

¡QUÉ MANERA DE VAGAR!*

El anciano estaba sentado en un cuarto a prueba de ruidos. Vestía elegantemente con ropa de etiqueta, aunque por el momento había prescindido de la capa y sus dedos bien arreglados golpeaban el borde helado de su vaso de cóctel, marcando el compás.

Se llamaba Theodore Pearsall, hecho importante, ya que era uno de los hombres más ricos del mundo. Sin embargo, el dinero no le interesaba; era tan sólo un medio para un fin.

Alargó una mano de color rosa pálido e hizo un ligero ajuste, accionando una de las veintidós perillas del brazo de su sillón un espacio muy corto hacia la izquierda.

—¡Sintoniza ese aparato, Dippermouth! —dijo Theodore gritando de pronto.

Dippermouth obedeció.

Un tape reluciente, que conservaba música ejecutada hacía casi doscientos años atrás, se ubicó en su lugar bajo la cobertura protectora de plástico transparente. Alimentado el brillante equipo, la música surgió del parlante de ultra high-fidelity que abarcaba toda una pared.

Louis Armstrong, por supuesto. Una de las buenas y viejas grabaciones, tal como el propio Satchmo solía decir: "Potato Mead Blues", ejecutado por los Hot Seven allá por 1927, cuando Louis seguía dándole de firme a la trompeta vibrante.

Pearsall cerró los ojos y sonrió. Toda su cara se serenó. Su zapato lustrado golpeaba la gruesa alfombra. Se destacaba el clarinete de Johnny Dodd y los maravillosos toques de remate del trombón de Kid Ory.

—¡Qué días aquellos! —murmuró Pearsall henchido de satisfacción.

Ahora se sentía completamente perdido.

El altoparlante recreaba sin cesar el pasado y los integrantes legendarios volvieron a tocar: el inventivo saxo soprano de Sidney Bechet, los contrapuntos entre King Oliver y Little Louis, y Bix, el extraordinario Bix, soplando aquellas notas tan puras y limpias como el agua de manantial, que destrozaban el corazón...

Además, Jelly Roll Morton expresando en el canto su genio y su desesperación:

Podría estar aquí sentado y sin embargo a millas de distancia.

Podría estar aquí sentado y sin embargo a millas de distancia...

La puerta gruesa se abrió y se cerró de golpe produciendo un ruido desgarrador.

Pearsall se volvió, presumiendo que sería un robot; pero no lo era... por lo menos no del todo.

Era Laura, su mujer.

Tenía su habitual expresión de mujer crucificada.

—En el caso que hayas olvidado, Theodore, que esta noche damos una fiesta —y esto lo dijo recalcando bien las palabras—. Lo menos que deberías hacer es subir y alternar con nuestros invitados. Pearsall lo consideró en silencio.

—¿No puedes interrumpir esa música cuando te estoy hablando? ¿Estás borracho, Theodore?

—Aún no —fue la respuesta y volvió la voz de Jelly Roll del largo silencio de los siglos.

Miró a la esposa sin denotar placer. Por supuesto, Laura estaba magníficamente vestida, todo seda y fruncidos, con su figura admirablemente conservada. Theodore se preguntó si alguna vez la había amado.

—¿Vienes?

—Parece que así es, preciosa. Ella sonrió agradecida.

—Estamos jugando a las charadas —dijo con aire triunfante y salió presurosa.

Theodore Pearsall se estremeció, apuró el contenido del vaso y se puso de pie.

—¡Otra velada más! —se dijo, saboreando las palabras.

Giró la vista para contemplar la habitación acogedora y sonrió levemente.

Luego subió con paso marcial, tal como lo haría un hombre que va a ponerse frente a un pelotón de fusilamiento a la fría luz gris del alba.

Enganchó los pulgares en el tirador, más para fastidiar a Laura que otra cosa, e inspeccionó la escena.

Con amargura, pensó: No hay sitio como el hogar.

Debía reconocer que era elegante. Los muebles del enorme living-room tenían cuanto puede desearse para que no resultasen funcionales, tal como exigían las tendencias modernas: cortinados color borraño que pendían de las ventanas, brillantes arañas que derramaban su luz sobre el piso, con sus gruesas alfombras floreadas, una profusión de sillas antiguas convenientemente roídas por polillas, un par de sofás, tapizados con brocado firme y un número de mesas de patas largas, chucherías y adornos cursis. Chasqueó los dedos.

—¡Señor! —dijo el reluciente robot que apareció de pronto a su lado.

—Un vaso de gin, si me haces el favor.

Los robots no tienen en su repertorio una expresión de desagrado, pero éste se esforzó bastante en ese sentido.

—¡Señor!

—Pon dentro una aceituna para que parezca un Martini. Y date prisa.

El robot se deslizó hacia el bar con un aire definitivamente altanero.

Se percibieron carcajadas educadas, parte de ellas aceptablemente genuinas. La habitación estaba llena de gente antisépticamente limpia. Todos los hombres tenían caras rojas y cabellos canosos que les impartían distinción. Las mujeres eran delicadamente pálidas y lucían vestidos sorprendentemente bellos; estaban tan encantadoras como mariposas y sus cerebros hacían juego.

Un apuesto caballero, con una especie de gravedad desesperada, imitaba a un cohete en el espacio exterior.

Pearsall tomó el vaso, se metió la aceituna en la boca y se fortificó con un trago. A continuación lució una sonrisa transparentemente falsa y avanzó.

Caviló que aquella era precisamente la clase de fiestas que las cintas que promueven escándalos suelen reproducir. ¿ES UN HEDONISTA THEODORE PEARSALL? ¿QUÉ SE SABE DE LA MUÑECA QUE PEARSALL TIENE EN SU SALA? ¿ES TEDDY UN TEDDY BEAR, O SEA UN OSO DE JUGUETE?

Lo que en las cintas no se proclamaba nunca era que todo no resultaba más que una reunión estrepitosamente aburrida.

Lo rozó una mano perfumada.

—¡Por fin te encuentro, hombre simpático! ¡Vamos a ser socios!

Era Jenny, esposa del vicepresidente de una de las compañías que poseía Pearsall. Había sido hermosa en un tiempo y seguía vistiendo como una sirena. Por desgracia, era incurablemente vivaz.

—¡Muy bien! —dijo Pearsall, dejándose conducir hacia donde estaba la gente.

En la cabeza le repiqueteaba una canción muy vieja:

¡Dios mío! Prefiero beber agua con barro, Dormir en un tronco hueco...

Era Big Gate, Jack Teagarden. Nacido en Texas, criado en Tennessee...

Una velada más.

Distraído, palmeó la cabeza de Jenny y cumplió con su obligación en un partido interminable de charadas.

Más tarde, luego que los invitados se habían ido y Laura se dirigió a su dormitorio, Pearsall bajó presurosamente a su bóveda a prueba de ruidos y cerró la puerta cuando hubo entrado.

Tenía el cerebro enteramente despejado, a pesar del gin, y estaba igual de nervioso que un niño a punto de atrapar su primera trucha de arroyo.

—¿Williams?

—¡Oh, señor Pearsall! Creímos que nos había olvidado.

—No sería fácil —replicó él, mirando furtivamente la habitación para tranquilizarse—.

¿Todo está listo?

—Esperándolo, señor. Y, tal como me digo a mí mismo, ha sido un trabajo excelente.

—Bueno, Williams, dese prisa. Mis asuntos aquí están todos en orden y ya he constituido un fondo de depósito para que no le falte nada a Laura. Estoy dispuesto a salir.

—¿Ahora?

—Ahora. Esta noche. Lo antes posible.

—Como quiera, señor. ¡Ah! Hay un pequeño de-tale...

—¿Sí?

—Las muchachas, tal como usted indicó, serán reales y trabajarán en turnos. Un excelente... hum... colorido local. Ahora bien, la Patrulla estuvo averiguando cosas en la oficina. Al parecer, piensan que, mientras las chicas se encuentren allí... tan cerca del hogar, como quien dice... se preguntaban si estaría permitido a los guardias fuera de servicio... ¿cómo lo expresaría?... hacer uso de las extraordinarias facilidades disponibles...

Pearsall hizo chasquear los dedos.

—¡Excelente! —exclamó acompañando la palabra con una sonrisa—. ¡Extraordinario!

—No entiendo.

—Quiero decir que es maravilloso. Supongo, naturalmente, que el dinero se destinará para sufragar los gastos del proyecto.

—¡No se puede negar que usted es un hombre de negocios, señor Pearsall! Es precisamente lo que pensábamos.

—¿Y Laura jamás sabrá dónde estoy?

—Puede confiar en nuestra discreción absoluta, señor. En cincuenta años de servicio, nuestra firma nunca ha recibido una queja.

—Entonces, Williams, que sea esta noche. Ocúpese. Utilice la entrada del fondo.

—Como usted diga, señor. Nuestro representante traerá consigo el contrato; le ruego que lo lea detenidamente en el viaje. Si puedo servirle en alguna otra cosa, para mí será un placer.

—Gracias, Williams.

Interrumpió la conexión. Jamás se había sentido tan animado, tan anhelante. Sonriendo, paseó por la habitación.

Puso música.

"Muskrat Ramble!"

"Save It Pretty Mama!"

"Way Down Yonder in New Orleans!"

Acudieron a buscarlo a las cuatro de la madrugada, mucho antes de que Laura estuviese despierta.

Para el mundo que había conocido, él desapareció sin dejar rastro.

La nave trepó a la salida del sol por una escala de llamas. Atravesó, como una lanza, montañas de nubes y después del azul conocido del cielo se desvaneció y oscureció, y estuvo en el espacio.

Pearsall había estado en el espacio antes y aquello no le encantó. A decir verdad, las luces frías de las estrellas volvían a ser preciosas contra su telón de fondo de terciopelo y el sol era un glorioso resplandor amarillo. Pero era la vida lo que llamaba a Pearsall, toda la vida que no había disfrutado, todos los olores, los sonidos, los goces y los dolores de cabeza de que había oído hablar y acerca de los cuales había leído, pero que nunca había experimentado.

El espacio era un infinito mar de la muerte.

No para él.

Todavía.

La mirada de sus viejos ojos azules recorrió el contrato.

"...y sobre la base del promedio de vida aplicable al Comprador, tal como ha sido determinado por los médicos de la Compañía y verificado por el médico personal del Comprador, la Compañía accede a ofrecer, proveer y mantener dicho Proyecto de acuerdo con las especificaciones del Comprador, hasta el momento en que dicho Proyecto ya no pueda ser de ninguna utilidad para el Comprador, momento en el cual dicho Proyecto y dicha Propiedad volverán a la Compañía para cualquier uso que..."

Leyó lo demás y lo firmó.

Sabía, por supuesto, que los médicos no podían calcular con toda certidumbre la hora exacta de la muerte de un paciente. Hay accidentes que pueden matar a un hombre antes de su hora, pero desde el año 2100 no se había registrado ningún caso de persona que viviese más de su vida esperable... y desde entonces las técnicas relativas a diagnósticos y pronósticos habían mejorado. Naturalmente, este era un dato que a los médicos estaba prohibido por ley comunicar a sus pacientes.

Era mejor no saberlo.

Se reclinó en el asiento y cerró los ojos. Se había interrumpido la fuerza motriz y la nave viajaba silenciosamente por inercia en dirección a Marte y más allá. No pudo dormir ni lo deseaba. No sintió pena por lo que dejaba detrás. No tenía hijos y su casamiento con Laura había sido de simple interés y nada más. El dinero que poseía era heredado en su mayor parte y no le había proporcionado felicidad alguna. La propia Tierra era un fósil; en otros mundos sucedían cosas emocionantes, pero él no reunía las condiciones exigidas para ir.

No, se libraba de ello, de todo ello... y hacía bien.

El futuro era lo que importaba.

Un mundo suyo propio, su clase de mundo, con su clase de gente.

Le martillaba el corazón en el pecho y los ojos le brillaron.

Esto no me sirve de nada, pensó. No debo sobreexcitarme.

Tomó dos comprimidos somníferos y se durmió.

Antes que se despertase, la nave había entrado en la sección de la Franja de Asteroides sita entre Marte y Júpiter, que pertenecía a la Compañía y empezó a disminuir la aceleración. Se apartó de los ojos el cabello canoso y contempló el espectáculo visible a través de la pantalla visora. Había miles de pequeños mundos suspendidos en el espacio, desplazándose en órbitas calculadas con precisión.

Cada mundo era el sueño de un hombre convertido en realidad, y todos se diferenciaban entre sí. Percibió rumores de algunos de ellos: en uno se desarrollaba un importante acontecimiento deportivo, cada cuatro horas, otro era un paraíso de cazadores con sus veloces arroyos y animales temibles, y había uno que era un sueño erótico trasplantado a la vida...

La nave acomodó su velocidad a la de una forma vagamente divisada. Se produjo un estremecimiento al acoplarse ambos vehículos, la esclusa neumática de uno contra la esclusa neumática del otro.

—Estamos aquí, señor —dijo una voz. Theodore Pearsall se puso de pie, con los puños muy apretados y respirando aceleradamente.

—Estamos aquí —repitió. Se dirigió a la portezuela.

Se encontró dentro y la nave ya se había alejado.

Al principio olió: un olor a río, húmedo y denso. Lo inhaló hasta los pulmones, probándolo, saboreándolo. Pendía sobre la ciudad como una niebla dulce e invisible.

El Río.

El Viejo Mississippi.

Luego lo oyó. Se le nublaron los ojos. Música: clara como una campana, líquida como el río mismo, elevándose por el aire como algo flotante, viviente. Un temblor le recorrió la columna vertebral y echó a correr lentamente.

Casi no vio el viejo edificio de madera con sus torres y sus chimeneas, no notó a ninguna de las personas sonrientes con quienes tropezó y no prestó atención alguna a la incitación susurrada que descendió de detrás de una persiana de un primer piso.

Empezó a dar vuelta entre las dos puertas blancas giratorias de lo que solían llamar el negocio de Tom Anderson. Estaba tan cerca de la música como para alargar una mano y tocarla, pero se detuvo. Escuchó.

Más música.

Llegaba por la calle.

Estaba allí, al doblar la esquina. Un carro tirado por una yunta de caballos. Un letrado en el carro, que anunciaba un baile. Y una orquesta que ejecutaba "Milneburg Joys". Sin piano, por supuesto; sólo batería, guitarra y contrabajo. Un jovencito con el pistón, sentado en un cajón. A su lado, un hombre de edad tocaba el clarinete. Y sentado en el borde posterior del carro, los pies colgando, su trombón dorado lanzando destellos bajo el sol...

Kid Ory.

Era más joven en casi todas las fotografías que uno veía, aunque el Kid jamás había envejecido realmente. Parecía tener alrededor de veinticinco años y era un hermoso negro que con la potencia de su trompeta apuntalaba a la orquesta con un duro y firme compás de dos por cuatro. Mientras Pearsall miraba, Ory apartó los labios de la boquilla y le gritó algo en francés.

Pearsall se ruborizó; no pudo captar las palabras. Pero sonrió entre dientes y lo saludó con una mano. El Kid agachó la cabeza, replicó con la trompeta y arremetió con los compases intrincados del "Ory's Creóle Trombone".

El carro siguió de largo y la música quedó flotando en el aire cálido y húmedo como una nerviosa pintura que se perdía lentamente en el sol.

Pearsall penetró en el local de Tom Anderson y se acercó al mostrador.

—¡"Señó" Theodore Pearsall! —exclamó el hombre que atendía el mostrador, con una sonrisa de oreja a oreja.

—Llámame Ted —dijo Pearsall. Era la primera vez que lo decía. Se sentía bien.

—Sí, "señó". ¿Qué toma?

—Whisky escocés y agua, por favor. El hombre lo sirvió y se lo dio. Pearsall metió una mano en el bolsillo para sacar dinero.

—Esto no le cuesta nada, "señó" Ted. Va por cuenta de la casa. Pearsall se volvió, sintiéndose mejor de lo que se había sentido en muchos años. Tenía que reconocer que en la Compañía sabían hacer las cosas.

El director de la orquesta, un negro a quien Pearsall no reconoció de primera intención, lo saludó gravemente con una reverencia, golpeó el suelo con el pie y sopló la trompeta, buscando las notas bajas. "Tishomingo Blues"... ¡Oh, Dios mío! Eran Bunk, Bunk Johnson y sus muchachos. Era jazz fluido de Nueva Orleans, y tocaba la orquesta entera, no un grupo de solistas.

Pearsall miraba, escuchaba y bebía su whisky. Pensaba: Todos están ahí fuera, justo ahora, esperándome. Lpuis y Sidney y Buddy y Jerry Roll. Y Bix, Bix tenía que estar allí, aunque nunca hubiera estado en la vida real. Pues cuando los sueños se realizan, son mejores que cuanto alguna vez fue la vida real; por eso son sueños...

Se quedó un par de horas, contento y feliz y luego se dirigió a su departamento, que estaba en el Barrio Francés. Era sencillo, pero cómodo, con una gran cama de bronce y ventanas abiertas que daban sobre la calle. La brisa del río movió las cortinas y oyó un clarinete que se quejaba a lo lejos.

¿Dodds? ¿Fazola, quizá?

No importa.

Junto a la cama había un diario, un diario verdadero, no un tape. Miró la fecha.

17 de junio de 1917.

Si captó el significado de la fecha, no lo demostró.

Pero nunca más leyó un diario y deliberadamente perdió la noción del tiempo.

Un pistón que parecía acuchillar la melodía.

Un trombón, deslizándose, atronando, retrocediendo.

Un clarinete, un clarinete lírico, fundiendo sus notas con las de ellos, retrocediendo.

Tres ritmos que contribuían, impulsando la música, dándole una base en que sostenerse: batería, contrabajo, guitarra. (Por supuesto, en aquellos días se usaba el banjo, pero los sueños son mejores.)

Música viviente, música del corazón, música para ahuyentar la tristeza. Música viviente tocada por hombres que habían vivido. Música viviente que no moriría, pero que tampoco volvería más.

Cielo, Utopía, Paraíso. Tenía muchos hombres. Era distinto para cada hombre. Para Theodore Pearsall, criado en un mundo fácil de certidumbres y automatismo, esto era

todo cuanto él ansiaba, toda la gente que necesitaba, toda la felicidad, la risa y el dolor. Había escuchado la música una vez en un museo y ella lo llamó.

Respondió.

Exigió dinero, tiempo, genios de la ingeniería. Un pequeño planeta entre Marte y Júpiter, con una burbuja para retener el aire. Gravedad artificial para que los hombres pudiesen andar. Y la reconstrucción de Storyville: no toda, pero lo suficiente.

La música era real, no se la puede falsificar. Había sido ejecutada por hombres reales, mucho tiempo atrás, y grabada en discos. Después fue reacondicionada, puesta en tapes. Ni siquiera se podían ver los tapes en las trompetas.

¿Y Louis y el Kid y Jelly Roll, y todos los grandes?

Robots, por supuesto... o androides, si les damos sus verdaderos nombres. Inteligentes. No podría diferenciarlos a menos que se acercase mucho. ¿Quién miraría demasiado cerca con toda aquella música, aquella bebida y aquella risa?

Sólo algunas de las muchachas eran reales.

Ningún robot era tan perfeccionado.

Los hombres hacen monumentos distintos. Pearsall sabía que existían algunos que se habrían escandalizado de lo que él hizo con su dinero. La mayoría no comprendería. Pero ahí encontró lo que deseaba: paz y amor y música y buenos momentos para recordar toda su vida.

Era un viejo.

Sabía lo que tenía importancia y lo que no la tenía. Un hombre lo sabe siempre si mira hacia el pasado.

Otros podrían ir a conquistar las estrellas y sin duda valía bien la pena.

Salió de su habitación con una agradable chica en cada brazo y un cigarro negro en la boca. Avanzó hacia las luces y la música.

En algún lugar del río se escuchó la sirena de un vapor.

Pearsall apresuró el paso.

Era el cuatro de julio, un día muy importante.

Todos sabían lo que había ocurrido el cuatro de julio. Fue allá en el año 1900.

Sí, señor.

El cumpleaños de Louis Armstrong.

Ted Pearsall lo buscó. Todavía era un chico, todavía estaba en la adolescencia, pero ya podía erguirse, con su pañuelo en la mano. Y la potencia de su pistón era cosa de oír.

Pearsall cenó con un sándwich Poor Boy, medio pan francés cortado por la mitad, bien lleno de jamón cocido. Trató de llevar a Satch al restaurante de Antoine para ofrecerle una comida verdadera, pero el chico no quiso salir de sus porotos y su arroz.

La noche llegó deslizándose.

Me gustaría bailar shimmy como mi hermana Kate... Creo haber oído a Buddy Bolden decir...

¡Oh! Allí estaba todo.

Calle Basin, calle Canal, calle Burgundy.

Y todos los viejos y respetables lugares: el Salón de Caoba de Lulu White, la Casa de la Condesa Willie, la de Josie Arlington, donde se cobraba Cinco Dólares. Podía verlo todo en el Libro Azul de Tom Anderson, que se vendía por veinticinco centavos de dólar, y en que figuraban las más famosas casas de mala fama... doscientas en total.

Si consigues un buen hombre y no quieres que te lo quiten,

No digas a tu amiga lo que tu hombre puede hacer...

Y todo era por cuenta de la casa... o, más bien, de las casas.

Todo le encantaba, los balcones de las casas, las tardes calurosas cuando el sol se ponía, la palmera en el baldío.

Sólo le hubiera gustado poder sacar a patadas a los Patrulleros uniformados cuando venían a la ciudad. Siempre se asomaban cuando estaban en la vecindad. Por supuesto, eran firmes como una roca y, por añadidura, cabezas huecas. Pero era placentero saber que hasta los Cadetes Espaciales tenían glándulas.

Todos lo consideraban loco.

Pearsall, en cierto modo, pensaba lo mismo de ellos.

Agosto, septiembre, octubre.

Tengo una amiga negra, vive justo atrás de la cárcel. Tengo una dulce amiga negra...

El señor Jelly Lord, tocando su solo de piano como una orquesta, machacando "King Porter" en un bar. Orquestas de bronce en las calles, tocando "In Gloryland".

Pearsall se quedó levantado hasta que pudo; durmió cuanto pudo, ebrio de música. Y de pronto fue noviembre.

Noviembre de 1917.

Estaba sentado en el bar de Tom Anderson cuando sucedió.

Durante todo el día venía sintiendo el cambio, pero sin saber qué era. Había tensión en el aire como la de una espera. En las ventanas se asomaban muchachas buscando algo. Un perro aulló allá junto al río. Lejos, en algún sitio, un pistón sollozaba los blues.

Se sentó a su mesa. Notó sudor en las palmas de sus manos.

Que no sea éste el día. Por favor, que no sea éste.

Pero lo era.

Un oficial de la Patrulla penetró en el local y miró en torno. Era un tipo importante. Clavó algo en la pared. Algo blanco.

Un aviso.

Pearsall no necesitó leerlo. Sabía qué era.

Corría el mes de noviembre de 1917, cuando Storyville había sido cerrada, condenada por la Armada. Aquello fue el fin, la época en que hubo que rematar los muebles de las casas y la Condesa Willie sólo consiguió un dólar y cuarto por su famoso piano blanco, los días en que los músicos tuvieron que hacer sus maletas y marcharse a Chicago, a Los Ángeles, río arriba, a cualquier parte.

Sabes qué significa añorar Nueva Orleans...

Volvía a suceder. La Patrulla era la Armada de entonces y estaban poniendo candado a la Tierra de los Sueños.

Pearsall no tenía miedo, pero sabía lo que iba a suceder.

"... la Compañía accede a ofrecer, proveer y mantener dicho Proyecto... de acuerdo con las especificaciones del Comprador, hasta el momento en que dicho Proyecto ya no pueda ser de ninguna utilidad para el Comprador..."

Habían sabido que él se moría. Los médicos lo sabían todo.

¡Bueno, diablos!

Era una linda y bella forma de hacerlo.

No sintió pesar.

El camino al cementerio estaba bordeado de gente.

Hubo mucho llanto y muchos gemidos, pero además escuchaban la música. Así era como aquello debía ser, pues hasta entonces jamás había habido otra orquesta como ésa.

Estaban Louis y Bix y Bunk. El trombón de Ory y el de Teagarden. Becket y Dodds y Fazola en los clarinetes. Minor Hall y su batería amortiguada con un pañuelo.

Tocaron la plañidera "Huye como un ave" durante todo el camino hasta el cementerio, donde los portadores bajaron el féretro a la fosa. El predicador dijo las palabras.

Minor Hall retiró el pañuelo de su tambor.

Arremetió con los compases de la marcha, el ritmo feliz, y la banda se alineó.

Así se hacían las cosas en Nueva Orleans: la tristeza de que un hombre muriese y luego el gozo de que fuese a reunirse con los santos.

¿Qué tocaban?

Tocaban "Qué manera de vagar".

Tomó la delantera Louis; le siguió Bix y después Bunk...

¡Oh!, ¡qué manera de vagar!

Vagó por toda la ciudad.

Hasta que el Carnicero lo sesgó con su cuchilla...

Lo tocaron con toda su alma, lo tocaron por última vez, en la marcha de regreso a Storyville, a la tierra de sueños que ya estaba vaciándose.

Durante la marcha, mientras el tono de los clarinetes subía, la Compañía pudo, o no pudo, sorprenderse al ver que Louis se volvía hacia Bix y decía:

—El viejo murió en su estilo. Bix inclinó la cabeza, aprobando.

—Ha sido magnífico volver a tocar —dijo y levantó su pistón en dirección al río.

FIN